



AMOR,
ULTIMA
APUESTA

LAURA PÉREZ
CABALLERO

AMOR, ÚLTIMA APUESTA
Laura Pérez Caballero

Para mi madre

INTRODUCCIÓN

Cuando se decidió poner en marcha el proyecto, nos aseguraron que nada de lo que imaginábamos podría pasar. Como siempre.

Pero la historia se repite, a eso estamos condenados. Los humanos tropezamos una y otra vez con la misma piedra. ¿Por qué? Porque nos creemos invencibles y superiores. Superiores, he ahí el error.

Aun creyéndonos mejores que nadie, una raza insuperable, siempre buscamos ir más lejos.

Así crearon a los "Precoces". Se tardó un período exiguo de tiempo para que el Gobierno aprobara el proyecto, pese a las críticas de algunas de las grandes potencias. La no intervención se había firmado poco tiempo antes y creo que de ello se aprovechó Astonia para poner en marcha aquel experimento.

Los ADN de más de un millón de personas fueron modificados y luego en grandes laboratorios gubernamentales se gestaron los Precoces de forma artificial.

Los Precoces eran igual que el resto de los humanos, solo que ellos eran rubios, todos. También tenían los ojos y la piel clara, y, sobre todo, todos tenían el mismo apellido: Solares. El de su padre y creador.

Los Precoces se repartieron en varios asilos estatales donde se les daba una formación especial basada únicamente en las matemáticas y las ciencias. Se les dirigía hacia el aprendizaje práctico de soluciones a problemas en la vida real, esto parecía haber creado hombres y mujeres cuyo sentido empático no existía. Solo se centraban en las soluciones prácticas. Se les veía fríos y calculadores, lo cual al Gobierno no dejaba de parecerle perfecto pues eran más fáciles de manejar.

Cuando llegaban a la mayoría de edad se les colocaba en laboratorios y fábricas de investigación con la idea de conseguir el más alto rendimiento en I+D de cualquier otro país en el mundo.

Se les proporcionaba una vivienda y se les animaba a integrarse con el resto de los habitantes del país. Sin embargo, no se sabe si debido a su falta de empatía, al haber estado aislados durante toda su infancia y adolescencia o a su desconfianza, cuando se incorporaban a la sociedad se concentraban en comunidades formadas por Precoces y mantenían el mínimo contacto con el resto de las personas. Procreaban entre ellos y sus hijos se criaban en los mismos centros en los que ellos lo habían hecho, hasta que, a su vez, llegaban a la mayoría de edad.

Y un día, cuando se acercaban las elecciones presidenciales en Astonia, un "Precoz" presentó su candidatura y puso patas arribas todo el sistema.

Se puso en duda si era posible que un Precoz se presentara, pero puesto que el Gobierno los había reconocido como ciudadanos en todo momento, no encontraron excusa para que no pudiese hacerlo.

Poco después todas las calles estaban forradas con propaganda electoral del Precoz Augusto Solares.

A pesar de que los precoces no solían relacionarse con el resto, poco antes de que todo comenzara, muy poco antes, cuando en el fondo todos estábamos seguros de que algo así pasaría aunque ya nadie lo dijese en voz alta, yo conocí a Dylan Solares. Y así, con ese punto de partida, me gustaría contarles esta historia.

1.

Papá no recordaba bien en qué momento el Gobierno de Astonia había aprobado el proyecto, porque él era aún pequeño, tenía seis años. Sabía que se había anunciado en todos los telediarios y en las redes sociales como un gran acontecimiento, un acontecimiento que supondría el despegue de Astonia para ponerse a la cabeza del resto de naciones, para crear un país puntero en I + D. Esta era la apuesta de Astonia, generar cabezas pensantes, hombres y mujeres adelantados a su tiempo.

Lo que sí recordaba bien, y me contaba a menudo, era cuando la primera generación de Precoces salió de los Asilos estatales y se incorporó a la sociedad. Ahora ya hay tres generaciones viviendo entre nosotros.

Cuando llegaba a esa parte del relato abría los ojos como platos y su voz tomaba un tono más bajo, pero admirado.

—Era muy difícil describirlos físicamente. Su belleza superaba la de los ángeles de los cuadros. Eran... eran perfectos. Ahora estamos tan acostumbrados a verlos que ya no nos llaman tanto la atención, pero entonces...

Entonces me miraba y sonría. Seguía manteniendo la dulzura en sus ojos a pesar de que las arrugas que los rodeaban cada vez eran más profundas.

—Bueno, tú puedes entenderlo bien. Tú eres como ellos. Cuando naciste se lo dije a mamá: ¿Con qué precoz me has engañado? —se reía y miraba a mamá,

que trasteaba por la casa y que siempre movía la cabeza a los lados sin decir nada, como si se avergonzara con el comentario.

Papá siempre me lo contaba. Cuando nació hasta la matrona y las enfermeras quedaron sorprendidas con la tersura de mi piel completamente blanca a pesar del esfuerzo para salir del vientre de mamá. Luego, fui creciendo y cada vez mi cabello se volvía más claro, caía en mechones suaves y lisos que mamá peinaba con premura y admiración. Por la calle los vecinos me observaban, embelesados con mis ojos azul marino y con la gracia de mi cuerpecito delgado y elástico.

—Tan hermosos como inaccesibles —decía papá refiriéndose a los Precoces. El primer error del Gobierno al tratar de que los Precoces se integraran en la sociedad y con el resto de habitantes fue facilitarles viviendas en barrios preparados para ellos. Esto solo reforzó su sentimiento de Comunidad y les aisló más del resto.

Como se dedicaban a trabajar en laboratorios y fábricas de investigación tenían autobuses que los recogían en cada barrio y los repartían en su trabajo, con lo que su contacto con el resto se limitaba al que mantenían con los humanos no precoces que había en esas fábricas y con los dependientes y dueños de establecimientos en los que tenían que abastecerse para su supervivencia.

Por lo demás, cualquier actividad de ocio, como ir al cine, al teatro, ballet, a centros comerciales o cualquier otro lugar también la realizaban entre ellos.

Eran una sociedad aparte.

—Quizá sea mejor así —decía mi padre—. No todo el mundo estaba de acuerdo en su “creación”. Tenía algo de... antinatural, e ir contra la naturaleza no suele terminar bien nunca. Y si no que se lo digan ahora a las autoridades... Papá se refería a que hacía unos meses, uno de los precoces se había presentado como candidato para las elecciones presidenciales de Astonia. Y lo que en un momento parecía imposible, ahora, si se tenían en cuenta las encuestas, parecía estar a punto de cumplirse contra todo pronóstico.

—Astonia dirigida por Precoces, ¿lo imaginas? —preguntaba mi padre — Dirigida por gente que jamás se ha integrado entre nosotros. Por gente que no nos conoce.

Y entonces era él quien movía la cabeza de un lado a otro.

—No nos conocen, Ruth, ni nos conocen ni tienen el más mínimo interés en conocernos.

Pero ahí se equivocaba, al menos había un precoz que sí tenía interés en

conocer a un no precoz. Bueno, a una no precoz. Vaya, en concreto tenía interés en conocerme a mí.

2.

Desde muy niña me había obsesionado con el ballet. Miraba extasiada las imágenes de las bailarinas en mi dispositivo móvil y les decía a mis padres que yo sería una gran bailarina.

Apenas nacíamos nos colocaban entre las manos una tableta y disponíamos de total libertad en su uso pues determinados contenidos se activaban únicamente cuando llegábamos a los dieciséis años de edad. Para que esto fuese así, las tabletas que íbamos adquiriendo se registraban a nuestros nombres y estos iban directamente al registro civil en el que estaban nuestros certificados de nacimiento.

Está claro que era, además, una forma de mantenernos controlados, de disponer de infinita información sobre nosotros y de tenernos localizados en todo momento.

Esto había logrado que nos volviéramos totalmente dependientes de todos los dispositivos electrónicos, pero no había terminado aislándonos en una realidad virtual, tal y como papá contaba que su abuelo y la generación del mismo siempre había temido.

Así, yo me pasaba horas y horas observando a aquellas bailarinas, soñando

con sus cuellos despejados, largos, etéreos. Con sus piernas ligeramente musculadas, dentro de aquellas medias blancas que aún les daban un aspecto más frágil, más fantasmal...

En las tiendas deportivas iba a la sección de ballet y acariciaba las zapatillas con puntera, los lazos, los tutús. Imaginaba mi cuerpo vestido con aquellas mallas con olor a nuevo.

Con seis años papá me dio la noticia una tarde al volver del colegio.

—No te cambies, vamos a volver a salir.

Yo le miraba sorprendida.

—¿Juntos?

—Juntos, sí.

—¿Y la tienda?

—Hoy abriré un poco más tarde.

Papá tenía una tienda de venta de telas al peso. Mamá cosía las mismas telas que otras señoras compraban y ellas le encargaban convertir en faldas, blusas o vestidos.

Cogida de la mano de ambos, atravesé la puerta del lugar que se convertiría en mi segundo hogar durante trece años. La Escuela de Ballet clásico oficial de Astonia.

La señorita Claudia, que entonces y durante los trece años que yo estuve en la Escuela fue la directora, nos condujo entre lo que entonces me pareció un laberinto de pasillos, y más tarde me aprendería al dedillo, mientras nos iba señalando una y otra puerta a los lados y nos decía a qué sala correspondía.

Así hasta llegar a la que yo ocuparía como principiante y donde se encontraban las niñas que tenían más o menos mi edad.

El suelo era de madera, pero había perdido su brillo original. Las niñas se apoyaban contra la barra anclada a la pared y cesaron su actividad cuando la directora abrió la puerta.

Mis ojos, ávidos por aprender, lo registraban todo. Una, dos, tres, cuatro... diecisiete niñas. Tres llevaban mallas negras, una de ellas rosa pálido y el resto de color blanco.

Cerré los ojos y traté de imaginarme entre ellas, con mi propia malla, y, mientras, la directora se dirigía a ellas para decir:

—Esta es Ruth, va a ser vuestra nueva compañera.

Yo pensaba en el color de la malla que iba a elegir al tiempo que

Apretaba, emocionada y agradecida, las manos de papá y mamá.

3.

Él era alto, como todos los precoces. Rubio, como todos los precoces. Con ojos claros, como todos los precoces. No supe calcular su edad hasta que él mismo me la dijo: veintinueve.

Yo tenía 19 cuando nos conocimos. Hacía casi trece años que había comenzado a asistir a la Escuela de Ballet clásico y aunque aún no me había convertido en Primera bailarina, tal y como aspiraba, sí que participa en obras de Ballet en el Real Teatro de Astoria y había comenzado a ganar mi propio dinero con el que poder ayudar en casa.

Una tarde noche, al salir tras una de las actuaciones, él estaba apoyado en la pared frente a la puerta de salida, fumando un cigarrillo con aire serio y aburrido, como era común observar en los precoces, tanto hombres como mujeres.

La pared estaba empapelada con propaganda electoral de Augusto Solares. En apenas quince días se celebrarían las elecciones presidenciales.

Salíamos todo el elenco junto, con ganas de ir a una de las cafeterías que había en la Plaza Mayor, para tomarnos unas cervezas y celebrar que aún nos quedaban siete noches más de función porque estábamos teniendo éxito y llenábamos cada noche, y al pasar a su lado me detuvo de forma brusca sujetándome por el antebrazo.

Mis ojos se clavaron en los suyos y yo hice un ademán y me solté de su mano mientras observaba un gesto de incredulidad en su mirada.

—Tú no eres una precoz —dijo.

Ezequiel, uno de los bailarines se acercó a nosotros y tratando de disimular su miedo se dirigió a mí.

—¿Vienes, Ruth?

El precoz ni siquiera le miró. Seguía con la mirada clavada en mí y con aquel gesto de no entender nada que me traspasaba.

—¿Te llamas Ruth?

Yo asentí. Ezequiel, a mi lado ya, me sujetó del antebrazo contrario al que el precoz me había cogido y yo noté en seguida la diferencia entre el tacto de uno y otro. El del precoz lo seguía deseando.

Solo entonces me volví hacia Ezequiel.

—Estoy bien, no te preocupes. Hoy no iré a tomar esa cerveza ¿vale?

Vi la desilusión en su gesto, pero metió las manos en los bolsillos y se despidió mientras volvía con el resto del elenco que, entre risas, se volvieron a poner en marcha mientras cuchicheaban, seguramente, acerca del precoz.

Él y yo nos quedamos un momento parados, uno frente al otro. Yo metí también las manos en los bolsillos de mi abrigo de paño rojo de entretiem po y le sonreí.

—¿No piensas invitarme tú a esa cerveza? Por cierto, yo todavía no sé cómo te llamas.

Él tiró la colilla del cigarrillo al suelo y la pisó con la puntera de sus zapatos de piel. Vestía como un dandi inglés, pero todo en él destilaba modernidad dentro de su elegancia. Así sucedía con los precoces. Su chaleco gris sobre la camisa blanca y los tejanos con cinturón marrón a juego con sus zapatos componían un look en él que le daba un aspecto impoluto y al mismo tiempo parecía a punto de meterse en una pelea de un momento a otro. Pelea de la que no me lo podía imaginar regresar con uno solo de sus cabellos rubios fuera de lugar.

Cuando terminó de pisar la colilla extendió una mano grande y fuerte hacia mí. Cuando al fin lo pronunció, su nombre me pareció el nombre con más clase del mundo.

—Me llamo Dylan. Dylan Solares.

4.

Dylan me abrió la puerta de una de las elegantes cafeterías del centro y yo entré dando por hecho que eso le permitiría admirar mi figura. Su afirmación daba vueltas en mi cabeza “Tú no eres una precoz”. No, no lo era, pero él lo había pensado. Mucha gente lo pensaba. Yo estaba más que acostumbrada a que me lo preguntaran y se sintieran admirados ante mi belleza.

Dylan señaló una de las mesas alejada de las cristaleras.

—Sentémonos allí.

A mí siempre me había gustado ver pasar a la gente por las calles, pero era la primera vez que estábamos juntos y decidí dejarlo pasar.

Me retiró la silla cuando iba a sentarme y yo me reí. Era tan estirado.

La camarera llegó un minuto después y nos preguntó lo que íbamos a tomar sin despegar la vista de Dylan.

—Yo tomaré una cerveza.

—Dos —dijo Dylan.

La camarera se retiró y Dylan me observó unos segundos sin hablar. Luego sacó la cajetilla de tabaco y un pitillo y se lo llevó a la boca sin ofrecerme a mí.

—Veo que los precoces no sois demasiado educados.

Él me miró sorprendido, enarcando las cejas. Le señalé el cigarrillo prendido entre sus labios.

—¿Fumas?

—A veces.

Sin soltar su cigarrillo extrajo otro de la cajetilla y me lo tendió.

—Dame ese que ya está encendido.

Se quedó descolocado unos segundos y luego desprendió el pitillo de sus labios y me lo pasó mientras yo me lo llevaba a los míos sin dejar de sonreír.

—Perdona. No estoy acostumbrado a ofrecer tabaco a las mujeres. Las precoces no fuman.

En ese momento, la camarera llegó con las dos jarras de cerveza y las dejó sobre la mesa. Dylan esperó a que volviese a irse y después de exhalar el humo y verme dar un trago a mi cerveza continuó diciendo:

—Ni beben alcohol.

Supongo que debería haber interpretado aquello como una especie de señal, pero entonces estaba demasiado emocionada como para pararme a pensar. Era una niña de diecinueve años frente a un atractivo precoz diez años mayor que yo y solo tenía ganas de impresionarle.

—Son unas chicas saludables, por lo que veo —bromeé. Aunque no conseguí ver un gesto de complicidad que me indicara que había entendido el comentario irónico.

—¿Hay algo más que deba saber acerca de las chicas precoces?

Ahí su gesto sí se turbó, como si sintiera que había hecho algo mal. Parpadeó con rapidez y movió las manos como si dijese adiós en un ademán que pretendía ser de disculpa.

—No, no, no quise molestarte. No quise compararte, pero...

—Pero...

—Te miro y pareces una de ellas, solo que tu rostro, tu expresión es mucho más... no sabría explicarlo, mucho más ¿real?

La camarera nos observaba desde la barra. Estaba segura de que ella pensaba que yo era una precoz. Quizá lo que la sorprendía era vernos allí, porque no era uno de los lugares que los precoces solían frecuentar. Antes de que desviara la mirada al notar la mía, hice un gesto para que se acercara. Comencé a sacar dinero de mi bolsillo y Dylan detuvo mi brazo por la muñeca con brusquedad cuando yo le tendía el dinero a la camarera.

—¿Qué haces?

La camarera se detuvo sorprendida por la violencia que había en el gesto de

Dylan. Su brazo, que había extendido para recibir el dinero, quedó suspendido un momento en el aire.

Dylan sacó su propio billete y se lo dio a la camarera. Cuando ella se retiró a por la vuelta yo me sujeté la muñeca por el lugar que Dylan me había cogido con fuerza.

—Deja que adivine, las chicas precoces nunca pagan si están con un hombre. Antes de que le diera tiempo a contestar, la camarera llegó con la vuelta y la dejó sobre la mesa en un platillo.

Yo busqué su mirada.

—Disculpa, ¿crees que somos precoces?

La camarera parecía incómoda, pero aun así se animó a contestar.

—El caballero lo es, pero usted... no estoy segura.

Dylan dejó toda la vuelta sobre el platillo y se lo entregó a la chica que se giró con las mejillas enrojecidas y volvió a la barra.

Yo me acerqué a Dylan hasta casi pegar mi rostro al suyo, y sin levantar la voz, pero esta vez sin un rastro de ironía, me dirigí a él como no volvería a hacerlo hasta años más tarde.

—No vuelvas a hacer lo que has hecho, yo no soy una chica precoz, espero que te haya quedado claro.

5.

La cara de Dylan se descompuso. Durante un segundo vi una chispa de algo que, después, mucho después, acabaría de reconocer que era algo así como odio. La luz que debería haberse encendido en mí ante aquello apenas parpadeó y se apagó, sí, yo no quería verlo, aunque lo tuviese delante.

Después de esa milésima de segundo, ese pequeño relámpago desapareció y fue sustituido por una lastimosa mueca compungida.

—Lo siento, lo siento de veras. He sido un insensible.

Y justo en ese momento sonó mi dispositivo móvil. Lo saqué del bolso y vi el mensaje de mamá. Eso me ahorró contestar a sus disculpas y lo agradecí, porque aún me sentía humillada.

—Es mi madre, tengo que irme, está preocupada por mí.

Dylan se levantó rápidamente y retiró mi silla al tiempo que yo también me levantaba. El gesto me resultó ridículo y anticuado, pero antes de que pudiera pensar más en ello le escuché hablar en un tono bajo y bastante triste.

—Siempre olvido que los no precoces tenéis un vínculo muy fuerte con vuestra familia, con vuestros progenitores.

Eso me hizo recordar que él se había criado solo en un asilo del estado.

—Oh, ¿No conoces a tus padres?

El sonrió y me señaló la puerta de la cafetería.

—Permite que te acompañe y me asegure de que llegas bien a tu casa y mientras te lo cuento.

En tan poco tiempo el incidente en la mesa había pasado a formar parte del olvido, así de rápido actúa el cerebro ante determinados actos cuando una está enamorada o, al menos, cree estarlo.

La camarera nos siguió con la mirada mientras abandonábamos la cafetería. Lo que yo había imaginado que en un principio era una mirada de envidia hacía mí por estar con un chico como Dylan, ya no me parecía tal, sino más bien la mirada de un animalillo que está presenciando la autodestrucción de su amo sabiendo que es imposible hacer nada por él.

Una vez fuera, Dylan encendió otro de sus cigarrillos, aunque esta vez nada más hacerlo me lo tendió y yo lo cogí dirigiéndole una sonrisa que suponía un acuerdo de paz entre nosotros.

—Sabes que los precoces nos criamos en asilos estatales hasta los dieciocho años —Esperó mientras yo asentía al tiempo que exhalaba el humo—. En los asilos, los padres pueden venir a visitarnos las tardes de los domingos, y así lo hacían los míos y los de la mayoría de los que nos criábamos allí.

—¿Los de la mayoría?

—Sí, hay precoces que renuncian a sus hijos en el mismo momento de su nacimiento. Han cumplido con su obligación creando a otros precoces, no tienen porqué establecer relaciones con ellos si no lo desean, no es algo mal visto entre los nuestros.

Lo cierto es que estaba horrorizada.

—Eso es tan...

—¿Frío? —terminó él encogiéndose de hombros— Supongo que sí. Lo cierto es que no he conocido a ningún precoz que me haya comentado jamás que le ha afectado en modo alguno esa falta de cariño.

Volví mi mirada desde el suelo pavimentado hasta sus ojos.

—¿Y tú? ¿Tú si lo echas en falta?

Dylan se detuvo al ver que yo lo hacía. Tiré la colilla al suelo y la pisé. Estábamos frente a la puerta de mi casa.

—Yo no había ni tan siquiera pensado nunca en ello. Nunca. —Sus ojos pestañearon un par de veces— Hasta esta noche.

6.

El dispositivo móvil volvió a sonar en mi bolso.

Me costó separar mi mirada de la suya, pero lo hice para comprobar que era mi madre de nuevo quien me enviaba un mensaje. Yo sabía que ella nos observaba desde alguna de las ventanas de la casa, posiblemente desde la del salón.

—No quiero entretenerte más. Tu madre debe estar muy preocupada.

Guardé el móvil y moví la cabeza a los lados. Estaba comenzando la primavera y aún refrescaba por las noches, pero yo estaba tan bien allí con él.

—No te preocupes. Ahora sabe que estoy bien. —Sonreí—. ¿Y cuando saliste del asilo fuiste a vivir con tus padres? —pregunté retomando la conversación.

Él negó con la cabeza. La luz de la farola le daba de lleno en el rostro y yo estaba embriagada ante su belleza perfecta.

—No, ningún precoz lo hace. Se valora mucho la independencia y el saber desenvolverse por uno mismo. Además, llevas dieciocho años sin vivir con tus progenitores, esos dieciocho años en los que se supone que es cuando más los necesitas, cuando eres aún un niño, ¿para qué irte a vivir con ellos cuando empiezas a convertirte en un hombre?

Se detuvo y yo noté un escalofrío al imaginar una infancia tan fría y solitaria a pesar de vivir con muchos otros niños. Hacía unos minutos que me había prometido a mí misma ser más paciente y comprensiva con él. Comenzaba a

sentir aquel sentimiento de culpabilidad ante quien sabes que ha sufrido mucho. Me abracé a mí misma sobre el delgado abrigo de paño rojo.

—Tienes frío —afirmó—. Será mejor que entres en tu casa. Ya te he entretenido mucho tiempo.

Me conmovió ver su actitud tan distinta a la que había mantenido en la cafetería. En cierto modo su frialdad parecía haber desaparecido aunque él se siguiera comportando de una forma rígida. Para mí estaba claro que estaba haciendo un esfuerzo. Un esfuerzo por mí.

—¿Y dónde trabajas ahora?

—Trabajo en Eticcus Company ¿lo conoces?

—Solo el nombre, vamos, que no sé exactamente a lo que se dedica.

—Investigamos para conseguir un proceso que destruya por completo el plástico sin generar contaminación en el medio ambiente.

No podría impresionarme más, si eso era lo que pretendía. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y elevó un poco las cejas.

—Pero ahora ando metido en otros asuntos.

El aire misterioso me hizo sentir gran curiosidad. No hizo falta que le preguntara, se notaba que se sentía muy orgulloso.

—Milito en el partido de Augusto Solares. No voy en las listas, pero si conseguimos ganar las elecciones seguramente abandone la investigación y ocupe un puesto de responsabilidad dentro del partido.

Yo sabía que el que un precoz se presentara a las elecciones había pasado de causar un gran impacto en un principio a alcanzar gran aceptación entre todos los ciudadanos, no solo entre los precoces. Un precoz parecía una persona muy capaz para dirigir el país y ¿por qué no? Acercarnos aún más a esa meta de ser punteros en cuanto a I+D que tanto nos habían inculcado durante años. Las encuestas daban a Augusto Solares como el claro favorito para ganar.

—Espero que te acuerdes de mí si llegas a “gobernar” —bromeé.

Dylan no se rió, creo que le costaba captar la ironía, supongo que esa era otra de las señales que el destino me enviaba y que yo no quise ver. Siempre huyo de la gente que no capta la ironía, me parece peligrosa. Pero entonces todo me daba igual.

—Yo nunca me olvidaré de ti —dijo, absolutamente serio—. Nunca.

Los dos nos quedamos unos segundos en silencio. Él aprovechó para sacar otro cigarrillo, pero esta vez ya no me ofreció. Supuse que intuía que mi madre nos observaba.

—De todas formas, yo no soy quien gobernará —dijo dando por hecho que

Augusto ganaría.

Exhaló el humo y se pasó la lengua por los labios haciéndome desear besarle. Me acerqué un poco más a él y lo hice. Le dejé un beso sobre los labios y me aparté sonriendo. No me importaba que mi madre me estuviera viendo.

—Supongo que las chicas precoces tampoco se besan en la primera cita. Y no lo hacían, aunque eso él me lo reprocharía mucho tiempo después.

7.

Apenas puse un pie en la entrada de casa, mamá apareció por la puerta del salón. Yo torcí el gesto mostrando mi indignación.

—Eso que haces, se llama espiar.

Mamá hizo caso omiso a mi comentario, se la veía conmovida.

—Ruth, ese chico era...

—Un precoz, sí.

Intenté escapar escaleras arriba hacia mi habitación, pero ella me detuvo. Sus ojos de color castaño claro reflejaban verdadera preocupación y yo me ablandé un poco.

—Sé lo que hago, mamá.

Ella se rió.

—Tienes diecinueve años recién cumplidos, no tienes ni idea de nada.

—Ya no soy una niña, mamá.

Ella no pensaba rendirse.

—Tu padre está cansado y preocupado, no sé si lo entiendes.

Enarqué las cejas. Lo entendí, pero no podía creer que estuviera insinuando que salir con un precoz fuera un motivo de preocupación más para mi padre.

—Las cosas están muy revueltas ahora —continuó—. Las elecciones están a

la vuelta de la esquina. Nadie sabe qué dirección tomarán las cosas, pero hay algo que tengo claro, y es que los precoces se relacionan entre precoces.

Aquello me irritó. No esperaba un comentario de esa clase por parte de mi madre aunque toda la conversación estuviera dirigida a terminar en ese punto. En casa siempre me habían transmitido principios de igualdad y tolerancia.

—Por Dios, no son extraterrestres, mamá.

Quería dejar el tema porque sabía que si no terminaría por decir algo de lo que me arrepentiría.

—Ruth, no quiero que sufras. Son increíbles, son guapos, listos, educados, con puestos importantes y sueldos buenos...

Aquello era mucho más de lo que podía soportar. Mis mejillas enrojecieron de rabia.

—¿Qué estás insinuando? No te conozco, mamá. ¿Crees que eso es lo que valoro en las personas?

Mi madre movió la cabeza repetidamente. Se veía que trataba de explicarse, de hacerme entender algo que ella podía ver y yo no.

—Las cosas no son blancas o negras. Hay tonos intermedios, eres una persona muy pasional y es normal a tu edad dejarse llevar, pero también eres lista, espero mucho de ti, hija. Y esto que estás...

No quise dejarla continuar.

—No puedo creerlo, las cosas no son blancas o negras, pero le estás discriminando directamente por ser un precoz. Piensas que no es como nosotros, que no es como yo.

—No eres tú, Ruth. No lo digo por ti —dijo con una mal disimulada irritación. Comprendí, al fin, a lo que se refería.

—Ya, piensas que va a jugar conmigo. Pobre niña tonta, se deja impresionar por lo que le ofrece un precoz y cuando se cansa él la dejará tirada. Pues siento decirte que eso puede pasarme igual con cualquiera. Yo no esperaba ni más ni menos de ti —dije haciendo alusión a su comentario—. Lo que sí que no me esperaba de ti es que dijeras algo así después de todo.

Había sido un golpe bajo y lo sabía. Mamá pertenecía a una familia aburguesada que no había estado de acuerdo en que ella se casara con papá por su diferencia de estatus. Las relaciones se cortaron y hacía tres años había muerto su padre terminando así con la familia por parte de mi madre, ya que mi abuela se había ido cinco años antes sin que yo llegara a conocerla.

—Ruth, sabes bien que no me refiero a eso. Y por favor, no levantes la voz, papá ha tenido un día agotador y me gustaría que pudiera descansar.

Así zanjó aquella discusión. Años más tarde, recordaría lo injusta que había sido con ella, la razón que ella tenía en ciertos aspectos, en concreto en el de que no se trataba de mí. Los supremacistas en esta historia no éramos nosotros, eran ellos, y los supremacistas de una forma u otra, siempre carecen de corazón, porque solo así pueden ser fieles a sus ideas.

8.

Durante la siguientes siete noches que continuó la función, Dylan fue a esperarme a la salida del teatro cada una de ellas.

Yo no volví a ir a tomar esa cerveza para celebrar cada uno de esos días con mis compañeros de reparto, ni siquiera la última tarde, cuando hasta la profesora y el director de orquesta se sumaron a la celebración.

Entonces no era consciente de que me estaba aislando. No era consciente de que no quería tener nada que ver con mi mundo ni tampoco me dejaba conocer el suyo.

No me resultó extraño, era como si todo sucediera de forma natural. Después de la discusión con mi madre yo ni me planteé el llevarle a casa o presentarle a mis padres, y él no tenía familia.

Por otra parte, eran nuestros primeros días juntos y aquel rato por las noches, tras la función, era el único que podíamos compartir juntos. Era lógico que nos apeteciera estar solos, o, al menos, eso quería pensar.

Él tenía veintinueve años, y yo ya no era tampoco una cría de quince para salir en pandilla. Qué estúpida, qué rápido me convencía a mí misma de que hacía lo mejor obviando las miradas de la gente que conocía desde siempre y los

consejos de mamá.

Dylan me hablaba de su trabajo, un aburrido proceso que estudiaba y del que hablaba con emoción mientras yo me perdía en sus ojos, en el movimiento de sus labios y en acariciar su cabello rubio a la menor ocasión.

—Eres tan distinta —decía mientras me quitaba la mano y la besaba con delicadeza.

Y yo me apretaba contra su pecho y asaltaba su boca buscando en él el mismo deseo que yo sentía, sin hallarlo.

—No, no puedo, no estoy acostumbrado a este tipo de cosas así en público.

—Podríamos ir a algún lugar, tienes coche.

Fue como una puñalada para él.

—¿Conoces muchos lugares a los que ir?

El tono resultó tan ofensivo que durante unos segundos me quedé muda. ¿De dónde salían los precoces? Sabía que eran personas rígidas criadas sin apenas afecto, pero no pensaba que además les hubiesen criado con una mentalidad que parecía más del siglo XIX que de finales del siglo XXI.

—Venga ya, ¿me estás preguntando eso en serio?

Su semblante se mantenía imperturbable. Su expresión fría y dura, su mirada me hacía daño.

—Sí, totalmente. ¿Has estado con otros hombres en esos lugares?

Me levanté de la mesa de la cafetería en la que tomábamos nuestra cerveza. Imaginaba a mis compañeros en el pub de siempre, tomándose sus cañas y fumando mientras reían de forma distendida y celebraban el éxito que había supuesto nuestra primera obra en un teatro. ¡Mi primera obra! Estaba furiosa conmigo misma.

—¿Qué quieres saber? ¿Qué te interesa saber en realidad? ¿Si soy virgen?

Su gesto frío y crítico no había variado ni un milímetro a pesar de que yo me hubiese puesto en pie frente a él.

—¿Lo eres?

Pasé frente a él y salí de la cafetería en dirección a mi casa. A medio camino me detuve. Deseaba que estuviese tras de mí, que me estuviera siguiendo, que me detuviese y se disculpara conmigo.

La calle estaba llena de gente, pero ninguna de aquellas personas era Dylan.

La rabia me inundó y noté que me echaría a llorar.

Cambié la dirección y me dirigí al pub de siempre. Mi paso era rápido, violento, y mi mente estaba cegada de ira. Ví a Ezequiel y al resto del elenco en la barra. Me acogieron entre risas y abrazos. Alguien colocó una cerveza en

mi mano. Ezequiel me tendió un cigarrillo.

A través del cristal que daba a la calle vi a Dylan frente al pub, observándome desde la otra acera. Me parecía que su cara seguía teniendo aquel horrible gesto que me hacía sentir culpable. Levanté el cigarrillo y pasé mi brazo sobre los hombros de Ezequiel mientras cantaba a voz en grito con los demás.

Él se quedó un segundo allí, impávido, con aquella expresión. Yo quería que la cambiase, quería que hiciese algo, quería ver que se apenaba, que se disgustaba, que me odiaba si así lo deseaba, pero que cambiase aquel gesto que me condenaba.

No lo hizo, así que yo no le seguí cuando él se giró y salió caminando calle adelante.

9.

Después de aquella noche volví a mi rutina de clases de ballet.

Estaba atenta al dispositivo móvil, pero Dylan no daba señales de vida.

Pasaba por momentos de frustración absoluta y caía en la desesperación varias veces al día. Tan pronto le odiaba y me juraba olvidarle como estaba tentada a enviarle algún mensaje disculpándome por haberme ido de su lado de aquella forma.

Me torturaba volver a traer a mi mente la expresión de su rostro mientras me observaba a través de aquel cristal, junto al resto del elenco, bebiendo y cantando con mi brazo pasado sobre los hombros de Ezequiel.

En casa las cosas no iban demasiado bien. La tienda de mi padre perdía clientela y papá comenzó a contraer deudas con varios proveedores de los que le suministraban telas. Que papá vendiera menos suponía que también a mamá le entraban menos encargos, así que, muy a mi pesar, decidí que no seguiría tomando clases en la academia de ballet, aunque pedí que me avisaran si salía alguna obra más para poder ayudar económicamente en casa.

A los dos días de abandonar las clases, papá se enteró y, aunque no comentó nada, sé que aquello contribuyó a que tres días más tarde sufriera un infarto de miocardio que casi le cuesta la vida.

Los problemas parecían amontonarse y mi madre se dio cuenta en seguida de que yo no seguía viéndome con Dylan.

Una noche, después de que papá se hubiese acostado y yo volviese de atender en la tienda de telas ahora que él no podía, mamá me pidió que me sentara junto a ella en el salón.

—¿Cómo estás? Han sucedido tantas cosas en tan poco tiempo —sonrió con tristeza—, que parece que haga un siglo que no hablamos.

Tenía razón, parecía que hacía un siglo que no hablábamos y que nos habíamos separado años luz desde la discusión que habíamos mantenido por Dylan.

—Ya no estoy con el precoz, si eso es lo que quieres saber —dije.

Mi tono sonó tan duro que me arrepentí al momento. Si no hubiera sido tan orgullosa, si hubiese aprendido antes la lección, me hubiese arrodillado frente a ella en ese mismo instante y le hubiese pedido que me perdonase.

Ella bajó un poco la mirada y pasó la lengua sobre sus labios secos. Había desmejorado muchísimo físicamente en los últimos meses, aunque fuese a papá a quien le había dado aquel infarto. Sentí una envidia extraña, una envidia hacia ese desmejoramiento que veía en ella y que no era fruto de otra cosa más que de haber encontrado a la persona indicada y estar muy preocupada por ella.

—Ruth, lo siento, de verdad. El otro día cuando te hablé de aquello, no tenía derecho. Nadie puede decidir por ti, ni saber lo que sientes.

Me ablandé por completo. Papá siempre había sido mi favorito, al punto de que alguna vez había llegado a sentir que mi madre era mi rival, y, si miraba atrás, creo que ella siempre lo supo y nunca hizo el más mínimo amago de sentirse traicionada por ello o de dejar de amarme más que a su propia vida.

Recuerdo que aquella noche me abracé a mamá y estuve llorando un buen rato. Mis hombros subían y bajaban y su chaqueta de punto estaba empapada por mis lágrimas. Ella solo me dejó hacer, acariciando mi pelo rubio de vez en cuando. Aquello me reconcilió por completo con ella.

—Saldremos de todo esto —dijo al final.

Y durante mucho tiempo yo me repetí esa frase con la esperanza de que, tarde o temprano, se hiciera realidad.

10.

Y Augusto Solares, tal y como indicaban todas las encuestas, ganó las elecciones y se convirtió en el presidente de Astonia.

Si ya no lograba sacarme a Dylan de la mente, aquello me hizo pensar en lo feliz que se sentiría y, cómo no, en lo infeliz que por el contrario me sentía yo. Mi padre estaba muy débil tras el infarto y yo apenas tenía tiempo para mí al tener que atender la tienda. Los proveedores me agobiaban con sus exigencias de pago y yo sabía que tenía que aguantarme porque no podía molestar a papá con aquello.

La situación se volvía cada vez más tensa.

El domingo de las elecciones quedé con parte del elenco de la función en la tarde noche, después de ejercer el voto, para tomar algo y esperar a conocer juntos los resultados electorales.

Nos fuimos cerca de la Plaza Mayor, que estaba abarrotada de gente cargada con banderines y pegatinas electorales de distintos partidos, esperando los resultados.

Me había venido bien reunirme de nuevo con otra gente después de una semana llena de problemas y en la que solo me había visto con papá y mamá. Me sentía bastante relajada cuando alguien me sujetó del codo y me giré para darme de bruces con su rostro perfecto.

—¿Cómo estás?

Él estaba vestido de traje. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y sus labios brillaban como si se hubiera echado vaselina. Tuve que hacer un esfuerzo para no besarle y recordar la semana que estaba pasando sin su apoyo.

—Estoy bien —mentí—. Pero si de verdad te importase te habrías molestado primero en saberlo.

Moví mi codo para evitar el contacto con su mano, que aún lo seguía sujetando.

—Ruth, esta semana era crucial para mi destino. Necesitaba todo el tiempo, necesitaba incluso de más tiempo del que disponía, en realidad.

—Ya —dije sin convicción—. Supongo que una llamada habría cambiado mucho ese destino.

Se acercó más a mí, a pesar de que mis amigos ya se habían apartado nada más verle hablar conmigo. No era nada común ver a los precoces relacionándose con nosotros y todos sabían que Dylan me había estado frecuentando en las semanas anteriores.

—Ruth, hoy pensaba llamarte. Hoy puede ser el día en que todo cambie, quería saber a qué podía atenerme.

—No te entiendo —dije un poco asustada por su tono de voz.

—Pero lo entenderás. Te pido que confíes en mí.

Aquello me conmovió. Que me pidiera que confiara en él. Me pregunté a cuántas personas les habría pedido aquello en la vida y me dije a mí misma que, probablemente y dado el carácter reservado de los precoces, yo sería la primera.

—Estás con él ¿verdad? Con Augusto Solares.

Dylan asintió. Uno de sus dedos se dirigió a mi hombro y bajó acariciándome lentamente el antebrazo. Le había echado tanto de menos, y ahora él parecía mucho más receptivo que antes.

Acerqué mi rostro al suyo, pero apenas rocé sus labios él se echó hacia atrás para no profundizar más en el beso. Dejó que le besara, pero evitó que se prolongara.

—Tengo que volver... —se giró y señaló al gran escenario preparado en uno de los laterales de la Plaza Mayor, donde en sus respectivos camerinos y furgonetas esperaban los posibles Presidentes y sus equipos—. Confía en mí —repitió.

11.

Treinta minutos después me encontraba en la plaza, entre el barullo de la gente, a punto de conocer al nuevo Presidente de la Nación.

La emoción era intensa, que un precoz estuviera entre los posibles, es más, entre los favoritos para llegar a presidente, había logrado que aquel año electoral la participación y el seguimiento de las elecciones hubiese sido más numeroso que nunca antes.

Ezequiel se había colocado tras de mí, y en un momento pasó su brazo sobre uno de mis hombros señalándome hacia un punto a mi izquierda, muy cerca del escenario.

—Mira.

Allí estaba Dylan, con un grupo de precoces vestidos todos con aquel traje clásico en color azul. Había también un par de precoces chicas con los mismos trajes pero el suyo de chaqueta y falda recta hasta las rodillas.

—¿Crees que van a ganar? —preguntó Ezequiel, sin esperar contestación en realidad — Son los claros favoritos.

—Habrá que esperar.

—¿Y qué podemos esperar de ellos? ¿Qué crees que pasará si es así?

Me giré y le miré mientras mi frente se arrugaba al hacer un gesto interrogante.

—¿Qué quieres decir? Supongo que pasará lo de siempre ¿qué iba a pasar? Ezequiel se encogió de hombros. Estaba claro que quería decirme algo pero le incomodaba hacerlo.

—No sé, son tan rígidos, tan formales... ¿No te parecen demasiado fríos? Sí que me lo parecían, pero no me había parado a pensar que eso pudiese cambiar nada en cuanto a la forma de gobernar una nación. Con Diecinueve años todo lo relacionado con la política me resultaba formal y aburrido.

—¿Y qué tiene eso que ver con que pienses que va a pasar algo especial? No sé, supongo que ser metódico y trabajador es un punto a favor en cuanto a lo que se refiere a gobernar un país ¿no?

Ezequiel volvió a encogerse de hombros. Había algo más que le intrigaba.

—Tú siempre has sido una chica muy alegre, divertida, no sé, se me hace raro.

—¿Qué se te hace raro?

Le costaba soltarlo y yo le di un pequeño golpe en broma en uno de los hombros.

—Vamos, dilo, no seas cobarde —me reí.

Fingió llenar los pulmones de aire.

—Está bien, pero no te enfades ¿vale? No logro entender cómo puedes estar con él. Parece tan aburrido...

En ese momento la enorme pantalla que había tras el escenario cambió su fondo fijo con una foto del mapa de Astonia y los resultados se hicieron visibles dejando ver que Augusto Solares había ganado con mayoría absoluta.

Los gritos de alegría en la plaza sobrepasaron el ruido de los fuegos artificiales y Augusto Solares, acompañado por una veintena de hombres, Dylan entre ellos, subieron por la parte izquierda del escenario.

La gente agitaba las banderas con el nombre del nuevo presidente. Algunos se abrazaban, otros bailoteaban, había niños que miraban extasiados los fuegos, y otras personas, en su mayoría de edad avanzada, que mostraban rostros desilusionados.

El bullicio era impresionante y comenzamos a colarnos entre el gentío hasta llegar a la primera fila.

El ambiente era festivo y emocionante y Augusto Solares dio un pequeño discurso plagado de formalidades que la gente aplaudió con entusiasmo. Comenzaba una nueva era.

Apenas unos segundos después abandonaban de nuevo el escenario descendiendo por las escaleras de la izquierda. Allí se detuvieron mientras un

montón de gente se aproximaba para dar la mano al Presidente y felicitarlo. Podía ver a Dylan entre el grupo y una de las veces que se giró nuestros ojos se encontraron. Yo agité la mano en el aire y sonreí mientras le guiñaba un ojo. Entonces sucedió algo que no me esperaba. Mi mano se quedó agitando sola el aire. El sonido del gentío gritando desapareció de mis oídos y solo podía ver como si fuese una cámara lenta, cómo Dylan iba girando la cabeza mientras fingía no verme.

Ezequiel, tras de mí, permanecía quieto con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón tejano.

—Creo que no te ha visto.

Yo sabía que lo decía para consolarme, y que ambos sabíamos que, en realidad, había fingido no verme.

12.

El dispositivo móvil no dejaba de sonar y mamá me pidió que si no tenía pensado contestar lo insonorizara. Se la veía preocupada, creo que además de por papá, también por mí.

Papá fue mejorando y en un par de semanas más volvió a atender en la tienda, a pesar de que mamá no estaba de acuerdo, y tampoco lo estaba su médico.

De todas formas yo no dejé de ir. No me pasaba allí toda la jornada, pero procuraba ir tres o cuatro horas repartidas entre la mañana y la tarde y con disimulo le pedía a papá que me dejara sola pues nuestra compatibilidad en casa parecía desaparecer totalmente en el trabajo.

—No estamos hechos para trabajar juntos —decía mientras volvía a casa desde la tienda.

Ambos sabíamos que no era cierto, pero él no quería reconocer que aún no se había recuperado del todo.

Dylan me llamaba y me enviaba mensajes. Lo hizo durante aquellas dos semanas y luego se hizo el silencio. Al principio pensé que se había cansado. Después, desde el Gobierno nos hicieron saber que se inutilizaban todos los dispositivos móviles a los no precoces y además instalaron un sistema radiofónico en todos los hogares.

Continuamente retransmitía una especie de discurso que alababa el trabajo, el

orden, el sacrificio. Aseguraba que todo ello llevaría a lo más alto a Astonia y que la vida se volvería cómoda y predecible, tranquila y segura. Todos debíamos seguir unas normas y cumplir con nuestras obligaciones.

Aproximadamente a la semana de habernos quedado sin dispositivos, el Gobierno comenzó a cerrar los cines, teatros e incluso las Bibliotecas.

Uno de aquellos días, Ezequiel pasó por la tienda a verme y preguntar por mi padre. Apoyado en el mostrador, al fin se decidió a preguntar.

—¿Sigues con él?

Negué con la cabeza y casi sin darme cuenta bajé la voz.

—No le he vuelto a ver.

Aquella fue la última vez que vi a Ezequiel. Me contó que seguían reuniéndose en la academia de baile, pero que, a pesar de que no la hubieran clausurado oficialmente, lo hacían prácticamente a escondidas.

—No me gusta nada la dirección que está tomando todo esto.

Yo me quedé callada. Creo que me sentía culpable por haber estado con Dylan, por seguir deseando estar con él, como si eso fuese algo así como una traición a mi gente, a los no precoces.

Cuando llegó a la puerta se giró y levantó su mano derecha, la otra la seguía manteniendo en su bolsillo.

—Cuídate —me dijo.

Y a lo lejos, en la acera de enfrente, vi la figura de Dylan y las palabras de Ezequiel me parecieron una angustiada tirada de cartas que estaban retratando el futuro que nos esperaba.

13.

En cuanto Ezequiel se fue, Dylan se acercó a paso rápido mientras yo me había quedado inmobilizada con la vista clavada en él. Ya no llevaba traje, ni aquel look dandi que me había atraído tanto. Ahora llevaba un uniforme negro, el de los altos cargos de la cúpula de los precoces.

Parecía ir escondiéndose, mirando a ambos lados de la calle, como si le molestase que le vieran allí. Eso me irritó.

A través del cristal de la puerta, le vi colocar la mano en el pomo y empujar mientras la campanilla avisaba de la llegada de un cliente. Pero este no era un cliente, y mi corazón hacía unos segundos que latía desbocado.

Se volvió para cerrar la puerta despacio y yo aproveché para llenar de aire mis pulmones que parecían haberse vaciado por completo.

—¿Qué quieres?

Lo dije antes de que pudiera hablar. Antes de que sus ojos se clavaran en mí y me quitaran parte de mi voluntad.

—¿Cómo estás?

Aquello sonó como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros. Me reí sin ganas, ofendida. Comencé a enrollar con brusquedad los tubos de telas que tenía extendidos en el mostrador.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿Quieres saber cómo estoy?
Parecía que por una vez había notado la ironía en mi voz.

—Te llamé muchas veces, te envié muchos mensajes...

Claro, en eso tenía razón, pero no podía quitar de mi cabeza aquella imagen de su rostro girándose como si se avergonzara de mí.

—Sí, hasta que tu querido Gobierno decidió que los no precoces no teníamos derecho a tener dispositivos móviles, solo una especie de radio que nos cuenta lo felices que seremos cuando todos seamos como vosotros los precoces.

Me comencé a mover por el mostrador, alejándome de él por la parte de dentro, pero Dylan acompañó mis pasos desde el otro lado y me sujetó por el antebrazo. Yo reaccioné con brusquedad apartándolo.

—Te dije que no volvieras a sujetarme así.

Y yo te pedí que confiaras en mí —dijo con voz calmada.

No, aquello era una especie de chantaje emocional. No estaba dispuesta a dejarme convencer de nuevo. Lo había hecho en dos ocasiones y en las dos había terminado sintiéndome humillada. Él era un precoz y se consideraba mejor que yo, para él siempre sería un motivo del que avergonzarse.

—¿Confiar en ti? ¿Y cómo se confía en alguien que te ignora? ¿Alguien que parece avergonzarse de mí?

—Alguien que te ignora para mantenerte a salvo, Ruth.

Me quedé tocada. Quería decir algo hiriente, pero no se me ocurría nada, la curiosidad me vencía, había dicho tan en serio lo de mantenerme a salvo que el miedo recorrió de forma involuntaria mi cuerpo. Sin quererlo, recordé a Ezequiel preguntándome qué pasaría si los precoces llegaran al poder. Su rostro hacía unos minutos mientras me pedía que me cuidara justo antes de marcharse.

—¿A salvo de qué?

Dylan se acercó un poco más a mí, reclinándose sobre el mostrador. Vi que su uniforme llevaba los galardones que correspondían a un General, y por primera vez pensé en porqué llevaban uniformes si no estábamos en guerra.

—Necesito hablar contigo, Ruth, hablar de verdad. Hablar con tranquilidad, sin que te alteres, porque no es fácil ni de creer ni de entender lo que tengo que contarte.

14.

Entramos al almacén donde se acumulaban los tubos de telas y los bustos de maniqués primorosamente forrados por mi propia madre.

Yo me apoyé contra una de las paredes, Dylan quedó frente a mí, absolutamente erguido, con aquella actitud hierática que ahora, con aquel uniforme, le daba un aire aún más imponente.

—Ruth, Ruth, esto tenía que pasar tarde o temprano, por eso no quería que los precoces nos vieran juntos.

Enarqué las cejas, no entendía lo que quería decirme.

—No sé de qué hablas.

Dylan se acercó un poco más a mí. Por un momento pensé que me acariciaría el rostro asustado, pero solo me miró fijamente como si quiera asegurarse de que le estaba prestando toda la atención que la situación requería.

—Ahora os han bloqueado los dispositivos móviles, para que no os resulte fácil comunicaros entre vosotros. Y en breve, anunciarán que están creando centros especializados donde ingresarán a los no precoces con deficiencias físicas o psíquicas.

Mi corazón comenzó a latir acelerado.

—Van a venderlo como un programa para ayudar a la población. El Gobierno se hará cargo de esas personas no-válidas y dejará más tiempo para la

productividad de los válidos.

Mi cabeza comenzó a negar las palabras de Dylan.

—No puede ser, eso es una aberración, ¿ingresar a la gente a la fuerza?

—Y eso es solo el principio, Ruth. Después de ellos irán los mendigos, los parados, los vagos y maleantes y los que no puedan sostener sus negocios por las deudas.

Me pareció escuchar la campanilla de la puerta, pero yo no me encontraba bien, no podía salir a atender a nadie en aquel momento. Estaba mareada, el suelo parecía haber comenzado a girar bajo mis pies y un pitido largo e intenso cruzaba mis oídos.

Coloqué una mano sobre el pecho de Dylan y noté la aspereza de la tela del uniforme.

—Espera un segundo.

En la tienda estaba uno de los proveedores de papá.

Su rostro se volvió hacia mí mostrando una sonrisa aceitosa y falsa.

—¿Está tu papá?

Me resultó repulsivo. Creo que notó la palidez en mi rostro.

—No está ahora mismo. Le ruego que vuelva en otro momento, no me encuentro demasiado bien para atenderle ahora.

El hombre extrajo un papel de su portafolio. Me miró con curiosidad, pero sin un ápice de empatía, aunque por educación me preguntó si podía ayudarme en algo.

—No, es un asunto personal.

Dejó el papel sobre el mostrador y levantó un poco las cejas mientras, esta vez sin sonreír, se despedía.

—No olvides darle eso a tu papá.

Odiaba la palabra papá escuchada en sus labios, pero asentí y recogí el papel. Todavía esperé a que saliera de la tienda y cerrara la puerta tras de él antes de volver al almacén.

Dylan me esperaba a la entrada. Había estado siguiendo la conversación.

—¿Qué quería?

—Nada.

Le esquivé la mirada y traté de ocultar el papel que llevaba doblado en mi mano. Dylan se acercó y me sujetó el brazo por la muñeca. Con delicadeza cogió el papel y lo desdobló.

—Ruth, tu padre tiene deudas...

15.

El mundo parecía caérseme encima. En tan poco tiempo todo parecía haberse torcido demasiado. Yo seguía teniendo diecinueve años y me sentía como si tuviera cuarenta, llena de responsabilidades, pero sin tener ni idea de cómo hacerlas frente.

—Hace tiempo que papá acumula deudas —dije—. Y hace poco le ha dado un infarto, todavía está muy débil, pero no le queda otra que venir a trabajar y hacer frente a estos tipos —dije refiriéndome a los proveedores.

Dylan se pasó una mano sobre su cabello rubio e impoluto.

—Lo siento, Ruth, sé que debería haber estado a tu lado, debería haber estado más pendiente de ti, pero no podía.

—¿No podías?

—Ruth, esto es mucho más grande de lo que parece. No van a parar aquí ¿no lo entiendes? Comienzan por las personas con alguna tara, siguen con los parados, luego buscarán otra excusa, o ya ni siquiera se molestarán en buscarla, porque ya no les hará falta.

Sabía perfectamente a lo que se refería, pero me parecía increíble que

podieran hacer algo así.

—No se lo permitirán.

—¿Quién no se lo permitirá?

—El resto de partidos, el resto no son precoces, se defenderán, les quitarán el poder...

Dylan no se rió. Su voz tampoco transmitió desprecio cuando me contestó.

—No seas ingenua. Han ganado por una mayoría abrumadora. Augusto ya está cambiando el mandato constitucional de Astonia, tienen poder y mayoría para hacerlo. Ha concentrado en él todos los poderes. ¿Sabes lo que ha hecho? ¿Sabes cuánto tiempo llevan preparándonos para una guerra en esos centros en los que reclutan a todos los precoces?

No me lo podía creer. Esos centros. Claro, en un primer momento los centros habían estado dirigidos por humanos comunes, pero en cuanto las generaciones fueron pasando, fueron otros precoces los que se hicieron cargo de los siguientes, y así durante años y años.

—¿Una guerra?

—Es lo único que puede quitar el poder a Augusto. Una guerra ya sea civil o de otros estados que quieran evitar lo que va a suceder en Astonia de forma ineludible.

Todo aquello era tan difícil de creer. Pero hacía tan solo unos meses, unas semanas, ¿quién hubiese creído que inutilizarían todos nuestros dispositivos móviles? ¿O que clausurarían todos los centros de entretenimiento y cultura?

—Pero tú estás con ellos —dije en un susurro. Empezaba a tomar conciencia de eso.

Dylan asintió. Sus ojos azules se oscurecieron un poco mientras su pupila se dilataba. Acercó lentamente su rostro al mío como si tanteara, como si estuviera determinando si le correspondería o me apartaría. Sus labios se posaron sobre los míos y un calambre casi doloroso recorrió mi espalda y se clavó en mi vientre.

Cuando ya pensé que no contestaría, separó un poco sus labios mientras mantenía pegada su frente a la mía y bajó la voz tratando de que no se le notara el miedo.

—Sí, soy uno de ellos, pero es a ti a quien quiero.

16.

Aquella confesión me dejó aún más aturdida. No lograba comprender qué era lo que pretendía. Decía que me quería pero actuaba como si no fuese así. ¿Era un cobarde? No quería que nadie supiese que estaba enamorado de una no precoz.

—Pero ¿por qué? No entiendo por qué si dices quererme me ignoras de esa forma.

Dylan movió los pies, parecía nervioso.

—Porque era la única forma de protegerte. Sigue siendo así. Necesito que te mantengas al margen de mi mundo, del resto de precoces. Necesito que ninguno te conozca, que no sepan que no eres una de los nuestros.

—¿Te avergüenza? ¿Es eso?

Él negó rápidamente con la cabeza.

—No, no, claro que no. Es solo que cuando llegue el momento y si tú accedes, claro —lo dijo como si se disculpara— tendrás que fingir ser quien no eres por tu propio bien.

—¿Fingir?

Dylan parecía impacientarse ante lo que parecía ser falta de entendimiento por mi parte, aunque, en realidad, fuera un pasmo indescriptible ante todo lo que estaba descubriendo.

—Fingir, Ruth, fingir, sí. ¿No te das cuenta de lo que te estoy diciendo? Tienen todo planeado para terminar con vosotros. Pronto cerrarán las fronteras para que no pueda salir información al exterior. Exterminarán a todo el que quieran, y los que no sean exterminados y no tengan trato de favor por cualquier motivo, serán tratados como meros esclavos.

Mi cabeza no daba para más. Aquello tenía que ser una pesadilla. En un período de tiempo de apenas meses mi vida había pasado de ser la de una niña más o menos feliz a verme apartada del ballet, a ver cómo el negocio familiar comenzaba a hundirse, ver cómo mi padre se desmoronaba, y a tener que asumir que lo que se avecinaba no era para nada mejor.

—Tienes que tener paciencia, Ruth, hacer todo lo que te diga. Tengo información privilegiada ¿entiendes?

Asentí aturdida. Pensaba en mi padre, enfermo del corazón y plagado de deudas. Las palabras de Dylan retumbaban en mi cabeza: “quieren ingresar en esos centros a gente con discapacidades físicas y psíquicas, parados, gente con deudas incapaz de llevar adelante su negocio...”

—Yo velaré por ti, no voy a dejar que te pase nada. Ni a ti, ni a tus padres. Confía en mí, Ruth, confía en mí.

Volví a asentir. Comencé a pensar en la suerte que había tenido al conocer a Dylan. Él velaría por mí y por mi familia. No podía decepcionarle, tenía que ser obediente y seguir todas las instrucciones que él me fuera dando.

17.

En apenas unos días, el Gobierno anunció la apertura de centros en los que reclutarían a todas aquellas personas que tuvieran algún tipo de discapacidad física o psíquica. No importaba si seguían valiéndose por sí mismos o no. Todos “disfrutarían” de la acogida y cuidados en aquellos centros.

Creo que mucha gente empezó a tomar conciencia de lo que estaba sucediendo cuando, a pesar de negarse a ingresar en tales centros, los ciudadanos eran obligados, llegándose a usar la fuerza para reclutarlos si esto era necesario.

De la noche a la mañana, los aparatos radiofónicos que habían instalado en nuestras viviendas conminaban a todos a delatar a cualquier persona con cualquier tipo de tara, pues muchos habían optado por esconderse para evadir el obligado reclutamiento.

Pero en unos pocos días más, la radio convencía a los ciudadanos de delatar a cualquiera de sus conciudadanos si les escuchaban realizar cualquier crítica contra lo que el Gobierno estaba llevando a cabo por su propio bien, y, así, consiguieron acallarnos durante un tiempo.

Las denuncias se sucedían y la gente era conducida a las instalaciones policiales y de allí a los centros a los que al principio solo ingresaban los

discapacitados.

Entretanto, el Gobierno sacó varias leyes que debían cumplirse a rajatabla bajo amenaza de pena de muerte, y una de ellas era la de la superioridad genética, la cual impedía bajo ningún concepto la unión matrimonial entre precoces y no precoces.

Yo me sentía cada día más nerviosa. A veces pasaba todo el día sin ver a Dylan, pero normalmente conseguía verle aunque fuera diez o quince minutos por las noches, o se presentaba de improviso en la tienda cuando sabía que estaba sustituyendo a mi padre.

Mi madre estaba al tanto de que yo seguí mi relación con Dylan y cuando sacaron las leyes de superioridad me pidió encarecidamente que dejase de verme con él.

A pesar de que le aseguré que estábamos tomando muchas precauciones para que no nos descubrieran yo sabía que estaba causándole un gran sufrimiento. En lo que ambas estábamos de acuerdo era en que papá, debido a su delicado estado de salud, no debía enterarse de nada.

Pero por más que quisiéramos tapar el sol con un dedo y mantener a mi padre en una burbuja, llegó el momento en el que la situación se volvió insostenible, imposible de endulzar.

18.

Una de las tardes que Dylan se pasó por la tienda me preguntó por el estado de salud de papá.

—Están controlando los hospitales. Sacan a los enfermos y se los llevan a los centros, con el resto de precoces.

—¿Qué hacen allí?

—Son mano de obra, esclavos.

No podía creerme que todo aquello estuviese sucediendo, y, al mismo tiempo, a pesar del poco tiempo que había pasado desde la llegada al poder de Augusto Solares, era como si ya nos hubiéramos rendido a la situación y aquello llevase ocurriendo siglos.

—Pero papá no está en el hospital, está en casa.

—Lo sé, pero tienen acceso a los historiales.

Seguía manteniendo conmigo aquella actitud fría y rígida que caracterizaba a los precoces, pero cuando veía mi preocupación, su tono de voz se volvía más bajo, como si tratara de endulzarlo.

—Mira, la situación de tu padre es de máximo riesgo, no voy a engañarte. Él está enfermo y su negocio genera deudas, me preocupa.

—¿Qué podemos hacer?

Dylan se acercó un poco más a mí. Me sujetó una mano y apretó mis dedos.

—No va a pasar nada. Estoy controlando toda la situación. Si veo que algo pudiera suceder...

—¿Qué?

Él negó con la cabeza.

—Es mejor que no sepas nada, por ahora.

—¿Acaso ningún otro país tiene conocimiento de lo que está sucediendo aquí? No puedo creer que no tomen cartas en el asunto. No pueden dejarnos abandonados a la voluntad de Augusto Solares.

Dylan se pasó la lengua sobre los labios. Mordisqueó un poco el labio inferior. Estaba claro que me ocultaba algo.

—Por favor, dime qué es lo que sucede.

Dylan se asomó por la puerta del almacén para echar un ojo a la tienda, como si no hubiésemos escuchado la campanilla en el caso de que hubiese entrado un cliente.

—Escucha, esta noche... esta noche van a detener a los miembros de todos los partidos de los no precoces que se presentaron contra el Presidente, y, posiblemente, los ejecutarán.

Mi corazón parecía a punto de estallar golpeado contra mi pecho.

—Los otros países no pueden hacer nada. No pueden intervenir en la política de un país ajeno ¿entiendes? Augusto hará y deshará lo que le venga en gana y solo hay una forma de que otros países puedan injerir y es si existe una causa para declarar la guerra porque las políticas de Augusto influyan en alguna de las grandes potencias.

Yo agaché la cabeza rendida.

—Después de esta noche, las cosas solo pueden ir a peor, Ruth.

Se acercó de nuevo a mí y me levantó el rostro hacia él sujetándome por la barbilla.

—Tienes que hacer todo lo que yo te diga, tienes que fiarte ciegamente de mí, solo de mí ¿entiendes?

19.

Esa noche yo no pude dormir. Como tampoco pudieron dormir todos los miembros de los partidos que habían participado en las elecciones presentándose en contra de Augusto Solares.

Se les detuvo acusándoles de rebelión y traición al actual Gobierno.

En la noche, los soldados precoces se presentaron en sus casas y sin un atisbo de empatía les hicieron salir de la cama y se los llevaron en pijama, arrastrándoles por las escaleras de sus portales y sus casas y metiéndoles en furgones ante la mirada incrédula de otros ciudadanos que tampoco pudieron dormir aquella noche.

No solo se detuvo a los miembros de partidos, sino también a periodistas, escritores, artistas, fotógrafos de prensa, presentadores y demás personas que Augusto Solares consideró que agraviaban al Régimen.

A todos ellos no se les llevó a los centros destinados para los disminuidos físicos o psíquicos o aquellos denunciados por sus vecinos, si no que se les encerró durante toda la noche en el Consejo del Poder Judicial donde se quiso hacer creer a los ciudadanos que se les había enjuiciado y, a la mañana siguiente, fueron conducidos al estadio de fútbol principal de Astonia y ejecutados mediante fusilamiento.

El impacto de la noticia, expandido por las radios instaladas en todos los

hogares, tuvo un efecto que yo no sé si los precoces habían calculado o también a ellos les pilló por sorpresa: Las denuncias a personas acusadas de estar en contra del Régimen o difamarlo aumentaron.

Se creó un clima de desconfianza entre los vecinos que nos mantenía alerta las veinticuatro horas. No hacía falta que existiesen millones de precoces, te sentías vigilado constantemente y ponías una atención extrema a lo que hacías o decías para evitar ser denunciado. Como si esas precauciones sirviesen de algo.

Parecía que ya nada importaba, ya no hacía falta demostrar la culpabilidad o inocencia de nadie, bastaba la palabra de un vecino susurrada en la silla de una comisaría mientras un precoz tomaba nota de la denuncia para que acudieran a buscarte y decidieran si ajusticiarte en el momento o ingresarte en alguno de aquellos centros.

Así que lo mejor era cruzar los dedos y tratar de pasar inadvertido para todos. Tener el mínimo contacto con nadie para no tener un leve desliz que pudiera molestar a alguien y terminar en una denuncia.

Aquel que podía emigrar se apresuraba a hacerlo y ,el resto, los que seguíamos aferrándonos a nuestro país, nuestra casa, nuestra familia veíamos, con ojos reseco y cansados, cómo los precoces no solo no lo parecían si no que estaban demostrando no tener nada de humanos.

20.

Aquello no fue lo que terminó de debilitar finalmente la salud de papá.

Tres noches después de estos acontecimientos, los soldados volvieron a tomar las calles. Armados de porras y con botes de pintura roja rompían los escaparates de todos aquellos locales cuyos dueños tuvieran deudas.

Riadas de precoces uniformados recorrieron las calles instaurando el terror. Aquella noche, la gente tomó realmente conciencia de hasta dónde eran capaces de llegar, y comenzaron los intentos de emigración, aunque mucha gente era detenida y enviada directamente a los centros que ya comenzaban a tomar el nombre de campos de concentración.

Tras aquella noche, papá no regresó a la tienda. Nos pidió a mi madre y a mí que tampoco lo hiciéramos. Los cristales rotos que habían caído a la acera fueron barridos y las telas se las fueron llevando los grupos de mendigos que se escondían como podían por los rincones hasta que eran apresados por los precoces.

Una enorme cruz roja chorreante de pintura ocupaba toda la puerta de entrada. Mi padre vivía con el miedo de que lo siguiente que atacaran y marcaran fuera nuestro hogar.

Como nos habían quitado los dispositivos móviles, yo no tenía forma de comunicarme con Dylan, aunque sabía que él estaba al corriente de que la

tienda de papá era una de las que su ejército había marcado.

Tardó casi una semana en aparecer por casa.

Mi padre no se levantaba de la cama apenas para nada. Mamá ya no tenía encargos y los proveedores que creíamos vendrían a reclamar sus deudas a casa, no aparecían por ninguna parte. Aquello era casi más inquietante. El tiempo parecía haberse detenido después de esa noche. Era como la calma que precede a la tormenta y el ambiente hacía temer un desenlace temible.

Justo el día que Dylan se presentó en casa, fue mi padre quien le abrió la puerta.

Su rostro se congestionó al encontrarse frente a un Precoz uniformado de mirada clara de hielo. Le sacaba prácticamente la cabeza a mi padre y éste, aún debilitado, parecía un niño a su lado.

—Dylan...

Aparecí tras de mi padre y le sujeté de uno de sus antebrazos presionando sus bíceps con cariño.

—Es un amigo mío, papá —le tranquilicé.

Mamá se asomó desde el pasillo y después del impacto se acercó a la puerta y cogió a mi padre por los hombros. Saludó a Dylan con un leve movimiento de cabeza y se retiró hacia a su habitación llevándose a mi padre con ella.

—Pasa.

No pude evitar mirar hacia afuera, para comprobar si alguien estaba viendo a un precoz entrando en casa.

Le guié hasta la salita y le indiqué uno de los sofás granates para que se sentara.

—Solo puedo ofrecerte café.

Él negó con la cabeza.

—No quiero tomar nada, Ruth. ¿Cómo estáis?

Me encogí de hombros. Realmente no estaba segura. Físicamente no me encontraba mal, a pesar de que los alimentos comenzaban a escasear, pero mentalmente todo aquello parecía una especie de pesadilla, un parón en el tiempo a la espera de despertar.

—Mi padre es quien está peor.

Esta vez Dylan asintió. Me acerqué al sofá y me senté a su lado. Su cabello rubio asomaba bajo la gorra militar y caía sobre sus cejas. Me apetecía retirárselo y acariciarle el rostro. Olvidar que todo aquello estaba pasando y poder tener una relación normal como antes, parecía que siglos antes.

—He venido a hablarte de eso.

Yo sabía que no iba a decirme nada bueno, pero daba igual que me tapara los oídos y cerrara los ojos. Todo pasaría igual.

—Han denunciado a tu padre, Ruth.

—¿Qué?

Mi cuerpo comenzó a temblar de repente. Mi cuerpo ya no parecía mío, había perdido el control sobre él y temblaba como si me estuvieran sacudiendo adelante y atrás.

—Tranquilízate, estamos a tiempo.

—No, no puedo tranquilizarme, necesito saber qué está pasando.

Dylan trató de sujetarme las manos pero yo las aparté.

—Sabes que el odio les lleva a poner denuncias. Vecinos denuncian a vecinos, mujeres a esposos, esposos a mujeres, alumnos a profesores...

—¿Quién lo ha denunciado? —El tono de mi voz era exigente.

—Un proveedor.

Me tapé la boca con las manos. No estaba segura de nada, salvo de que todo me daba náuseas y que sabía que vomitar tampoco iba a arreglar nada.

21.

—Esto tenía que ocurrir tarde o temprano, Ruth, sabías que tu padre estaba viviendo en la cuerda floja.

—Le matarán, eso es lo que van a hacer ¿verdad? Le llevarán a uno de esos campos de concentración o le fusilarán. Sea una cosa u otra, le matarán.

Me levanté del sofá y caminé nerviosa hasta la puerta mientras la abría, como si inconscientemente esperara encontrar a mis padres como dos colegiales traviosos espiando tras la puerta.

No había nadie y casi pude sentir alivio.

—Escucha, Ruth, tienes razón, le matarán.

Me sorprendió de forma desagradable la dureza que había en su voz. Pero al tiempo tenía que agradecerle la sinceridad, una mentira piadosa era algo que servía para mi padre, pero no para mí, que siempre había exigido saber la verdad.

—Le matarán a él y matarán a muchos más no precoces. A tu madre, posiblemente también a ti... —continuó — Por eso tantos tratan de cruzar la frontera y salir de Astonia. Esto no ha hecho más que comenzar.

Asentí desesperada. Aquello no había hecho más que comenzar, tenía razón. Desde que Augusto había alcanzado el poder, el terror se había ido propagando como la peste. Las ratas habían inundado la ciudad, la habían sitiado, rodeado y ahora llegaba el momento de morder y alimentarse de sus víctimas.

—¿Qué vamos a hacer?

Ni siquiera le preguntaba a él. Era una pregunta dirigida más bien a mí misma.

—Yo puedo ayudarte. A ti y a tus padres, por eso te pedí confianza. Ha llegado el momento de que decidas si confías o no en mí.

Tragué saliva. Tenía tanto miedo, miedo por mi padre, por su salud debilitada, por el derrotismo que le había vencido y tumbado, casi enterrado en su propia casa.

—¿Qué es lo que tendría que hacer?

—Escucha, Ruth, puedo sacar a dos personas de Astonia. Una vez fuera de nuestras fronteras estarán totalmente a salvo.

Mi cabeza asimiló rápidamente la contrariedad de aquel número par. Dos. Podía salvar a dos de nosotros. Claro, dos era el número exacto, el número precioso, dos son compañía, tres son multitud.

—Mis padres —dije sin dudar—. Quiero que saques a mis padres de Astonia. Yo soy joven, más fuerte, esto tiene que terminar en algún momento. Soy quien tiene más probabilidades de sobrevivir si me quedo.

Dylan se levantó del sofá y me sujetó por la cintura. Me acercó un poco a su cuerpo y me retiró el flequillo rubio hacia atrás.

—Eres tan... cálida. Estás tan viva, tan diferente a las precoces.

—Necesito saber que ellos estarán bien.

Dylan no me soltó. Su presión me resultaba extraña, pero traté de no darle importancia.

—Mi contacto es de confianza, de mucha confianza. Me aseguraré de que lleguen bien. Luego pueden comunicarse contigo a través de mi dispositivo móvil —tocó el aparato dentro del bolsillo de su chaqueta militar—, una sola vez, no puedo correr más riesgos.

Yo asentí agradecida.

—Entiendo.

—Creo que debería hablar entonces con tus padres, al final son ellos quienes deben tomar la decisión.

Me solté de él y me dirigí hacia la puerta para ir a buscar a mis padres, pero antes de salir de la salita me volví hacia Dylan.

—Escucha, mi padre va queriendo que sea yo quien abandone Astoria junto a mi madre. No es posible ¿entiendes? Tienes que ayudarme con eso. Mi padre debe irse de aquí.

Dylan fijó su mirada en la mía. Su mano, nerviosa, acariciaba el aparato móvil que los precoces sí podían seguir usando.

—No te preocupes, Ruth, tengo algo pensado para ti. No pensarías que iba a dejar ningún cabo suelto ¿verdad?

22.

El almacén de patatas estaba a las afueras de Astonia. Dylan me esperó en la curva de la carretera que había a la salida de mi barrio y me obligó a acostarme en el asiento de atrás del coche.

Recostada sobre los asientos de piel de color crema del automóvil, apretaba los ojos para contener las lágrimas mientras recordaba la despedida de mis padres.

Mi padre se negó tajantemente ante el plan de Dylan. Reconozco que tuvo que ser muy duro para él enterarse de tantas noticias, todas malas, al mismo tiempo: su hija tenía relaciones con un precoz y a él le habían denunciado. Debían abandonar Astonia cuanto antes y Dylan solo podía obtener salvaconductos para dos personas.

Después conoció el plan que Dylan tenía reservado para mí y creo que se disgustó todavía más.

Mamá lloraba en silencio la noche que Dylan acudió con el coche a buscarles. Traía los faros apagados y el motor apenas hacía ruido. Yo esperaba impaciente, observando de vez en cuando a través de los visillos de la ventana de la concina.

Papá se abrazó a mí antes de salir de casa.

—Yo hubiera querido... —no pudo seguir.

Yo le abracé con más fuerza y le dije aquellas mismas palabras que mamá me había dicho poco antes.

—Saldremos de esta, papá. Te quiero.

Les perdí de vista en la oscuridad, desapareciendo en el coche de Dylan. No sabía cuándo volvería a verlos. Ni si quiera sabía si volvería a verlos.

Dylan se llevó a mis padres y una de mis fotos de carnet.

Dos días después, Dylan y yo nos vimos en un parque. Él se acercó a la entrada de los baños públicos y al pasar a su lado me entregó su dispositivo móvil.

En el interior de un cubículo pequeño, sucio y maloliente, recibí las primeras y últimas noticias de mis padres durante años. Estaban a salvo.

Al salir del baño le devolví con disimulo el móvil a Dylan. No quise mirarle con mis ojos enrojecidos.

Al día siguiente yo me encontraba en su coche, recostada en el asiento de atrás para evitar que me viera ningún precoz desde la calle o desde otro de los coches que circulaban a nuestro alrededor.

Nos bajamos en un callejón, cerca de unas escaleras metálicas que ascendían hasta llegar a una pequeña puerta también de metal.

Al abrir la puerta nos recibió un profundo olor a humedad. Mientras descendíamos las mismas escaleras que bajaban a la calle, pero ahora las que lo hacían hasta el sótano en el que se encontraba el almacén, mis ojos se fijaron en una esquina, donde un grupo de muchachos golpeaban un saco colgado de un gancho en el techo.

Cuando ya llegábamos al último peldaño, dejaron de golpearlo y nos miraron.

Un hombre de mediana edad, con una barriga prominente y una nariz de un tamaño considerable, apareció por la puerta de una estancia que se veía construida con pladur en mitad del almacén.

En dos zancadas se puso a nuestra altura mientras alargaba la mano hacia Dylan y tiraba de él para acercarle y darle unos golpecitos en la espalda.

Me sorprendí de su efusividad, pues contrastaba con la rigidez de los precoces y noté la incomodidad de Dylan.

—Vaya, esta señorita es una belleza, pero no es extraño siendo una precoz —dijo mientras estrechaba mi mano y guiñaba un ojo.

Dylan centró su atención en los muchachos, que les observaban sin disimulo.

El hombre de la barriga prominente se giró hacia ellos.

—¿Qué estáis haciendo, panda de vagos? Venga, venga, seguid.

Los muchachos comenzaron de nuevo a golpear el saco, excepto el que parecía el más joven, que se quedó observándonos hasta que desaparecimos tras la puerta de aquel cuartucho hecho con pladur.

El hombre de la barriga prominente se llamaba Isaac, y era uno de los contactos de Dylan y de otros muchos más precoces, pues tenía ciertas habilidades para conseguir papeles ilegales y hacer todo tipo de favores.

Pasó a la parte de atrás de su mesa, extrajo una llave colgada de un cordón a su cuello y abrió uno de los cajones laterales. De allí sacó una pequeña libreta con portadas azules.

—Échele un ojo a su nueva identidad, señorita Solares.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Ya no era Ruth Santana. Ahora era Ruth Solares. Estaba renegando a mi identidad, a mis padres, a mis raíces. Ahora era otra persona, pero ¿qué clase de persona? ¿Una persona que traicionaba a su pueblo? ¿A su gente? ¿A su familia? ¿Era una precoz? ¿Una no precoz?

Salimos del cuartucho y los muchachos detuvieron sus golpes de nuevo. Isaac se dirigió a Dylan.

—Miren esto.

Se acercó a los muchachos y señaló a uno de ellos.

—Jero, enséñale al señor ese jab.

El muchacho tenía unos diecisiete o dieciocho años y era extremadamente delgado. Tenía una cabellera negra y espesa, como sus cejas, y la piel oscura. Me di cuenta enseguida de que era de etnia gitana. Me sorprendió que no estuviera detenido, pues los gitanos habían sido uno de los objetivos prioritarios de los precoces.

Comenzó a golpear el saco con golpes rápidos, rectos y cortos e Isaac se reía mientras golpeaba, a su vez, el hombro de Dylan.

—Está bien, muchacho —dijo Dylan—, realmente tienes madera de boxeador.

Isaac giró a Dylan por el hombro en dirección a la puerta. Antes de subir las escaleras hacia la salida Dylan se dirigió a él.

—Ya me dirás lo que te debo.

—De momento dejémoslo así, en que me debes una.

Cuando abandonamos el almacén, el muchacho que se llamaba Jero se acercó curioso.

—¿Quiénes son?

Isaac metió las manos en los bolsillos de su pantalón de tergal y se balanceó un poco sobre sus pies.

—Gente importante, gente con la que conviene estar a bien, Jero —le guiñó un ojo—. Es guapa ¿verdad?

Jero asintió muy serio.

—Sí. También yo seré importante algún día, y ese día ella será mi mujer.

Isaac soltó una carcajada que no pareció inmutar al muchacho.

—Llegas tarde, Jero, venían a traerme la invitación a su boda —mintió.

Pero de esto yo me enteraría después, mucho después.

23.

Nos casamos dos días después. Lo hicimos bajo un retrato de tamaño real de Augusto Solares.

A nuestra boda asistieron exclusivamente precoces al servicio del Régimen. Como regalo recibimos el libro que el propio Solares había escrito: “El Sacrificio Precoz”.

Era una edición de lujo que se reservaba para casos como aquel: una boda, un bautizo, una condecoración...

Nadie puso en duda mi naturaleza precoz. Nadie dudó de mi documentación falsa. Nadie preguntó de dónde había salido yo. A fin de cuentas, esa era la personalidad pura de los precoces: una independencia brutal que rozaba la indiferencia.

Nos trasladamos a una casa de tres plantas y jardín en las afueras de Astonia. En la planta más alta se encontraba el desván; En la inmediatamente inferior, tres habitaciones, un baño y una biblioteca; En la de abajo estaba la cocina, otro baño, un salón y una sala que Dylan dispuso para mí como regalo de bodas: Un salón de ballet.

Tenía su suelo de madera pulida, una pared forrada de espejos con una barra

de metal anclada a la misma, un equipo de música y varios Cd-rom con El Cascanueces, El Lago de los Cisnes...

Fue el único detalle que Dylan tuvo conmigo durante toda nuestra convivencia. El sexo, como cabía esperarse, fue una desilusión para ambos.

A su rigidez se unió el hecho de que descubriera, con horror por su parte, que yo no era la doncella virgen que él se pensaba.

Aquella estupidez marcó un antes y un después en nuestra relación y ante mí apareció un verdadero precoz, sin máscaras ni disimulos.

Durante el primer año, Dylan mantenía relaciones conmigo con el único propósito de dejarme embarazada. La procreación era muy importante entre los precoces. Al año se cansó de intentarlo y pasamos a dormir en habitaciones separadas, rara vez teníamos encuentros sexuales y cuando los teníamos eran cortos e incómodos.

Durante ese tiempo no me puso la mano encima, pero su sola presencia me perturbaba. Aquella fascinación que había sentido hacia él se convirtió en dolor, al principio, y en una especie de rechazo a medida que el tiempo pasaba.

Al cabo de un año y medio, los precoces ya no eran esa especie perfecta, rígida, organizada y guiada por la autodisciplina.

Las atrocidades que comenzaban a llevarse a cabo en los campos de reclusión obligatoria habían llevado a introducir entre los soldados una fuerte droga denominada "Glassa" que el Gobierno suministraba sin escatimar. Solamente de esa forma muchos conseguían sobrellevar la dureza a la que tenían que enfrentarse en su día a día.

Los altos cargos, por su parte, descubrieron también los placeres de esta droga, del alcohol, del sexo, de las grandes fiestas y las orgías... en resumen, de una vida desorganizada que nunca antes habían probado.

Por supuesto, Dylan no iba a ser distinto a ellos. Guardaba sus formas rígidas, disciplinadas, frías y distantes para conmigo, pero cada vez aparecía menos por casa, llegando a pasar temporadas de quince días o un mes fuera. Según él estaba en los acuartelamientos de los centros de reclusión dirigiendo algún tipo de operación importante. Yo sabía que no era así, pero callaba.

Callaba porque, cada vez más, también yo apreciaba y disfrutaba de sus largas ausencias.

24.

El reloj de la Iglesia de la pequeña plaza que teníamos a pocos metros de casa acababa de dar las dos de la tarde cuando escuché el timbre de la puerta

Recuerdo mi gesto de fastidio, pues me pilló en pleno bettement y desde que había comenzado todo aquel despropósito de los precoces, y mis padres habían tenido que abandonar el país, yo me había vuelto muy antisocial y nada me apetecía más que estar sola y sumergirme en mi pasión por el ballet.

Llegué hasta la puerta con mi mallot negro y mis medias blancas, mi moño alto y mis zapatillas de cintas, y abrí dispuesta a despachar cuanto antes a quien quiera que fuese que había osado interrumpirme.

Me encontré frente a un muchacho flaco, de piel oscura y grandes ojos negros. Uno de ellos lo tenía hinchado y amoratado y su ceja estaba partida a la mitad.

Tuve que reprimir el acto reflejo que me pedía cerrar la puerta y, tratando de que mi voz sonase segura, le hablé.

—Lo siento, no puedo darte nada.

El muchacho me miraba las piernas y eso me hizo sentir incómoda, pero no quería darle el gusto de dejárselo saber. Estaba cerrando la puerta ante su

descaro, cuando él puso un pie un poco más adelante y la detuvo.

—No pido limosna, señora. Su marido me ha contratado.

Elevé las cejas sorprendida y me centré de nuevo en su rostro. Me resultaba conocido, pero no terminaba de ubicarle en mi mente, de saber quién era y de qué le conocía.

—¿Contratado? ¿contratado para qué?

El muchacho se encogió de hombros.

—No lo sé, señora, creo que para que haga de todo un poco.

Me quedé dubitativa. El calor apretaba y el sol nos daba de lleno allí en la puerta. No entendía a qué venía aquello, no necesitábamos a nadie para trabajar en la casa. Al no tener niños, yo misma le había dicho a Dylan que me ocuparía de todo lo referente al hogar, a fin de cuentas, así era como pensaban las precoces y él no pareció disgustarse por ello.

—Tengo... tengo que comprobar una cosa —le dije apuntando hacia el interior de la casa.

El muchacho volvió a encogerse de hombros, como si supiera que eso era exactamente lo que iba a suceder. Arrimé la puerta, poco a poco, hasta comprobar que esta vez él no oponía resistencia y entonces la cerré por completo.

En casa teníamos un teléfono con línea fija, Dylan nunca me había vuelto a proveer de un móvil, a pesar de que se suponía que ahora que era una precoz tenía derecho al mismo. Levanté el auricular y marqué el número del dispositivo de Dylan.

Su voz, tan fría como siempre, respondió de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Dylan, hay un muchacho aquí que dice...

Me interrumpió antes de que pudiese terminar.

—Ah, sí, olvidé decírtelo. Lo he contratado yo. Va a instalarse en casa. Prepara algo arriba, en el desván...

No podía creer lo que estaba escuchando. Dylan pretendía que instaláramos en casa a un desconocido.

—¿Va a quedarse en casa? No entiendo nada, Dylan.

—Pasas mucho tiempo sola, creo que la presencia de un hombre en casa...

—Dylan, no es un hombre, es un muchacho. Habías dicho que yo podría apañarme sola mientras no tuviéramos niños.

Había tocado su fibra sensible. Nunca era demasiado empático conmigo, pero si le recordaba lo de los niños, la frialdad se volvía glacial.

—Ruth, harás lo que digo y punto. Sabes que no me gusta que me discutas. Que se instale en el desván, no quiero oír nada más acerca del tema.

Se produjo un silencio en la línea que él mismo se ocupó de zanjar.

—Has hecho bien en llamarme antes de dejarle entrar.

Luego sonó el pitido intermitente que señalaba que la comunicación se había cortado.

Coloqué el auricular en su sitio y volví a la puerta de entrada. El muchacho se había ido unos metros más allá y se había sentado bajo la sombra de uno de los árboles.

Le hice un gesto para que se acercara. Le indiqué que entrara y al tiempo que pasaba expliqué.

—Mi marido me ha confirmado que te ha contratado, aunque sigo sin entender por qué ni para qué.

Él se encogió de nuevo de hombros, en aquel gesto de indiferencia que, luego, descubriría como su arma de defensa, y sin dejar de observar todo lo que le rodeaba me dio la explicación que a él le parecía más acertada.

—Creo que le debía una a mi jefe.

25.

Mientras subíamos las escaleras, él tras de mí, notaba su mirada clavada en mi espalda. Me había quedado un tanto desconcertada ante aquella noticia repentina y trataba de reubicar todas mis ideas.

Al llegar al desván empujé la puerta y la dejé abierta frente a él.

—Tendrás que instalarte aquí. Creo que hay algún colchón de lana enrollado por aquí.

El muchacho entró mientras recorría la estancia con la mirada. Era un cuarto rectangular, de unos cien metros cuadrados, lo que ocupaba cada una de las plantas inferiores, pero aquí sin separaciones de tabiques, lo que le daba un aspecto muy amplio.

Tenía cuatro ventanas y el chico se acercó y abrió los batientes de una de ellas. La luz del sol iluminó por completo el lugar y yo me animé a entrar tras él.

—Podemos acondicionarlo, claro. Haré comprar un somier para colocar el colchón y habrá que limpiar y ordenar al menos una zona.

El suelo de madera crujía bajo nuestros pies.

El muchacho seguía observando. Se acercó a uno de los armarios tapados por una sábana y destapó uno de los lados. Luego se volvió hacia una mesita y siguió caminando hasta un bulto que hizo que se me detuviera un segundo el corazón.

—Esper...

Pero él ya había levantado la sábana y dejado a la vista una preciosa cuna de madera barnizada. Se volvió hacia mí al escuchar mi voz, pero, sin parecer importarle, pasó los dedos con suavidad sobre los barrotes.

—¿Tienes un hijo?

La cuna estaba en la casa cuando Dylan y yo nos habíamos trasladado a vivir en ella. Era una sorpresa para mí. Dylan me condujo hasta aquella habitación, con los ojos tapados, entre mis risas y sus murmullos de “Ten paciencia, ten paciencia”. Era de un color claro, casi dorado, y cómo brillaba... Creo que la punzada que sentí en mi corazón al verla fue como un presagio. La risa quedó atravesada en mi garganta y Dylan lo interpretó como si el impacto me hubiese dejado muda.

—¿Te gusta?

—Es preciosa —susurré como pude. Pero al mismo tiempo comencé a ser consciente de que aquello era una de mis obligaciones ahora que era una precoz. Tenía que concebir, tenía que crear precocitos que llenasen el mundo de esa raza tan excepcional.

Me acerqué al muchacho y le quité con brusquedad la punta de la sábana, que aún mantenía entre sus dedos, para volver a cubrir la cuna.

—No, la cuna estaba en la casa cuando nos mudamos, los anteriores propietarios la dejaron aquí.

El muchacho me observaba con intensidad, demasiada.

—Pues le vendrá muy bien cuando tenga familia. ¿Cuánto hace que se casó?

No sabía si su insolencia y atrevimiento me atraía o me repelía, pero actué como se suponía que debía hacerlo la esposa de un alto cargo.

—Eso no es asunto tuyo, deberías tener más respeto.

El muchacho agachó la mirada por primera vez desde que llegara.

—Lo siento, señora, no quería ofenderla.

Me reí con crueldad.

—¿Crees que podría ofenderme alguien como tú?

Levantó de nuevo la vista. Vi el brillo en sus ojos oscuros, tan distintos, tan opuestos a los ojos claros de los Precoces, a los míos propios. ¿Cómo había conseguido que no le llevaran a los campos? Recordé sus palabras “Creo que

su marido le debía una a mi jefe”

—No, señora —contestó mientras me mantenía la mirada.

Me encaminé deprisa hacia otra de las ventanas y abrí con decisión las contraventanas para que entrase más luz y saliese la tensión. Entre los rayos bailaban las partículas de polvo como si fuesen estrellas atrapadas en un halo de luz.

Dirigí la mirada hacia un lado.

—Creo que aquello es el colchón.

El muchacho se acercó e inspeccionó el bulto.

—Sí, señora, lo es.

—Bien, acomódalo por aquí —dije mientras caminaba hacia el lado del desván más cercano a la puerta y donde apenas había trastos, ya que los mismos se habían ido acumulando desde el final del mismo hacia la dirección de la entrada.

El muchacho, a pesar de estar flaco, sujetó el colchón y lo levantó para no arrastrarlo sobre el suelo hasta dejarlo a la altura a la que yo me encontraba.

—Voy a buscar unas sábanas.

Bajé a la planta inferior y busqué en el armario corredero del pasillo un juego de sábanas y una manta.

No me hacía gracia tener a aquel muchacho en mi casa. No acababa de entender cuál podía ser la razón por la que Dylan había decidido contratarle. ¿Qué pretendía? ¿Tenerme vigilada? No encontraba ningún motivo para que desconfiara de mí. Apenas salía de casa, ni siquiera asistía a las aburridas reuniones que algunas mujeres de otros altos cargos habían comenzado a organizar en sus casas.

Al llegar de vuelta al desván el muchacho se había tumbado en el colchón con las piernas estiradas y los brazos tras su nuca. Tenía alborotado el cabello negro. Observé cómo su pecho subía y bajaba aprisionado en una desgastada y sucia camisa blanca que seguramente sería una de sus mejores ropas y se la habría puesto para presentarse en mi casa. Parecía un chiquillo, no le calculé más de veinte años.

Al verme se levantó de forma precipitada y pretendió alisarse la camisa a la altura del abdomen.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Diecinueve, señora, ¿y usted?

Una leve sonrisa asomó a mi boca, pero la retuve como pude, porque en muy poco tiempo había aprendido que los tiempos en los que podía reírme de todo

habían terminado, y que aquellos que jamás pensé que volverían eran los que debía respetar de hacía un tiempo a esta parte.

—Haré como que no lo he oído.

El muchacho bajó de nuevo el rostro hacia el suelo en lo que me parecía un gesto travieso, pero del que no podía acusarle, y volvió a murmurar.

—Lo siento, señora, no acostumbro a estar con mujeres.

Pero ¿qué nos estaba haciendo toda aquella absurda e impensable situación? Parecía que hubiésemos regresado al siglo dieciocho, las mismas costumbres recatadas, los mismos formalismos, aquella rigidez entre hombres y mujeres.

—Está bien, ¿y cómo te llamas?

—Me llamo Jero.

—Muy bien Jero, yo me llamo Ruth. Y dime una cosa, eso de que mi marido te contrató porque le debía una a tu jefe... ¿cómo se llama tu jefe?

—Isaac. Regenta un almacén de patatas y nos entrena a algunos muchachos en su sótano.

Entonces, por fin recordé de qué conocía a aquel muchacho. El chico del jab, el que había visto ya hacía casi dos años, con aquella misma mirada desafiante y el atrevimiento de no quitármela de encima ni cuando había estado allí acompañada del que al poco sería mi futuro marido: Dylan.

26.

No recordaba cuánto tiempo hacía que no notaba cómo alguien me miraba con deseo.

Hacía tiempo, eso había llegado a molestarme, cuando caminaba sola por las calles y me cruzaba con algún muchacho o con hombres ya mayores, que podrían incluso ser mi padre y que dejaban sus miradas fijas en mí, en mis pechos, en mis piernas, en mis nalgas... No me resultaba agradable.

Sin embargo, ahora, mientras practicaba en la barra de la sala acondicionada como salón de ballet, yo sabía que él me observaba y no me sentía incómoda.

Plié.

Mis piernas, largas y delgadas, se flexionaban dentro de las medias blancas, ajustando y resaltando un poco la musculatura de mis muslos y gemelos.

La ventana daba al jardín. Él me observaba a través del cristal y yo no estaba segura de si sabía que yo le veía, que podía sentir su mirada oscura puesta sobre mí.

Ahora ya sabía quién era. Pero ¿sabía él quién era yo? ¿Qué le había contado

Isaac, su jefe? ¿Sabría que yo era una precoz falsa? ¿Una imitación de precoz? ¿Un apellido inventado en un papel?

Piqué.

Mis pies se desplazaron con rapidez sobre las puntas y le vi apartarse un poco del cristal. Tenía diecinueve años, era un crío. Yo acababa de cumplir veintiuno, pero Dylan ya pasaba de los treinta y eso contribuía a que él me pareciera aún más niño.

Sabía que le gustaba, sabía que le había gustado desde el día que me había visto en aquel sótano húmedo, y eso lo volvía todo aún más intrigante y oscuro. ¿Para qué lo había contratado Dylan? ¿Por qué precisamente a él?

Demi-plie y tour en L'air.

Sabía que aquel movimiento le había dejado impresionado. No me resultaba difícil imaginar su cara, sus ojos siguiendo la trayectoria de mis piernas en el aire, de la gasa que tapaba mis caderas moviéndose hacia arriba durante el salto.

Nada de niñeras, le había dicho yo a Dylan cuando nos casamos y nos mudamos a esta casa.

—Quiero ser yo quien me ocupe de nuestro hijo.

—Una niñera solo te aligeraría el trabajo. Y una criada.

Negué con la cabeza. Siempre había valorado muchísimo mi intimidad y la resguardaría mientras pudiera.

—¿Qué trabajo? No tengo otro trabajo más que el de mantener esta casa y cuidar de ti. Me basto sola.

Entonces Dylan todavía pasaba bastante tiempo en casa.

Balance.

Mis piernas balanceándose acompasadas, alternando el equilibrio en vaivén del peso de un pie al otro.

¿Acaso aquel muchacho estaba allí para espiarme? ¿Para tener a Dylan al corriente de mis movimientos? No le encontraba ningún sentido. Si yo había rechazado a una criada ¿a qué venía ahora meter a un hombre en la casa? Todo lo que hacía Dylan me resultaba sospechoso.

Balçoire.

Un dos, un dos, un dos, un dos...

Jero se alejó de la ventana. Ya no veía su pelo revuelto, ni notaba sus ojos posados sobre mí.

Desde que me había casado con Dylan, apenas mantenía contacto con otras personas. Las mujeres de los otros altos cargos me resultaban insulsas y

aburridas y muy pronto había dejado de acudir a sus reuniones sin que ellas se molestaran en conocer los motivos, lo que había sido un verdadero alivio para mí.

Había centrado toda mi vida en practicar en aquel salón, en dar cortos paseos por las calles anexas a la casa y en leer cada libro que caía en mis manos.

No era fácil hacerse con libros, pero yo le pedía a Dylan que me los consiguiera, al principio, cuando estábamos recién casados. Él me traía todos los que encontraba durante los registros: El principito, El viejo y el mar, Lolita, Los cuentos de Edgar Allan Poe e incluso una edición preciosa del Decameron... Dylan nunca leía y no sabía de los tesoros que llegó a dejar entrar en nuestra casa salvándolos de un final tan triste como el fuego.

Cuando Dylan y yo comenzamos a distanciarnos embalé todos en cajas y las subí al desván en el que ahora tendría alojado a un desconocido. Dylan no volvió a acordarse de ellos.

Gran battemet

Ahora fui yo la que recordó. Recordé las palabras de Jero.

“Creo que le debía una a mi jefe”

Era cierto que aquellas eran las palabras que Isaac había usado cuando Dylan le preguntó que cuánto le debía.

—Déjalo, prefiero que se quede así, mejor que me debas una.

Aquello había sido hacía casi dos años.

Jero era gitano, era extraño que no se lo hubiesen llevado a alguno de los campos.

Jero estaba en aquella casa para que le protegiesen, para que no se lo llevaran. Estaba segura de ello. Pero, aun comprendiendo esto, se volvía a plantear ante mí la misma pregunta ¿por qué? ¿qué sentido tenía? ¿por qué proteger a alguien de una raza odiada por los precoces cuando entre los precoces no parecía existir ningún tipo de sentimiento empático?

Brisé volé.

Cuando mis pies volvieron a tocar suelo vi a Jero bajo el marco de la puerta abierta.

Elevé las cejas.

—Disculpe, señora, con la música no me ha escuchado llamar.

Me acerqué al tocadiscos en el que se podía escuchar El lago de los cisnes y levanté con cuidado la aguja.

Ví que Jero llevaba un saco a su espalda, como si fuese a llevar algo a algún sitio. Dejó todo su peso sobre su pie izquierdo y apoyó la bolsa sobre el

muslo derecho. Tiró de las cuerdas que lo mantenían cerrado y me enseñó un par de guantes de boxeo.

—Su marido hizo un trato con mi patrón. Todas las tardes podré volver al sótano, para seguir entrenándome con Isaac.

No sé que esperaba que le contestase. Nada podía parecerme más tosco y brutal que una pelea a puñetazos. Yo era una bailarina, amaba los movimientos delicados.

Me giré si acercarme a mirar sus guantes y levanté de nuevo la aguja del tocadiscos dispuesta a volver a poner mi música, pero antes me volví hacia él y encogí mis hombros con indiferencia.

—Lo que hayáis pactado tú y mi marido es asunto vuestro, yo solo quiero seguir haciendo mi vida como hasta ahora, cuando estaba sola.

Y antes de que pudiera contestar la música volvió a inundar la habitación y yo me puse a girar mientras realizaba un frotté rabioso tratando de alejar los pensamientos que me invadían y que no me gustaban nada.

27.

Parecía mayor subido en el ring. Sin embargo, volvió a empequeñecerse cuando su adversario pisó la lona.

Era pura fibra. Alto, delgado, aún desgarbado, con aquellos ojos intensos y negrísimos que de vez en cuando me buscaban entre el público de la primera fila.

Su oponente parecía el doble de grande, su cara de bulldog destilaba odio, pero a Jero no parecía intimidarle.

Yo, en cambio, me revolví en aquella silla de madera plegable en la que nos sentábamos los de la clase alta, los precoces más distinguidos, que aquella noche asistíamos a la lucha con apuestas incluidas.

Dylan había llegado a casa aquella mañana. Traía un ramo de camelias y parecía de buen humor.

Yo estaba bailando en la sala y Jero me espiaba tras los cristales, pero Dylan lo encontró recortando con pereza los setos que bordeaban la valla de nuestro jardín.

Tras el brisé volé, mis ojos quedaron fijos en la ventana vacía y entonces escuché el sonido de sus pasos en la puerta de entrada. Se detuvo bajo el

marco de la puerta y levantó una de sus manos en señal de saludo.

Totalmente rígida correspondí a su gesto de igual forma.

Desapareció de mi vista. Yo sabía que no le gustaba verme con aquella ropa, la de bailarina. Así que subí a la habitación y me vestí con una blusa y una falda que bajaba recta hasta mi rodilla. El reflejo en el espejo me devolvió la imagen de una anciana prematura.

El llanto se me quedó atrapado en la garganta y sentí una repentina nostalgia por mis padres y por toda mi vida anterior, aquella que jamás podía haber imaginado que cambiase de la forma en la que lo había hecho.

Al salir de la habitación y pasar frente a la biblioteca, le vi sentado a la mesa que usaba en casa a modo de despacho. Tenía la puerta abierta, así que entré. En muy poco tiempo había comprendido que una puerta cerrada en mi propia casa era un vedo para mí.

—¿Cómo estás? ¿Cómo sigue el mundo?

Era una broma, una ironía que usaba para darle a entender que yo estaba abandonada, al margen de todo.

—Te aseguro que vale más vivir en tu burbuja —contestó—. Pero quizá si te relacionaras más con las mujeres de tu clase estarías más informada.

Cotilleos y más cotilleos. Aquello no era información. Yo sabía de sobra a que se dedicaban los Generales, los Coroneles, los Tenientes Precoces, como mi marido. Cada vez encontraba manchas de pintalabios en los cuellos de sus camisas, o bolsitas de aquella droga que se suministraba entre los precoces como si fuese agua y que les servía para guarecer su conciencia de las atrocidades que todos sabíamos que se cometían en aquellos campos en los que encerraban a toda la población no precoz.

Lo que yo quería saber no podía obtenerlo de aquellas mujeres, y ahora ya sabía que tampoco lo obtendría de él. Él ya no me contaba nada, él ya no me veía como una igual, ni a mí ni a ninguno de los no precoces. Dylan había comenzado a mimetizarse con los suyos, y yo había sido una completa ingenua al pensar que aquello no sería así.

El tipo que doblaba en peso a Jero se movía con torpeza sobre la lona mientras trataba de alcanzarlo sin llegar a saber de dónde le caían los golpes. Jero era como una mosca cojonera, saltando de aquí para allá y recibiendo algún que otro puño en sus riñones o en su mandíbula, esquivos, apenas raspantes, mientras él saltaba en una danza endemoniada que me hizo abrir los ojos por el asombro.

El otro tipo, mareado, trataba de cazar al molesto mosquito que le rodeaba

desde todos los ángulos, sin apenas lograr alcanzarlo.

Dylan parecía disfrutar con el espectáculo e, incluso, en una de las ocasiones en las que Jero consiguió hacer derrumbar al otro tipo, me pasó un brazo sobre los hombros y me miró con una sonrisa estática, pero sincera.

Jero danzaba. No podía creerlo. De pronto me sentí estúpida al pensar que cuando me miraba a través de los cristales, no era a mí a quien miraba. Miraba mis pasos de ballet, miraba mis pies, mis piernas ejecutando aquellos movimientos que ahora él imitaba con torpeza pero con eficacia frente a su rival.

Y finalmente lo venció.

—Ese mariquita no sabe boxear, baila como una niña —gritó uno de los generales, indignado, entre el público.

Jero pasó la mano sobre la boca recogiendo babas y sangre mientras dejaba reposar su mirada en mí, como si me pidiese su opinión, como si esperase mi aprobación ante aquel baile improvisado.

Creo que aquel fue el momento, tal vez el único, pero suficiente, en el que Dylan se dio cuenta de que entre Jero y yo, entre los dos no precoces, había una conexión que iba más allá de la de una señora con su criado.

28.

No lo pude evitar. Conté los días y comprobé cómo Dylan estaba haciendo exactamente lo que ya había imaginado.

Desde que contrajimos matrimonio, el tema de tener un bebé se había instalado entre nosotros de tal forma, que más bien parecía haber levantado una pantalla invisible que nos alejaba, que no nos dejaba llegar el uno al otro. Era como tocar plástico.

No me gustaba estar con él. Me había dado cuenta muy pronto. Igual que de novios lo había buscado, una vez instalados en aquella casa lo había evitado de forma inconsciente desde la primera vez.

Durante los tres primeros meses no me dijo nada. En mi cuarto ciclo menstrual, desde que vivíamos allí, comentó con total frialdad que tal vez debería estar dispuesta a mantener relaciones más a menudo.

Hacía tiempo que no me tomaba a broma sus comentarios. Hacía tiempo que había comprendido que Dylan no bromeaba, no sabía bromear.

Durante un par de meses, inducida por aquel comentario, y a pesar de lo que me había molestado, intenté con todas mis fuerzas mostrarme más receptiva.

Era como tocar plástico.

Plástico, frialdad, movimientos mecánicos, nada más.

A solas lloraba frustrada y confundida. Confundida con quién había sido en un pasado demasiado reciente y frustrada con quién era ahora.

La noche después del combate, Dylan estaba eufórico. Todos los altos cargos se dirigieron al pub de Medianoche, incluso aquellos que habían apostado contra Jero y habían perdido grandes sumas de dinero.

—Jero, ven con nosotros, esta noche eres el campeón —gritó Dylan.

Él se mantenía muy tieso, al final de la barra, apretando las manos de aquellos tipos que se le acercaban de vez en cuando y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza mientras aceptaba las felicitaciones de otros.

—No había visto cosa igual —gritaba al oído de Dylan uno de los tenientes—. Ese movimiento de piernas, esa agilidad, y ese jab en el momento justo.

Otro de los jefazos, con su mujer pegada a él como si temiera perderse si la dejaba sola, se acercó un poco más a ellos y con la cara roja de indignación protestó también a voz en grito.

—Es una nenaza. Y además gitano. Es una vergüenza que nuestros hombres tengan que luchar con esta clase de filibusteros y caer ante sus argucias.

Dylan sonreía sin pudor. Yo me asombraba ante su actitud.

—¿Estás diciendo que el chico ha hecho trampa?

—Estoy diciendo lo que oyes. Esa no es una técnica de boxeo, es una burda imitación de una bailarina moviéndose por un escenario —Y pegó dos saltitos tratando de imitarle—. Si luchara siguiendo las reglas del boxeo, del boxeo de los hombres de verdad, del de los precoces, tu chico no hubiese dado ni un solo golpe ¡ni uno!

—¡Oh! Vamos, tómate una copa, yo invito, el chico ha ganado y tiene derecho a celebrarlo —contestó Dylan.

En cambio, el Coronel se cuadró ante él y abandonó rápidamente el pub acompañado por su mujer. Mientras se iba no dejaba de replicar que aquello no se quedaría así.

—Vale, se acabó la fiesta —murmuró Dylan.

Camino a casa, mientras el propio Jero conducía, Dylan acercó sus labios a uno de mis oídos.

—Bailaba en el ring, como una bailarina.

El calor subió por mis mejillas y noté que mis orejas, y en especial la que él había rozado con sus labios, ardía.

Al llegar a casa, Jero sujetó la puerta del lado del coche por el que yo salía

con la cabeza gacha. La mano del muchacho se prestó voluntaria para ayudarme y sentí el tacto de su piel, caliente y salvaje, por primera vez.

Levanté la mirada y miré su rostro maltratado por los golpes de la pelea. Tenía la cabeza un poco ladeada y me arremetió un deseo intenso de sujetar su nuca, abrazarle y aspirar su olor, el olor de su cuello, del hueco de su clavícula, de una piel real como la mía.

Luego Dylan y yo nos quedamos en nuestra habitación y él siguió escaleras arribas, a su lugar, el desván.

Dylan me empujó sobre la cama y se tumbó sobre mí. El crujido del colchón me hizo sentir culpable, sabía que Jero nos estaba oyendo.

Por la mañana recogí su uniforme, con manchas de café, whisky, y nicotina. Con distintos tonos de rojo de distintos lápices de labios. Con olor a humo y prostitutas.

¿Serían ellas capaces de engendrar eso que Dylan tanto quería? ¿Tendría algún hijo con alguna de aquellas mujeres? ¿Un hijo al que no podía reconocer porque no era puro? Pero uno mío tampoco sería puro, por mucho que yo fuese rubia, de piel clara y ojos azules como los precoces. Por mucho que mis papeles dijeran que me apellidaba Solares, él sabía bien que nuestro hijo jamás sería un precoz puro.

Volví a mirar el calendario donde marcaba mis ciclos. Sí, no estaba equivocada, Dylan aparecía siempre en las mismas fechas, las que se suponía que yo tenía que ovular, aquellas en las que existían más posibilidades de que me quedara embarazada.

Esto había venido a mirarlo ahora, en mi habitación, cuando él ya se había vuelto a marchar a defender a su raza, a luchar por su gente y su patria.

Cada mes yo tenía la obligación de la llegada de la regla. No era algo que pudiera guardarme para mí. Tenía que presentarme ante él y comunicarle que ese mes tampoco sería posible.

Eso hice esa mañana. Bajé al jardín, donde Dylan tomaba un café y fumaba mientras leía uno de los diarios que más que otra cosa solo contribuían a dorar la píldora del amado líder Augusto Solares sin dar ningún tipo de información. Unos metros más allá, Jero recogía hojas secas y malas hierbas que se acumulaban en el borde del asfaltado que bordeaba la casa. Creo que podía escucharnos.

Me senté en la silla vacía. Dylan apartó la vista del periódico y me miró. Su gesto era neutro, pero yo sabía que al tenerle informado él controlaba perfectamente mis ciclos.

—Este mes tampoco va a poder ser.

Dejó el periódico con lentitud sobre la mesita redonda de mármol con patas de forja. Elevó un poco los ojos hacia el cielo, como si quisiera comprobar que el diario no se equivocaba con su predicción sobre el tiempo y luego se levantó y se fue sin decir una palabra, dejándome sola sentada a la pequeña mesa del jardín.

Ví que Jero le observaba pasar. También le vi girar la cabeza para comprobar que me había dejado sola.

El sol ya casi había llegado a su punto más alto cuando Dylan volvió a aparecer y se acercó de nuevo a la mesita. Se había puesto otro de sus uniformes, y se le veía impecable. Me llegó un ligero olor a after shave e inspiré con un gesto nostálgico, porque en algún momento yo había amado ese olor.

Llevaba su pequeña maleta de viaje en la mano izquierda y las llaves del coche en la derecha.

—Me estoy cansando, Ruth Solares, me estoy cansando cada vez más.

Y eso fue todo. Yo estaba segura de que no volvería a verlo como mínimo hasta mi próxima ovulación.

29.

El tiempo pareció ralentizarse. El otoño avanzaba y Jero se pasaba horas en el jardín recogiendo las hojas que lo cubrían.

Cuando bailaba, él seguía deteniéndose junto a la ventana para observarme, y yo seguía fingiendo que no le veía.

Comencé a pensar en mis padres muy a menudo. En su huida, en cómo estarían. Mi necesidad de hablar de ello cada día era más acuciante y yo no tenía nadie a quién recurrir.

Me acordaba del teatro, de mis compañeros, mis amigos. Recordaba a Ezequiel y su mirada cuando supo que yo salía con un precoz.

¿Y si no lo hubiera hecho? ¿Estarían mis padres vivos y a salvo a aquellas horas? Al menos había conseguido sacarles a ellos del país antes de que se los llevaran a uno de aquellos campos en los que se rumoreaba que les hacían toda clase de barbaridades a los prisioneros.

Cuando me ocupaba de la ropa de Dylan encontraba cuellos manchados de carmín y empapados en olor a alcohol y a humo.

Sabía que había prostíbulos montados con prisioneras no precoces y a disposición de los altos cargos para celebrar allí sus fiestas y desahogarse de sus responsabilidades.

Me preguntaba si Dylan tendría algún hijo. Quizá había dejado embarazada a cualquier otra mujer, pero rechazaba a ese hijo por no ser Precoz puro, como si nuestro hijo fuese a serlo algún día solo porque alguien hubiese falsificado mis documentos.

En la casa, Jero y yo vagábamos por habitaciones separadas y apenas nos sosteníamos la mirada cuando nos cruzábamos en algún pasillo.

En esos paseos, a menudo, acababa en la habitación del medio de la segunda planta. Iba a ser la habitación del bebé. Fue la única que dejaron sin pintar y sin amueblar, en espera de tomar la decisión de cómo decorarla.

Me senté en el suelo enmoquetado, observé cada rincón. Todo estaba en calma, en completo silencio. Quién podía imaginar que en Astonia estaban masacrando a toda una población.

Las paredes blancas me miraban como preguntando qué hacía allí. Allí no había nada, nada de lo que tendría que haber. Aquella habitación estaba tan vacía como mi vientre.

Durante mucho tiempo había deseado a aquel bebé. Lo había hecho hasta darme cuenta de que no era yo quien lo deseaba, si no Dylan. Que Dylan quería un hijo porque los precoces tenían hijos, no porque me amara a mí o a ese bebé aún inexistente.

Y ahora ya no deseaba quedarme embarazada, pero sentía que si no lo hacía, que si no lo conseguía, tarde o temprano Dylan buscaría la forma de librarse de la no precoz.

Jero se puso frente a mí. No le había escuchado llegar por el pasillo, y después el suelo enmoquetado se había ocupado de amortiguar sus pisadas.

—Esta es la habitación para el bebé ¿verdad?

Asentí sin apenas darme cuenta.

Jero se agachó junto a mí y al ver que no mostraba signos de rechazo terminó por sentarse y cruzó las piernas. Tenía la piel morena y curtida, pero aún podían apreciarse algunos morados por la pelea.

Alargué la mano y acaricié uno en su pómulo, con suavidad, sin apenas tocarle.

—¿Te duele?

—No, ya no.

—¿Y cuando peleas?

—No peleo, boxeo.

—¿Y cuando boxeas, te duele?

—Mientras estoy boxeando no. Mientras boxeo es como si me transformase en

otra persona, como si me volviese más ágil, más rápido. Me siento invencible y apenas noto los golpes —se encogió de hombros, fanfarrón—. Además no me golpean a menudo, soy muy bueno esquivando, la mayoría de las veces solo me rozan.

Me reí un poco.

—Es cierto, eres bueno. ¿Por eso no te llevaron?

—Sí, fue por eso —dijo, sin evitar el tema o hacerse tonto preguntando que quiénes.

Me armé de valor.

—¿Y tu familia?

Jero miraba las paredes. Ese tema sí que parecía estar dispuesto a evitarlo.

—Esta habitación sería más alegre si la pintase de algún color. Yo puedo hacerlo.

Negué con la cabeza.

—No, de momento prefiero dejarla así.

Creo que mi voz sonó firme, porque no insistió.

—Entonces deje que la pinte a usted.

Le miré sorprendida.

—Dibujó muy bien, me gustaría regalarle un retrato.

Elevé las cejas. Su ingenuidad me hacía tanto bien.

—Sabes que Dylan nunca lo permitiría.

Se quedó parado, porque ya se había puesto en pie, dispuesto a ir a buscar el material necesario para hacer el retrato. Sin embargo, de pronto, enfiló hacia la puerta y sin mirar atrás replicó.

—Entonces, yo lo guardaré.

Ahora sí escuché sus pasos, las pisadas mientras subía las escaleras hacia el desván, la puerta al abrirse y el golpe apresurado cuando volvió a salir.

Se sentó de nuevo frente a mí y extendió una hoja gruesa y amarillenta sobre una lámina de chapa cumen.

—¿Tengo que ponerme de algún modo, en alguna posición concreta? —pregunté.

—No, así está bien. Además la luz me gusta, me gusta su rostro con esta luz.

Sonreí un poco. Era tan atrevido que era muy difícil saber si su comportamiento era osadía o pura desvergüenza. Sin esperar comenzó a trazar rayas con un lápiz ya muy gastado.

—Vivía con mi madre y dos de mis hermanas —dijo, de repente—. Tengo, o tenía, no lo sé, otro hermano y otra hermana, pero ya no vivían con nosotros.

Mi padre murió hace años.

Asentí despacio. No quería hablar, no quería incomodarle y que él dejase de hacerlo. Necesitaba hablar con alguien. Conocer historias reales, cercanas a mí, a los míos.

—Vivíamos en el poblado que hay al otro lado del río. Yo comencé a trabajar en el almacén de patatas y veía a los otros chicos entrenar. Un día le pedí a Isaac que me enseñara.

Alejó un poco el cuadro y lo observó.

—Al principio se rieron de mí, porque soy muy delgado, y relativamente bajo. Pero luego Isaac me puso a pelear y se dio cuenta de que tenía algo que no tenía el resto: velocidad.

Siguió dibujando, en silencio. La luz cada vez era más escasa, pero él se aplicaba y yo no me atrevía a decirle que quizá sería mejor dejarlo para el día siguiente.

Su historia había quedado incompleta y yo quería saber más.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó con tu familia?

Levantó la vista del dibujo y observó la ventana, como si pudiera ver a su familia desde allí.

—Un día, mientras estaba trabajando, se los llevaron. Tenían listados y preguntaron por mí. Mi familia no quería delatarme, pero comenzaron a golpear a mi madre y una de mis hermanas no lo soportó y les dijo dónde trabajaba.

Su voz estaba afectada y comencé a arrepentirme de haber preguntado.

—Lo siento mucho.

—Vinieron a buscarme, pero Isaac les dijo que yo era suyo, que era de su propiedad, que le debía mucho dinero y que no podían llevarme. Les facilitó el nombre de un Coronel y les dijo que se pusieran en contacto con él y le preguntaran quién era Isaac el patatero. Me dejaron en paz.

Me miró.

—Isaac es muy importante, tiene mucha influencia y contactos con un montón de precoces poderosos, todos acuden a sus timbas, pero eso usted ya lo sabrá, él trata con su marido.

Traté de asentir, no quería que se diese cuenta de que yo era ajena a ese mundo. No quería que supiera que yo no era más que una impostora.

—Y eso fue todo. En realidad yo no le debía nada a Isaac, pero en agradecimiento comencé a boxear para él y le hago ganar dinero.

Giró la chapa y me enseñó el retrato.

—Vaya —exclamé asombrada. Realmente pintaba bien. Vi, conmovida, que había captado la tristeza de mi rostro.

Él pareció darse cuenta de ese detalle.

—No esté triste, no vale la pena. Además, seguramente la culpa no es suya sino de su marido.

Le miré con sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Bueno, todo el mundo sabe que muchos de los precoces varones son estériles, otra cosa es que ellos jamás vayan a reconocerlo.

30.

Ahí está. Observándome con total descaro desde la ventana del patio.

Algo ha pasado en mí desde la última vez que hablamos. Me siento engañada. ¿Pero por quién? ¿Por Dylan? ¿Por Jero? Sé que es absurdo, pero no puedo evitar sentirme incómoda, estúpida, ante una persona que conoce más sobre los precoces que yo misma, cuando se supone que soy uno de ellos.

Fallo en uno de mis pasos. Me estoy poniendo nerviosa y eso me irrita aún más. Me detengo en seco y le miro directamente. Mi pecho sube y baja a causa de la fatiga y de la ira que va creciendo en mí.

No se inmuta y me mantiene la mirada. ¿Qué le pasa? ¿Cómo puede sentirse tan inmune cuando su situación entre los precoces pende de un hilo?

Le hago un gesto con la cabeza para que entre y él desaparece de la ventana.

Apenas le dejo entrar por la puerta y comienzo a echar sobre él una retahíla de reproches. Sé que mi rostro está enrojecido y las aletas de mi nariz dilatadas por la tensión.

—¿Quién te has creído que eres? Ya basta de espíarme desde la ventana, no

soy un mono de feria, soy tu, tu... —no acierto con la palabra adecuada— ¡Eres un descarado! Te echaría ahora mismo de esta casa, ni siquiera sé qué pintas aquí ni porqué mi marido se empeña en mantenerte a nuestro servicio, pero te prohíbo que vuelvas a mirarme mientras bailo.

Jero baja la cabeza, quizá es la primera vez que le veo en una actitud sumisa y eso me descoloca.

—Lo siento mucho, señora. No quería incomodarla.

—¿Incomodarme? Ja —trato de parecer segura de mí misma— ¿Cómo iba a incomodarme alguien cómo tú? ¿Olvidas con quién estás hablando?

Me siento horrible. Es la primera vez que hago uso de mi posición de superioridad y no estoy orgullosa. Me gustaría pedirle perdón, pero sé que no corresponde que lo haga, que me juego demasiado.

Él permanece quieto frente a mí. Ha vuelto a levantar la cabeza, la vista clavada en la mía, su nuez subiendo y bajando por su cuello.

Sé que no puedo pedir perdón. No mientras quiera seguir aparentando que soy una precoz, pero no puedo evitar tratar de suavizar la situación.

—Y bien, dime ¿por qué me miras de esa forma mientras bailo?

Él pasa el pie derecho frente al izquierdo y lo vuelve a arrastrar hacia atrás. Ha bajado la vista al suelo.

—Aprendo.

Hubiese esperado cualquier otra respuesta menos esa. Durante unos segundos, largos, extraños, solo se escucha El lago de los cines reproduciéndose en el tocadiscos.

—¿Qué? ¿Cómo? No entiendo a lo que te refieres.

Vuelve a mirarme. Sus ojos oscuros me traspasan, le abrazaría, pero sé que es tan imposible hacerlo como pedirle perdón.

—Aprendo pasos para aplicarlos cuando boxeo.

—¿Te burlas de mí?

—No, no señora, usted me ha visto boxear, sabe que muchos dicen que mi técnica no es profesional... afeminada, dicen muchos. Cuando boxeo casi bailo, mis pies buscan posiciones para escapar a los golpes y el baile aparece solo. Pero, desde que la veo bailar a usted, copio posiciones nuevas y cada vez me resulta más fácil esquivar a los rivales.

Cómo iba a imaginar que esa podía ser la razón de sus miradas. Durante un momento enrojezco al pensar que yo creía que sus motivos eran sexuales. Luego me vuelvo de nuevo hacia él, con firmeza.

—A ver, enséñame lo que has aprendido.

Jero no se hace de rogar y ante mis asombrados ojos realiza un torpe Tour en L'air.

—¡Dios mío!

Él me mira y sonrío por primera vez desde que entró en la sala.

—Sí, ya sé que no lo hago como usted, pero me ayuda ¿sabes?

Comienzo a reírme. La tensión se ha roto. Noto que bajo las defensas.

—Deja que te ayude.

No contesta. Me acerco a él.

—Mira, plié...

Él me imita y yo me acerco y pongo una mano sobre su espalda para enderecharle. Noto su rigidez.

—Debes relajar el cuerpo. Demiplié —continúo— y... giro en el aire.

Me imita con bastante pericia.

—¡Bravo!

—¡Fíjate! —dice animado, mientras comienza un balance.

Aplaudo entusiasmada.

—Espera, espera, deja que te ponga en la posición correcta.

Nuestros cuerpos están demasiado cerca. Siento cómo mi aliento mueve el cabello corto del final de su nuca. No sé si lo que hago está bien, pero sé que deseo hacerlo y eso me hace seguir adelante.

—Podrías ser un buen bailarín ¿sabes?

—¿En serio? ¿Lo dice en serio?

—Sí, claro que sí. Tu cuerpo está acostumbrado al ejercicio, eres flexible, y muy joven.

En sus ojos, que vuelven a clavarse en mí, noto cierto fastidio ante mi comentario.

—No soy tan joven. Tengo apenas un par de años menos que usted, lo que pasa es que su marido es mayor.

De nuevo esa altanería en su voz. Ese aire de reproche. No sé muy bien qué contestar.

—Bueno, es bastante común ver matrimonios como el mío. Es muy común que el hombre sea mayor que la mujer.

—Entre precoces, querrás decir. O en el siglo XVIII, no sé qué es preferible.

Me siento avergonzada. Tiene razón. Cómo he podido llegar hasta este punto.

Cómo es posible que mi pensamiento se asemeje cada vez al de los precoces.

Me entra una oleada de pánico. No soy uno de ellos, no quiero serlo. Dylan está ganando la batalla.

—Dime algo, Jero ¿qué piensas de los precoces?

Eleva una ceja. Sonríe.

—Señora —recalca la palabra—, antes me ha preguntado si sabía con quién estaba hablando. ¿Cree que yo podría hablar libremente de lo que pienso acerca de los precoces?

Claro, qué estúpida soy. Yo soy una precoz para él y para el resto del mundo. Debería mordirme la lengua, debería cortármela, pero aún así hago el comentario.

—A mí tampoco me gusta lo que hacen.

Jero se queda en silencio. Supongo que estará cavilando sobre cuál es la respuesta menos comprometedora.

—Ya, bueno, supongo que no todos los precoces serán iguales —dice finalmente, encogiéndose de hombros.

Eso me hace recordar lo ingenua que he sido, lo ingenua que sigo siendo aún.

—Hubo un tiempo en que yo también pensaba así —digo—. Ahora ya no estoy tan segura.

31.

El regreso de Dylan trajo consigo más peleas para Jero.

Esta vez no me dejaba acompañarle.

Me quedaba en casa, esperando ver entrar por la puerta el cuerpo magullado de Jero. Siempre triunfante.

Cada día, antes de la vuelta de Dylan, habíamos practicado pasos de baile en el salón. Mientras lo hacíamos apenas hablábamos, creo que concentrábamos nuestros esfuerzos en poner en contacto nuestros cuerpos de la forma más disimulada posible, buscando cualquier excusa y sin confesarnos en ningún momento lo que lo deseábamos.

Con el regreso de Dylan se terminaron los entrenamientos y comenzaron las peleas. Jero peleaba y yo acudía a su cuarto con un balde lleno de agua para aliviar sus heridas.

Él no conocía las mías.

Con cada pelea que ganaba, Dylan llegaba eufórico, desquiciado, y me tomaba a la fuerza, con violencia, con una agresividad que asqueaba todo mi ser, que comenzó a dejarse hacer sin oponer resistencia física, pero con un fuerte

desgaste psicológico. De nada servía tratar de pensar en otra cosa, así que no me molestaba en ello, recibía cada embestida de su odio con pleno conocimiento del mismo.

Luego, mientras dormía subía, al cuarto de Jero y, sin hablar, colocaba paños húmedos y fríos sobre sus heridas como si así pudiese aliviar también las mías.

Sabía que era una privilegiada, sabía que incluso Jero lo era. Las aberraciones que se cometían en los campos de concentración ya no eran desconocidas para nadie. El cerco se estrechaba y cada vez era más difícil escapar a la ambición y la crueldad de los precoces. Yo quería agarrarme a algo, a una mínima esperanza de que todo cambiaría, no sabía bien cómo ¿Por arte de magia? Y al final, solo encontraba remordimientos. Remordimientos por haber traicionado a los míos haciéndome pasar por una precoz, pero sin el valor para aceptar la realidad y correr su mismo destino.

Dylan regresó, y con él una barrera invisible que nos separaba a mí y a Jero. Y entonces llegó aquel día. Era un martes por la mañana y escuché sus voces en el despacho de Dylan. Discutían.

La voz de Jero resonaba en mi pecho. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba enfrentándose a Dylan? No podía creer que fuera tan estúpido. No, no podía discutir con Dylan. Dylan era un precoz de verdad, Dylan no se andaría con contemplaciones.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Jero salió con brusquedad, pasando frente a mí sin verme. Sus ojos eran un pozo de ira, sus venas, sobre el cuello, se veían tensas e hinchadas.

Se detuvo un segundo, me miró, podía ver el brillo de las lágrimas de impotencia en sus ojos.

—Yo no soy demasiado joven, tú marido es un viejo zorro.

Subió a toda prisa las escaleras hacia su cuarto, en el desván.

Corrí tras él. No pensaba en nada más, no pensaba en si Dylan me estaba viendo o no, no pensaba en lo que aquello podría costarme, solo pensaba en qué haría si Jero se iba, en si a Jero se lo llevaban.

¿Qué podía haber sucedido para que Jero se atreviera a hacer una afirmación como la que había hecho? ¿Qué era lo que le había llevado a llamar viejo zorro a una persona que tenía su vida en sus manos? Dylan podría haberle escuchado, como mínimo yo lo había hecho y era su esposa.

En su cuarto, Jero se había sentado sobre el jergón, con los codos apoyados en sus muslos y las manos a los lados de su cabeza, con los dedos apretados y

enredados entre su cabello negro.

Yo me quedé de pie en la puerta, no muy segura de mi reacción inicial y luego me fui acercando poco a poco a él mientras me abrazaba a mí misma, totalmente sobrepasada por aquella situación.

Al cabo de un momento comenzó a tranquilizarse. Me hubiese gustado sentarme a su lado, aunque no le tocase, pero aquella barrera invisible que Dylan marcaba entre nosotros me lo impedía.

—¿Qué ha pasado? —me atreví a preguntar.

Por fin, él levantó el rostro hacia mí. Vi que lloraba, las lágrimas bajaban mansas por sus mejillas y él no emitía ni un sonido que me lo hubiese haber hecho tan siquiera sospechar cuando mantenía baja la cara.

—Cuando nada de esto había sucedido, cuando los precoces ni siquiera existían, ya entonces los míos sabíamos, habíamos comprendido que es peligroso confiar en los de fuera, en los que no son como nosotros. Solo sienten odio y desprecio por nuestra raza — pasa sus manos sobre las mejillas para apartar las lágrimas—. Y yo cometí el error de olvidarlo, me volví engreído porque soy bueno peleando, creía que tenía ganado su respeto, me lo había ganado —aprieta los puños sobre la sucia sábana— ¡Qué estúpido!

Me gustaría decir algo, pero todo me parece una mala idea, todo lo que pueda decir sonará ridículo. Así que me quedo en silencio y solo doy un par de pasos más para acercar un poco más mi cuerpo al suyo.

—Me ha ordenado dejarme perder.

No quiero pensar en la respuesta a la pregunta que voy a hacerle, pero no puedo evitarlo.

—Y si no lo haces ¿qué?

—Se acabará su protección.

Yo sé bien lo que eso significa. Todos saben lo que significa perder la protección de un precoz cuando no perteneces a su misma raza.

Olvido la barrera y me siento a su lado. Mi mano está pegada a la suya y nuestros dedos meñiques entran en contacto.

—No lo soportaría—digo.

Creo que no hay nada más que pueda decir.

32.

Horas después del combate me lo contaría.

Me contó cómo pidió permiso para ausentarse al retrete porque no se encontraba muy bien.

Dylan le había mirado con una medio sonrisilla y le había dicho que fuera, que se lo había ganado, que lo merecía, que todo sería más sencillo desde el momento en que cumpliera con su parte. Que no estuviera nervioso, solo estaba cumpliendo con su deber.

El deber. Él debía dejarse ganar por aquel precoz. Porque hasta entonces las peleas habían sido con los de otras razas, los que no eran precoces, pero ahora la supremacía de los precoces debía triunfar al coste que fuera. Y él era el coste.

Estaban presentando a los luchadores cuando apareció de nuevo y se subió al ring. Me contó que se había hecho un silencio absoluto y luego habían comenzado las carcajadas.

Su pelo negro estaba cubierto de colorante alimentario, azafrán, en un burdo intento de parecer rubio. Su cuerpo, que había engrasado previamente con aceite, estaba cubierto de polvos talcos para blanquear su piel. La perfecta

caricatura de un precoz.

Me contó cómo veía centellear de rabia los ojos de Dylan. Ni rastro de su sonrisa.

Se puso en el centro del ring, erguido, orgulloso. Los golpes comenzaron a caer sobre él. No movió ni un milímetro los pies. Sus brazos extendidos a lo largo de su cuerpo.

Los abucheos sustituyeron a las risas.

Uno de los altos mandos, sentado a la derecha de Dylan se inclinó hacia él y le dijo algo.

“¿Qué está haciendo ese gitano?” Jero no podía oírle pero se lo imaginaba. Se lo imaginaba porque siempre había sido así, durante generaciones ellos habían sufrido el desprecio hacia su raza, mucho antes de que aparecieran los precoces.

Con cada golpe acudía un recuerdo a su mente y cada uno era más doloroso que el siguiente.

Recordaba las risas cuando en el almacén de Isaac había expresado en voz alta su deseo de ser boxeador. “Se robaría los guantes” comentó uno de sus compañeros. Porque él era gitano. Los gitanos roban, engañan, hacen trampas...

Después le había noqueado a los pocos días de estar entrenando. Le había noqueado con rabia, con ira, con indignación y con la experiencia de un profesional.

Isaac le había hablado a solas y le había pedido disculpas por las burlas, pero le había dicho que el boxeo no era eso, no era rabia e ira contenida, y le había comenzado a entrenar a solas hasta que consiguió de él lo que quería.

Y ese era el problema, la raza no les importaba cuando conseguían de él lo que querían, cuando ganaban dinero a costa de él. Entonces admiraban su jab y no les importaba su técnica saltarina por muy femenina que resultara.

Ahora también querían quitarle eso. Querían despojarle de todo, incluso de su dignidad.

Aguantó en pie hasta el cuarto asalto, recibiendo golpes en todo su cuerpo y la cabeza. En el quinto cayó.

Antes de caer gritó “Soy un gitano, no soy una marioneta”

Luego, en el suelo, mientras el árbitro contaba, a su cabeza trasvolada acudían imágenes imaginadas a través del relato de Isaac cuando le había contado cómo los precoces habían llegado a su almacén a buscarle después de que su hermana le delatara mientras torturaban a su madre frente a ella. ¿Y quién

sabía que había sido de ellas ahora? ¿Dónde y cómo habrían acabado? ¿Seguirían vivas? Posiblemente no, posiblemente hubiesen sido sometidas a trabajos forzados en algún campo de concentración, hasta morir extenuadas por el cansancio y el hambre.

O puede que aún vivieran. Puede que su hermana hubiese terminado en alguno de los prostíbulos para precoces, que su madre, consumida, sirviese para alguno de los terribles experimentos que se rumoreaba practicaban en laboratorios privados.

No podía saberlo, solo sabía que estaba tumbado en la lona del ring, mientras veía a Dylan levantarse y deshacerse con brusquedad de la mano del alto cargo que se sentaba a su derecha y le había agarrado del uniforme.

Solo sabía que él se agarraba a la vida como la mano de aquel alto mando al uniforme de Dylan, que él seguía vivo, aunque cada vez resultara más difícil saber hasta cuándo aquello seguiría siendo así.

33.

Creo que nunca había visto a Dylan tan ofuscado.

Entró en casa dando un portazo. Yo, que estaba acostada, me sobresalté en el duermevela.

Escuché sus golpes. Por la mañana descubrí dos figuras de porcelana (un gato y un extraño colibrí) destrozadas, varios de los libros de la biblioteca revolcados por los suelos, igual que los papeles, el pisapapeles y el organizador que siempre mantenía ordenados sobre su escritorio.

En la cama, me senté y me abracé por las rodillas, esperando que los pasos que retumbaban por la escalera llegaran hasta mí y él descargara su furia en una descarga de violencia a la que, últimamente, ya me tenía tan acostumbrada. Cuando se abrió la puerta, pareció calmarse de golpe. Me miró desde el quicio y luego cerró con suavidad.

—¿Te he despertado?

El tono absolutamente sosegado de su voz me hizo sentir aún más miedo. No le respondí.

—Siento haberte despertado —continuó. Abrió el armario y sacó su maleta de viaje—. Tengo que arreglar algunos asuntos, en cuanto termine de recoger unas

cuantas cosas te dejaré descansar de nuevo.

Ni siquiera me atrevía a moverme. Mis labios temblaban de forma inexplicable y él se dio cuenta. Dejó la maleta a un lado de la cama y se recostó a mi lado. Pasó sus dedos sobre mi boca.

—Al principio creí que no aceptaría la pelea. Hubiese sido lo mejor, pero veo que tu poder de convicción fue suficiente para él.

Me mantenía inmóvil, como si me hubiese convertido en una estatua, como si fuese Lot mirando hacia atrás, pero mi mirada en cambio se mantenía fija al frente.

Dylan volvió a levantarse y comenzó a meter algunas prendas en la maleta. A medida que abría la puerta del armario, el cajón de la cómoda, el de la mesilla de noche, su violencia iba aumentando de nuevo.

—Ese gitano se la está jugando. Si no fuera por todo el dinero que me puede hacer ganar y porque le debo una a Isaac, le mataría yo mismo con mis propias manos.

Cerré los ojos con fuerza. En mi cabeza resonaba su frase anterior “tu poder de convicción fue suficiente para él”.

—Aunque, en realidad, no soy yo quien le debe una a Isaac ¿verdad? No son mis papeles los que tuvo que tuvo que falsificar.

Dio por hecha su maleta y cerró todas las puertas de golpe. Cada portazo alteraba mi corazón y me hacía dar un pequeño salto en la cama.

—Puede que esta vez haya ganado —dijo cerrando la maleta. Se dirigió a la puerta y se volvió para mirarme—, pero yo nunca olvido un insulto, ni a mí ni a mi raza, y te aseguro que llegará la hora de que lo pague y entonces, ten por seguro que yo estaré allí para cobrarlo.

Todavía escuché dos portazos más: el de mi habitación y el de la puerta a la calle.

Creo que era cerca de la una de la madrugada cuando volví a escuchar el sonido de la puerta de entrada. De nuevo los pasos subiendo por las escaleras y después la puerta del desván que se cerraba con suavidad.

Me levanté de la cama y no dudé ni un segundo en ir a verle.

Estaba acostado sobre la sábana. Su pelo se veía cubierto de pegotes anaranjados y la sangre cubría casi todo su rostro mezclándose con un material blanco sucio.

Me quedé de pie, frente a él.

—Estás temblando —dijo.

Era cierto.

—Voy a buscar agua —contesté.

Regresé con el balde de otras veces, pero cuando le vi más de cerca observé que todo su cuerpo estaba cubierto de aquella sustancia blanca.

—¿Qué es esto?

—Son polvos de talco.

—Llenaré la bañera —dije.

—¿No está él?

Negué con la cabeza y salí en dirección al baño. Mientras se llenaba volví a la habitación de Jero y le escuché mientras me contaba lo que había sucedido.

—Estoy cansado de que me traten así. Siempre es lo mismo, la misma gente, la misma historia, el mismo color de piel el que nos maltrata.

Sus ojos brillaban en la oscuridad del desván iluminado por una pobre bombilla.

—Bien, pues si tenían que humillar a alguien que lo hicieran sobre uno de los suyos, sobre una piel blanca —dijo abriéndose la camisa para mostrar el pecho embadurnado de sangre y polvos de talco.

Volví al baño. Comprobé la temperatura del agua y vertí gel para hacer espuma.

—Deja aquí tu ropa, mañana la lavaré —dije de vuelta en la habitación.

Asintió con la cabeza.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó de golpe.

—¿Qué? No.

—Estabas temblando.

—Temblaba de rabia.

Dejó la camisa sobre la cama y le vi dispuesto a sacarse también los pantalones.

—Tienes toallas en el baño, luego déjalas junto a tu ropa sucia.

Hice amago de salir de la habitación.

—Espera.

—¿Qué necesitas?

Me miraba como si ya supiera mi secreto. Quizá lo sabía. Él era íntimo de Isaac, así que estaba segura de que sabía que aquel hombre expedía documentaciones falsas.

—¿Por qué sentías rabia?

—El otro día te dije que no estaba de acuerdo con lo que hacían los precoces.

—Es cierto, y también me preguntaste lo que pensaba sobre vosotros, los precoces.

Asentí despacio con la cabeza embotada, segura de que estaba a punto de cometer uno más de mis errores fatales.

—Creo que ningún precoz es capaz de sentir como tú lo haces.

¿Debería haberme callado? No lo sé, solo sé que llevaba demasiado tiempo cargando con aquel secreto y que necesitaba liberarme de él y no ser odiada por lo que no era en realidad.

—No te equivocas.

—¿Entonces?

—Entonces soy tan falsa como la falsa raza que crearon de los precoces. Tan tonta como cualquier no precoz, tan necesitada de contárselo a alguien a quien sienta como real que te lo estoy contando a ti ahora mismo.

34.

A partir de ese día, Jero y yo lo compartíamos todo menos la cama. Desayunábamos, comíamos y cenábamos juntos. Arreglábamos el jardín, a veces yo le leía en voz alta alguno de los escasos libros que tenía en la casa, rescatados por Dylan al principio de nuestro matrimonio. Bailábamos durante horas en aquel salón. Era un momento en el que compartir lo que sentíamos sin decir ni una palabra, dejando que nuestros cuerpos se acercaran más de lo que se consideraba lo debido entre dos personas que no deberían sentir nada.

No sabíamos cuánto podría durar aquello. Yo porque nunca podía saber en qué momento Dylan volvería a casa. Jero porque sabía que, a pesar de la protección de la que gozaba mientras fuera útil a los precoces, era un indeseado entre ellos.

Le hablé a Jero sobre mí, sobre mi historia, sobre mi padre comerciante de telas y mi madre costurera. Sobre mi pasión por el ballet desde niña. De los sacrificios que ellos habían hecho por mí para que yo pudiese cumplir mi sueño.

Le hablé sobre cómo había conocido a Dylan. Sobre cómo había mucha gente

que me confundía con los precoces por mis rasgos, y de cómo eso había sido clave para conseguir aquellos papeles falsos y casarme con Dylan.

—Quiero creer que lo hice por mis padres, para conseguir sacarlos de aquí cuando las cosas comenzaron a ponerse feas. Mi padre estaba muy delicado de salud, si lo hubiesen llevado a uno de esos campos no habría tardado nada en morir —le dije—. Pero lo cierto es que hubo un tiempo en el que estuve enamorada de Dylan, o algo así.

—¿Estuviste?

Jero hizo hincapié en ese tiempo pasado.

—Al principio creo que me sentí deslumbrada. Un precoz fijándose en mí. O tal vez era aquella situación, tan inusual, esa curiosidad hacia lo desconocido, pero sí, perdí totalmente la cabeza.

—¿Y ahora?

—Ahora me siento como una traidora a los míos. Hace mucho tiempo ya que me siento así, pero no veo cómo arreglarlo. Soy demasiado cobarde como para entregarme, como para renegar a mi condición falsa de precoz e ingresar en uno de esos campos, que es el lugar que me correspondería si no me hubiese casado con Dylan.

Era última hora de la tarde y estábamos sentados en el salón principal de la casa, con las luces apagadas, iluminados tan solo por una vela para resguardar nuestra intimidad de los escasos viandantes.

—¿Crees que soy una traidora? —pregunté.

Jero se encogió de hombros.

—¿Acaso no se puede pensar lo mismo de mí?

—Tú no suplantas a nadie, no tienes una falsa identidad ni te haces pasar por lo que no eres.

Jero se rió.

—¿Crees que podría? Ni con una tonelada de polvos talco se podría disimular mi origen.

Nos reímos, hasta que se escuchó una sirena a lo lejos y eso nos hizo enmudecer.

—Pero, si hubiese sido posible ¿lo habrías hecho?

—No lo sé.

—Entonces crees que soy una traidora ¿verdad?

Los ojos de Jero se perdieron en el vacío durante unos segundos.

—Hiciste lo que debías hacer, como mi hermana lo hizo al delatar dónde me encontraba cuando estaban torturando a mi madre. Ella lo hizo porque no

soportaba que estuvieran haciéndole daño a un ser querido, y tú lo hiciste por la misma razón, por tus padres. Creo que somos más valientes cuando se trata de nosotros mismos que cuando se trata de proteger a otros. Quizá nosotros, por nosotros mismos sí nos rebelamos, pero no cuando se trata de la vida de otras personas, cuando su destino nos pertenece.

Volvió a hacerse el silencio entre nosotros. Subí los pies descalzos al sofá y me cogí las rodillas, abrazándome a mí misma, pensando en las palabras de Jero, sabiendo que ahora su mente estaba lejos, quizá imaginando grandes atrocidades en cualquiera de los numerosos campos de concentración que los precoces habían levantado por toda Astonia.

Entonces aún no había comenzado la guerra. Los precoces nos manejaban a su libre antojo, pero al menos no tenían todavía la prisa que tuvieron que darse después, para exterminar a cuantos más de nosotros mejor.

—¿Cuánto crees que puede durar esto? —le pregunté.

—No lo sé. Ni siquiera sé cuánto puede durar mi situación. En qué momento a tu marido, o a cualquier otro precoz le vendrá en gana detenerme porque soy gitano. Dylan no es más que otro mandado más. Siempre hay alguien por encima, alguien con más poder, e incluso cuando llegas a la cima puede que otro te derrote y tome tu lugar. La vida es una pelea continua por obtener poder, privilegios, y para eso siempre necesitas tener a alguien por debajo a quien someter —no había tristeza en su voz—. Puede que algún día llegue alguien y restablezca el orden anterior, creyéndose mejor y más bueno que quien está ahora en el poder, pero yo, por ejemplo, siempre estaré por debajo, sobreviviendo. Nada distinto a lo que estoy haciendo ahora.

Se había hecho muy tarde. Me levanté aún emocionada por aquellas palabras de Jero.

—Voy a acostarme, Jero, creo que necesito dormir un rato, alejar de mi cabeza pensamientos que no sirven de nada.

Él asintió. Cuando ya estaba cerca de la puerta pronunció mi nombre.

—Ruth.

—¿Sí?

—Me alegra mucho que no seas una precoz.

—Yo también me alegro —dije con una risita corta—. Buenas noches.

Jero no se movió del sofá. Yo podía sentir su mirada sobre mi espalda, pues me había vuelto de nuevo para salir por la puerta.

—Nunca hubiera podido perdonarme haberme enamorado de una precoz.

Me detuve apenas un segundo, aturdida, y luego me fui a mi habitación sin

volverme para mirarle. Había cometido demasiados errores ya.

35.

Lo recuerdo como un sueño. O como una pesadilla, porque me asusté mucho cuando comencé a escuchar mi nombre introduciéndose en mis sueños.

—¡Ruth, Ruth!

Me agitaban con brusquedad.

Eran las dos de la madrugada y Jero y yo habíamos estado bebiendo cerveza. Esa tarde, después del entrenamiento, él había llegado con una botella de dos litros que Isaac le había regalado.

—Cerveza —dije yo cuando le vi sacar la botella de debajo del jersey.

—Como en los viejos tiempos.

Sonreí ante el comentario. En vez de dos críos de veintiún y diecinueve años parecíamos una pareja de ancianos recordando su adolescencia.

Apenas cenamos un par de bocadillos de paté untado. Toda nuestra atención se centraba en el líquido amarillo que ambos añorábamos tanto porque nos remontaban a tiempos mejores, cuando todavía no sabíamos lo difícil que

resultaría luego volver a beber un trago de la misma.

Al segundo vaso ya estaba mareada. Jero me hacía reír mientras hacía equilibrios con un cacahuete sujeto a su nariz al tiempo que trataba de atraparlo con su lengua.

—Prueba tú, lista.

Envalentonada por el calor del alcohol me acerqué a él pero en vez de quitar el cacahuete con mi mano, saqué la lengua y se lo arrebaté de un lenguatazo.

Vi su cara de sorpresa y comencé a reírme más.

—Eres una tramposa, ahora verás.

Recuerdo correr por la casa mientras escapaba de él. El ruido de los portazos que dejaba tras de mí tratando de cerrarle el paso. Sus manos haciéndome cosquillas.

No, no éramos unos ancianos. Éramos dos críos haciendo lo que en realidad correspondía hacer a nuestra edad.

La botella de cerveza había quedado abandonada por el suelo de la cocina y nos habíamos ido a dormir la mona.

—¡Despierta, Ruth!

Mis ojos se fueron adaptando a la luz de la habitación y vi a Dylan casi tendido sobre mí.

—¿Qué pasa?

Me dolía la cabeza y apenas era capaz de abrir los ojos. Solo quería dormir. Sin embargo, cuando fui del todo consciente de que era Dylan quien me estaba despertando, me incorporé a la posición de sentada de golpe aguantando las ganas de vomitar. Dios mío, tenía que estar oliendo la peste a cerveza que destilaba.

Pero él no parecía darse cuenta, y, entonces, me fijé en el bulto que traía entre sus brazos y que me tendía hasta dejarlo sobre mi regazo.

—Es nuestro hijo, se llama Dylan.

—¿Qué?

Entre la manta de color verde asomaban unas manitas extremadamente pequeñas. Aparté un poco la parte superior y vi aparecer la cara del bebé. Me inundó el pánico.

—¿De quién es? ¿De dónde lo has sacado?

Dylan me miró como si fuese una estúpida.

—Ya te lo he dicho. Es nuestro.

Volví a mirar la cara del pequeño. El pequeño. Era demasiado pequeño ¿cuánto tiempo tendría? Yo no entendía nada de bebés. Las náuseas me

asediaban y los pinchazos en mis sienes se volvían insoportables. No acababa de creer que estuviera despierta, que todo aquello no se tratara de un mal sueño.

Como si el bebé notara mi malestar comenzó a llorar. Su cara enrojeció, a pesar de que su sollozo parecía el maullido de un gatito.

—Tiene hambre —afirmó Dylan.

Le tendí el bebé ¿qué podía hacer yo?

—Dale de comer.

—¿Qué puedo darle? ¿Has traído un biberón?

Dylan volvió a dedicarme aquella mirada despectiva tan particular en todos los Precoces.

—Dale el pecho, es tu hijo.

—¿Qué? ¿Estás loco?

No debería haberlo dicho. Sé que fui una imprudente, que si algo había aprendido es que un Precoz jamás soportaría el insulto de una mujer sobre su persona, pero no acababa de entender aquella situación. Todo era demasiado surrealista, irreal, fuera de lugar.

Recibí la bofetada como quien recibe un foganazo de luz. Todo aquello era real, y por más ridículo que fuera lo que Dylan pretendía, él estaba seguro de que tenía la razón.

Apartó con brusquedad uno de los lados de mi camisa y dejó uno de mis pechos al aire.

—¡Dale de comer!

El bebé ahora lloraba con más fuerza. La habitación me daba vueltas. Veía el rostro iracundo de Dylan y cómo apretaba contra mí al bebé que, inútilmente, buscaba leche en mi pecho seco.

—¡Eres una maldita inútil! ¡No sabes hacer nada, NADA! No has sido capaz de darme un hijo y tampoco sabes alimentar a este.

Yo quería apartar al bebé de mi pecho y él lo apretaba cada vez más, al punto que temí que lo ahogaría.

En pleno forcejeo escuchamos la voz de Jero.

—Necesita leche en polvo.

Dylan se detuvo en seco.

El bebé consiguió respirar y volvió a sollozar con fuerza.

—¿Quién eres tú para decirme cómo cuidar a mi hijo? —preguntó— Es su madre quien debe alimentarle.

La voz de Dylan sonaba tan patética, tan insegura, tan lejana a la que había

conocido un día.

—Ninguna mujer que no haya gestado antes a un bebé lleva leche en sus pechos.

Dylan se levantó de la cama liberando mis piernas, que habían quedado apesadas bajo su peso.

El bebé seguía en mi regazo y él se acercó a Jero encarándolo. Los dos quedaron cara a cara, aunque Dylan debía sacarle al menos una cabeza a Jero.

Luego rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta de su uniforme y sin volverse tiró unos papeles sobre la cama.

—El registro de nacimiento —dijo—. Apáñate con él, es tu obligación alimentarlo.

E igual que había llegado, en plena madrugada, abandonó la casa. No volveríamos a verle hasta casi seis meses después, cuando regresó para comprobar si había sido capaz de sacar a nuestro hijo adelante.

36.

Jero se encargó de casi todo.

Isaac le confirmó que había hecho los papeles del crío. También le explicó a Jero dónde podía conseguir leche en polvo para bebé si llevaba un permiso firmado por un precoz. En cuanto estampé mi firma ya no hubo problema para obtener leche y pañales.

Con paciencia, preparó los primeros biberones e incluso se los dio al bebé para que yo viese cómo se hacía.

Son las ventajas de tener hermanos pequeños —bromeaba—, esto y lo de olerles la mierda pegada al culo.

También fue Jero el que se encargó de los primeros cambios de pañal.

A mí me daba pánico. El bebé parecía presentirlo y lloraba en cuando se separaba de Jero para pasar a mí.

—Debes dejar que te huela, es como un gatito, ha de acostumbrarse a tu olor —me animaba Jero.

Al cabo de unos días, mi seguridad en cuanto sostener al bebé había crecido, su contacto ya no era incómodo, si no deseable, pero seguía entrando en pánico cada vez que Jero partía a entrenar por las tardes y yo tenía que

quedarme a solas con aquel pequeño ser.

Las noches se las pasaba llorando. Cada tres, cuatro horas tenía que levantarme a preparar un biberón, sin contar las veces que necesitaba que le cambiase el pañal.

Jero comenzó a turnarse conmigo, y, a medida que pasaban los días, era como si fuésemos olvidando que Dylan era el dueño de aquella casa. El bebé cada vez nos parecía más imprescindible, cada vez formaba más parte de nuestras vidas y, a cambio, Dylan iban diluyéndose en el olvido.

El tiempo pasaba y yo recibía alguna llamada de teléfono, muy escasa, de tarde en tarde, en la que Dylan básicamente preguntaba por el bebé y decía estar muy ocupado.

Entonces no lo sabíamos, pero esos fueron los meses que precedieron al estallido de la guerra. Sin embargo, para nosotros, para Jero y para mí, fueron los meses en los que compartimos todo, hasta la cama.

Una de las noches en las que el bebé comenzó a llorar y Jero entró en la habitación para darle el biberón, después de que lo hiciera, yo aparté las sábanas y le pedí que no se marchara.

A partir de ese día, dormíamos juntos todas las noches.

Creo que si nada de todo esto hubiese sucedido, si yo hubiese seguido mi vida como bailarina, con mis padres, con unos amigos, con una casa en la que nada sobraba pero tampoco faltaba, nunca habría conocido a un chico como Jero.

Pero aquello ya no importaba, porque nada, nada en absoluto de lo que había sucedido en mi vida había sido tal y como me lo esperaba, y, dentro de las cosas horribles que estaban sucediendo, encontrar a Jero había sido la parte buena, la parte que en cambio me hubiese perdido de no haber sucedido nada de lo que sucedió.

Entonces me limitaba a vivir, a exprimir todo lo que pudiera de él. Todo en él me gustaba. Su clavícula marcada, sus cicatrices, el color dorado de su piel, su pelo encrespado y sobre todo, apoyar mi nariz en la base de su cuello y aspirar su olor cuando terminábamos de hacer el amor y quedábamos tumbados en la cama.

El bebé crecía. A mí ya no me asustaba en absoluto, y aunque sabía que no era mi hijo como tal, acepté tal responsabilidad al punto de saber que, llegado el momento, sería capaz de dar mi vida por él igual que si hubiese sido mío.

Algo de lo que Jero y yo no hablábamos nunca era de nuestra relación. Los dos sabíamos que yo seguía casada con un alto mando del ejército precoz, pero ninguno quería asumir esa realidad, y como mientras él estaba fuera, nosotros

podíamos ejercer de pareja ninguno de los dos quería enfrentar la realidad.

—¿Qué crees que estarías haciendo ahora si nada de esto hubiese pasado? — le pregunté un día a Jero.

—No lo sé, pero posiblemente estaría casado con alguna gitanilla. Puede que malgastando el dinero que Isaac me pasara por las peleas.

—¿Casado?

—Sí, o a punto de ello. Entre los míos nos casamos muy jóvenes. ¿Qué estarías haciendo tú?

Y yo no podía dejar de imaginarme en una taberna con una cerveza en la mano, fumando un cigarrillo mientras reía con los chistes malos y las fanfarronadas de los chicos para impresionarnos.

Seguramente si nada de aquello hubiese sucedido yo no habría tardado mucho tiempo en enviar a Dylan a la mierda y lo hubiese guardado como una anécdota más de mi vida que poder contar de vez en cuando, cuando alguien me confundiera con una precoz. “No, no lo soy, pero una vez salí con uno” me reiría.

Lo que nunca hubiera imaginado es que en realidad iba a terminar casada con él, y locamente enamorada de un gitano de apenas diecinueve años de edad.

El bebé crecía, pero no era el único.

Jero tenía razón, la estéril no era yo, y mi barriga lo confirmaba.

En la primera falta no quise pensar que pudiera estar embarazada. Como hacíamos con el resto, nos lo negamos a nosotros mismos no hablando del tema. En la segunda falta ya estaba segura de que algo crecía en mi vientre y las manos de Jero se posaban a menudo sobre el mismo, como si el calor de sus manos, abrasadas en las peleas, pudieran llegar hasta el pequeño ser que se estaba formando en su interior.

En la tercera falta, Jero hacía planes para escapar sin saber ni siquiera a dónde. Hablaba del bebé que yo esperaba mientras seguía cuidando al que ya estaba allí como si también fuese su hijo.

Y antes de que nos diera tiempo a decidir nada, tal vez porque no había nada que decidir, porque otros ya lo habían hecho por nosotros, nos gustara o no, antes de que se empezara a ser evidente mi barriga, pero ya costara esconderla, antes de todo esto, Dylan volvió a casa.

37.

Dicen que las casualidades no existen, pero yo quiero creer que sí.

Aquel día, Jero salió hacia su entrenamiento dispuesto a pedirle a Isaac que le entregara la parte que le correspondía de la última apuesta y pensábamos abandonar la casa para intentar localizar a un grupo que decían ayudaban a escapar a los perseguidos a cambio de cierta cantidad de dinero. Sabíamos que el propio Isaac se dedicaba a negocios parecidos, pero su relación con Dylan nos impedía fiarnos de él.

No me lo podía creer cuando escuché el motor del patrol militar que Dylan conducía. Estaba aparcando en la cochera de la parte trasera de la casa. Maldije en voz alta y saqué mi camisa por encima de la falda, tratando de hacer pasar mi barriga lo más imperceptible posible.

El bebé rompió a llorar en el momento en que Dylan entraba por la puerta de entrada y eso me dio una coartada para explicar mi rostro sofocado por el terror.

—El bebé...

Salí corriendo hacia la habitación. Habíamos pintado las paredes de un color naranja muy claro, cortadas a media altura por una bonita cenefa de soles. Los muebles eran blancos, a excepción de la cuna y una mecedora de madera de

caoba, en la que me senté mientras acomodaba al bebé sobre mi regazo para tratar de disimular aún más la barriga.

Al poco apareció Dylan. Su ligero tambaleo al caminar me hizo pensar que había bebido de más. Su aliento al acercarse su rostro al mío para mirar más de cerca al bebé, me lo confirmó.

El bebé había dejado de llorar y se llevaba un dedo a la boca mientras succionaba de él con impaciencia.

—Este pequeñín tiene hambre —dijo Dylan.

Me levanté de golpe, quise esquivarle, pero no me fue posible. Se interpuso en mi camino y extendió los brazos hacia mí.

—Déjame coger a mi hijo mientras le preparas algo de comer.

Tuve que separarle de mí. Mis brazos temblaban ligeramente y sentí un asco infinito cuando las manos de Dylan me rozaron para recoger al bebé.

Yo avancé asqueada hacia la puerta, pero Dylan volvió a hablarme.

—Podías adecentarte un poco, llevas toda la camisa sacada de la falda.

No me volví, pero comencé a meter la camisa bajo mi falda mientras me alejaba hacia la cocina. No podía creer que tuviéramos tan mala suerte. En unas horas Jero y yo nos habríamos alejado de aquella casa, para bien o para mal, pero nos habiéramos dado esa oportunidad.

Mientras preparaba la leche en polvo para hacer el biberón, Dylan entró en la cocina. No traía al bebé con él y se quedó plantado tras de mí mientras yo agitaba la mezcla en el biberón.

Era como si me preparara para una carrera. Un, dos, tres, me giré a toda velocidad para volver a la habitación, pero él me sujetó por un brazo y me pegó contra su cuerpo. Su lengua invadió por completo mi boca y el asco, unido a las náuseas que tenía a menudo a causa de mi embarazo hicieron que forcejeara hasta conseguir soltarme para apresurarme a vomitar en el fregadero.

Me volví, con el dorso de la mano sobre mi boca. Dylan me observaba, pero no parecía enfadado. Se acercó a mí muy despacio, mientras yo permanecía apoyada en el fregadero. Alargó una mano hacia mí y la depositó suave, muy suave, sobre mi vientre.

Estamos muy cerca, él respirando mi aliento ácido del vómito y yo el suyo agrio del alcohol.

—Estás embarazada.

Yo permanecía inmóvil y muda. No podía negar la evidencia, no podía huir, no podía hacer nada.

Dylan acarició mi cabello, y con mucho cuidado puso un mechón tras mi oreja.
—Y dime ¿de quién estás embarazada?

Estaba claro que Dylan sabía que era estéril. Todos aquellos años torturándome por no quedarme embarazada no habían sido más que una farsa por su parte. No sabía qué era lo que pretendía haciéndome creer que el problema estaba en mí. Quizá había sido orgullo. Quizá simplemente quería que no me sintiera válida y le estuviera agradecida por seguir conmigo a pesar de ser incapaz de tener hijos. Ahora ya no importaba.

Seguía frente a mí, esperando mi respuesta.

—De alguien a quien amo.

Dylan sonrió.

—No eres más que una astoniana —volvió a pasar su mano sobre mi cabello—. A pesar de tu cabello rubio, de tus ojos claros... no eres más que una putita astoniana.

Retiró la mano y vi cómo cerraba el puño dispuesto a golpearme. Yo levanté los brazos para cubrirme, pero antes de que pudiese alcanzarme Jero le sujetó y le volteó hacia él.

—¡No! —grité— ¡Vete! ¡Corre!

Creo que en ese momento fue cuando el bebé comenzó a llorar de nuevo.

Jero le dio un puñetazo a Dylan en la sien derecha y este se tambaleó empujándome. Jero aprovechó a pasar una de sus piernas bajo los pies de Dylan y le hizo caer. Le vi revolverse en el suelo mientras gruñía como un perro y sabía lo que estaba buscando.

—¡Corre! —volví a gritar.

Dylan ya tenía la pistola en la mano y antes de que Jero pudiera volver a golpearle disparó.

Cuando Jero cayó a su lado, le golpeó con la culata en la cabeza haciéndole perder el conocimiento.

Luego se volvió a mí apuntándome desde el suelo.

—No te preocupes, no tendrá la suerte de morir de este modo.

38.

Nos separaron.

Por supuesto nos enviaron a campos de concentración, pero no al mismo. A Jero le enviaron a uno en el que se fabricaba armamento, a mí a otro que se dedicaba a coser uniformes y todo de tipo de ropa para los precoces.

A mí me enviaron junto al bebé. Dylan aseguró que yo le había engañado desde un principio haciéndome pasar por precoz. Quería que nos dieran el trato que nos merecíamos, tanto a mí como al bebé, otro impuro al que había accedido adoptar como hijo solo por el amor que sentía por mí.

Jero tenía un agujero producido por la bala que traspasó su pecho desde la altura del pecho derecho hasta salir por uno de sus omoplatos sin tocar ningún órgano vital.

Le enviaron a uno de los peores campos, con uno de los peores trabajos, pues consistía en recoger y transportar grandes piezas de acero para fundirlas. Ese trabajo les ocupaba unas quince horas diarias, a veces comiendo tan solo un mendrugo de pan o una sopa acuosa e insulsa. ¿Cuánto tiempo podría durar Jero cuando encima tenía una herida atravesando su pecho?

Las condiciones de mi campo se suponían menos duras, pero cuando llegué supe que nos habían condenado a muerte.

Nos sacaron de la casa aquella misma noche.

Primero se llevaron a Jero. Registraron su cuarto y encontraron mi retrato. Dylan lo rompió frente a Jero.

—Te dije que pagarías caro el meterte con un precoz.

Jero mantenía la mirada fija en mí. Apretaba los labios y abría y cerraba las aletas de su nariz acompañadas por el ritmo del pecho al respirar.

Dylan les hizo un gesto a tres soldados y ellos se precipitaron a sujetar a Jero por ambos brazos, sus manos atadas a la espalda, y lo fueron empujando hasta que su espalda fue lo último que vi saliendo por la puerta de la casa.

No sé por qué, en ese momento, fui tan estúpida de pensar que mi vida sin Jero ya no valía nada. Que ya no tenía importancia lo que hicieran conmigo, que de hecho más me valía morirme en ese mismo instante.

El bebé comenzó a llorar, parecía su modo de despedirse del hombre que le había cuidado durante aquellos meses como si fuese su propio hijo.

Yo hice amago de ir a buscarlo y Dylan me detuvo. Indicó con un gesto a los dos soldados que quedaban en la casa que me vigilaran y él mismo se dirigió a la habitación del niño.

Tuve miedo de que le hiciese algo, pero volvió con él en brazos y lo puso en mi regazo.

—Lleváoslos —ordenó.

El bebé seguía llorando y yo hice un intento a la desesperada.

—Deja que le dé su biberón, o al menos déjame que lo lleve para el camino.

Dylan negó con la cabeza.

—Es tu hijo, eres tú quien debe alimentarlo.

Mis ojos encontraron los suyos. No vi una pizca de lástima.

—Que tengas suerte con eso.

Los dos soldados me metieron en un patrol. Por supuesto, no me dirigieron la palabra cuando les pregunté a dónde me llevaban. Me apearon en una de las comisarías y allí un hombre registró mi nombre, el real, y el del bebé con mis propios apellidos.

Me llevaron a través de un pasillo largo, angosto, con muy poca luz, hasta llegar a un calabozo en el que había otras diecisiete mujeres y dos niños de unos seis o siete años.

Los críos inmediatamente corrieron a ver al bebé.

Una de las mujeres me dijo que había escuchado a uno de los guardias decir el nombre del campo al que nos llevaban.

—No es de los peores —trató de consolarme —¿De cuánto estás?

Llevaba tanto tiempo intentando esconder mi embarazo que me sorprendió la pregunta.

—No estoy segura, de unos cuatro meses.

Otra de las mujeres se acercó con suspicacia. Casi todas se mantenían alejadas de mí.

—¿Qué haces aquí? ¿No eres precoz?

Negué con la cabeza.

—No, no lo soy.

—Eres muy guapa, pero dudo que quieran llevarte a los prostíbulos, ellos quieren mujeres que no les recuerden a las precoces. Sentirían que pecan si follan contigo.

Comenzó a reírse como una loca y yo me sentí muy incómoda. Entre otras cosas por los niños que estaban encerrados con nosotras.

Por la mañana vinieron a buscarnos. Nos subieron en la parte de atrás de un camión. Íbamos bastante holgadas, hasta que se detuvieron en dos comisarías más para recoger a más mujeres. Al final creo que éramos unas cincuenta o sesenta personas, entre mujeres y niños, en un remolque de unos doce metros cuadrados. Cuatro soldados armados, uno en cada esquina nos custodiaban.

En un momento del camino comenzó a diluviar, el remolque no tenía techo y nos empapamos. Hacía frío. El bebé y los niños lloraban.

—Dale pecho, tiene hambre —me increpó una de las mujeres.

Yo lo intenté, pero mi pecho estaba seco.

—Se ha hecho caca —dije disgustada—. Necesito cambiarle.

La mujer que estaba a mi lado se rió.

—Corta un trozo de tu camisa —dijo secamente.

—¿Qué?

—Cariño, no vas de hotel.

Luego se volvió hacia la compañera que tenía al lado y la escuché susurrar “le doy una semana”.

Una de las mujeres se levantó del suelo del remolque y se sentó en el borde. Uno de los soldados comenzó a gritarle que volviera a su sitio. El remolque traqueteaba por la carretera y a cada bote la mujer se tambaleaba amenazando con caerse hasta que lo hizo.

El soldado no dudó en dispararla.

Yo apreté al bebé con fuerza contra mí.

—Solo quería orinar fuera —lloraba la mujer que iba sentada al lado de la muerta—. No quería, orinar aquí dentro, no somos animales.

Comencé a pensar que Dylan tenía mucha razón cuando le había dicho que Jero no iba a tener la suerte de morir de un tiro.
Ni siquiera detuvieron el camión para recuperar el cuerpo.

39.

Llegamos al campo pasada la medianoche.

Nos recibió una enorme puerta metálica, negra, más negra aún ante la falta de iluminación en todo el campo.

Nos bajaron a empujones del camión y caminamos sobre barro. El suelo era eso, puro barro.

Yo apretaba al bebé contra mí, hacía horas que había dejado de llorar.

En una habitación vacía nos hicieron desnudar a todas y dejar nuestras ropas a un lado.

La mujer que estaba a mi derecha se ofreció a desnudarse primero y sujetar al bebé para que yo también pudiera hacerlo, pero antes de que ella terminara un soldado me golpeó con una de las porras metálicas que portaban todos y me gritó que espabilara.

Tuve que dejar al pequeño Dylan en el suelo y desnudarme. El bebé no rechistó. Tenía muchísimo miedo a que me lo quitaran, pero después de regarnos con una manguera y darnos unos trajes de falda larga y camiseta

amplia en color beis volvieron a ponérmelo en los brazos.

Mientras salíamos de la habitación nos entregaban un cuenco, también de metal, y nos indicaban que lo cuidáramos, porque iba a ser uno de nuestros bienes más preciados, sino el único.

El soldado que iba delante golpeó con fuerza en el marco de una puerta desvencijada en lo que iba a ser nuestro barracón.

Muertas en vida se removieron un poco en las literas que ocupaban aquel lugar cuyo olor era indescriptible.

Avanzábamos a ciegas, buscando un lugar donde instalar nuestros cuerpos, cansados, pero infinitamente más saludables que los de las mujeres que ya llevaban un tiempo en el campo.

Podíamos ver en ellas nuestro futuro, y eso reforzó mi idea de que lo único que me quedaba por hacer en esta vida era morirme.

Conseguí llegar, tanteando, hasta una litera vacía, y me senté sobre ella como si hubiese conseguido la mejor finca en toda Astonia.

Acuné un poco al bebé y ¿por qué no decirlo?, comprobé que respiraba.

Recordé lo que me había dicho aquella mujer en el camión “Arranca un trozo a tu camisa” y me maldije por no haberla hecho caso.

En medio de la oscuridad busqué la ayuda de la mujer que tenía más cerca.

—Escucha, necesito un trapo, algo para cambiar a mi bebé ¿puedes ayudarme?

La mujer me dio la espalda.

—Quizá puedas hacerle algún favor a uno de esos puercos.

Supe que se refería a los guardias. También sabía a qué clase de favor se refería.

—Por favor, lleva muchas horas manchado y sin comer. Va a morir.

—Todos vamos a morir, mejor para él si lo hace rápido.

Apreté a Dylan con fuerza contra mí. No quería llorar, o no podía, no estoy segura, creo que el horror me sobrepasaba de tal forma que no encontraba salida ni en las lágrimas.

Mi respiración empezó a entrecortarse y pensé que me ahogaría. Decidí abandonarme. Aquella mujer tenía razón, con suerte, el pequeño Dylan moriría y no tendría que seguir oliendo su propia porquería mientras que su estómago rugía de hambre.

—Quítate las bragas —escuché, de pronto, en medio de aquella oscuridad.

Me volví hacia el lugar del que procedía la voz. Vi a la mujer frente a mi catre. Tenía apenas cuatro pelos en una cabeza que se adivinaba llena de costras. Parecía mayor, pero no podía estar muy segura por la poca luz y por el

deterioro que su cuerpo mostraba.

—Quítate las bragas y úsalas como pañal para tu bebé. Sé que no es la mejor solución, pero es lo único que puedes hacer, al menos ahora.

Vio mi vientre abultado.

—Al menos no tendrás la regla en una temporada —suspiró—. Déjame tu cuenco.

Mi cuenco. Los soldados habían dicho que sería mi bien máspreciado. ¿Qué debía hacer? Si le dejaba mi cuenco corría el riesgo de no volverlo a ver. Aún así se lo tendí y noté el roce áspero de sus manos al recogerlo.

Desapareció durante unos minutos que se me hicieron eternos. Mientras, me saqué las bragas y destapé a Dylan por completo.

La mujer volvió con mi cuenco y el suyo. Estaban llenos de agua.

—Tener goteras en el barracón es toda una ventaja —ironizó—. Ten.

Me tendió un trapo mugroso para que limpiara a Dylan con él. Yo hice a un lado el pañal sucio y me puse a la tarea. El pequeño lloriqueaba un poco, pero apenas tenía fuerzas.

—¿Qué tiempo tiene?

—Unos ocho meses.

La mujer me miró con atención.

—¿Eres una Precoz?

Negué con la cabeza.

—No, y el bebé no es mío.

Ella asintió como si lo pudiera entender.

—Bueno, con ocho meses será capaz de tragar pan mojado en agua y beber esas pócimas a las que llaman sopa, pero no le darán su ración, tendrás que repartir la tuya con él.

Terminé de limpiar lo mejor que pude a Dylan. La mujer sacó un pequeño tarro metálico de entre su propia ropa interior y me lo tendió.

—¿Qué es?

—Aceite —dijo—, es de las máquinas de coser, pero supongo que servirá igual para hidratar el culo de un bebé.

Unté mis dedos con cuidado y luego extendí el líquido alrededor del culito de Dylan antes de poner mis bragas a modo de compresa y volver a vestirlo.

—Intenta que beba un poco —me dijo la mujer pasando el cuenco en el que quedaba el agua limpio—. Y bebe tú también.

Acerqué el cuenco a los labios de Dylan y se los humedecí mientras él hacía acopio de agarrar una tetina inexistente.

La mujer se giró para regresar a su litera.

—Es mejor que intentes descansar algo. Deben ser cerca de las cuatro de la mañana y a las seis nos ponen en pie para comenzar el trabajo.

Dudaba que consiguiera dormir después de todo lo que había sucedido, pero asentí mientras me acostaba con Dylan sobre mi pecho.

—¿Qué hago con el pañal?

La mujer se giró a mirarme.

—Guárdalo. Guárdalo todo. Tiene plástico, algodón en su interior, elásticos...

Nunca sabes en qué momento cualquier cosa va a poder salvarte la vida aunque sea solamente por un día más.

40.

Golpes en la puerta, golpes en las literas, golpes sobre nuestros cuerpos. No tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Mi vejiga estaba a punto de estallar. Resguardaba mi barriga mientras trataba de hacer lo mismo con Dylan.

—Déjale en la cama.

Ví a la mujer que me había ayudado por la noche. A la escasa luz de un día lluvioso se la veía horriblemente deformada. Su pelo apenas recubría su cabeza llena de enormes costras, su rostro no estaba mucho mejor y sus manos parecían garras. Debía pesar todo lo más unos treinta y cinco kilos.

—No puedo dejarle solo —gemí.

—Es donde mejor va a estar. Si lo llevas te lo quitarán y quién sabe si volverás a verlo.

Llena de dolor dejé a Dylan bajo la sucia sábana que cubría la litera y me uní al grupo de mujeres que caminaban con prisa hacia el exterior mientras el niño no dejaba de llorar.

Allí nos reuníamos con las que salían desde otros barracones e íbamos formando filas de diez personas. Bajo la lluvia torrencial los guardias comenzaron un tedioso recuento.

La mujer de la noche anterior se puso tras de mí.

—Necesito ir a un baño —susurré.

—Háztelo encima —contestó—. Ni se te ocurra preguntar a un guardia. El recuento puede durar hasta dos o tres horas y no podrás ir a ningún baño hasta que no termine. Y además, cuando termine, si te fueras al baño seguramente te quedarías sin tu ración de comida.

Apreté un poco los muslos y dejé resbalar la orina por mis piernas. Aquello no era nada, pensé después, por la falta de alimentos y la mala calidad de los mismos muchas mujeres y niños enfermaban y tenían diarreas.

Mis piernas se acalabraban de estar allí, inmóvil y en pie, y eso que yo acababa de llegar al campo y mi salud todavía era buena.

Ese primer día me tocó presenciar cómo disparaban a una de las mujeres que no aguantaba más y se caía desmayada al suelo.

Ante mi horror, la mujer tras de mí volvió a susurrar.

—Si te toca llevarte el cuerpo quítale todo lo que veas que se puede aprovechar. Pero que los guardias no sospechen... Arranca trozos de su uniforme como si se hubiese roto, tendremos trapos.

No sé si hubiese sido capaz, pero me vi rezando para que me tocara retirar aquel cuerpo, porque los trapos significaban pañales y los pañales significaban un alivio para Dylan. No me tocó.

En la cola para recibir el rancho nos dieron un trozo de pan y nos llenaron de agua el cuenco. Metí por dentro de la falda mi camisa beis y guardé la mitad del trozo de pan para poder alimentar a Dylan.

Me condujeron a una nave amplia, llena de máquinas de coser, donde las mujeres cosían y cosían patrones durante más de catorce horas al día. Solo al terminar volvíamos a ponernos en fila para el recuento y tras este recibíamos una sopa aguada cuyo valor nutritivo era prácticamente inexistente.

No veía el momento de volver al barracón y comprobar cómo estaba Dylan.

Hasta casi la medianoche no pude volver a tenerlo entre mis brazos. ¿Qué pensaría? ¿Cómo se sentiría? ¿Cómo hacerle entender que todo aquello que sucedía me mantenía lejos de él? Ni siquiera tenía fuerzas para llorar y solo llevábamos allí un día.

Ante mi sorpresa, la mujer que me había ayudado volvió y me ofreció un pequeño pedazo de su trozo de pan y un poco de su sopa para que el bebé

pudiese comer algo más.

Volvió a ayudarme a cambiarle el pañal ofreciéndome su propia ropa interior.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Raquel, aunque aquí los nombres no tienen demasiada importancia.

—Yo me llamo Ruth.

—¡Qué casualidad! Los nombres de las dos comienzan con R —bromeó.

Cogió a Dylan y lo acunó en su regazo. Sus garras acariciaban un poco su cabecita y parecía transmitirle al niño una tranquilidad que yo era incapaz de sentir.

—Quiero enseñarte algo, por si algún día no vuelvo al barracón —dijo.

Nos acercamos a su litera. Estaba pegada a una de las paredes de la nave.

—Al principio ocupaba otro lugar, pero cuando la mujer de esta litera murió me cambié a ella —dijo agachándose para levantar un poco la sábana que pegaba contra la pared.

Yo sólo veía el suelo de tierra, pero ella, con aquellas garras apartó un trozo de plástico cubierto con la misma tierra para disimular debajo un agujero. Lo había forrado con plástico de lo que parecían bolsas y estaba lleno de agua.

—Acumulo siempre que puedo, porque no siempre llueve.

Destapó un agujero más y vi que allí tenía trapos, el botecito de aceite que había robado del taller de las máquinas de coser, cordones de zapatos, alguna cucharilla que sin duda alguien había perdido o ella había recogido de una muerta, un par de trapos, hilos enredados...

—Si algún día necesitas algo, puedes cogerlo.

Me dolía la garganta ante las ganas infructuosas de llorar. Quería abrazar a aquella mujer, pero no me atrevía.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué me ayudas?

—Porque nadie más lo hará. Te esquivan porque les recuerdas demasiado a ellos, a los Precoces.

Luego tapó los agujeros y se levantó.

—Además, yo tenía una hija como tú —dijo sin mirarme.

Entonces sí la abracé. Después me alegraría mucho de haber tenido el valor para hacerlo.

41.

Me convertí en una experta ratera. Quien más, quien menos, todos aquí lo eran. Se aprendía rápido el valor de las cosas y las prioridades que cada uno tenía en una situación como aquella.

En poco tiempo tenía mi propio escondite repleto de hilos, alguna aguja, botones, cordones, papeles de todos los tamaños aplastados unos sobre otros, trozos de tela extraída de sobrantes...

No se me escapaba ni una sola de las colillas que los guardias tiraban al suelo. Deshacía lo que quedaba y juntaba las hebras de tabaco. Cuando tenía suficiente se lo cambiaba a las fumadoras por parte de su ración de comida, así iba sacando a Dylan adelante a duras penas.

Lo que peor llevaba eran los malditos recuentos. Horas interminables de pie, sin hacer absolutamente nada más que esperar a que alguna de aquellas mujeres se cayera por agotamiento y así uno de aquellos sádicos pudiesen terminar con su vida.

Cualquier oportunidad era buena para golpearlos, para gritarnos. Creo que hasta en eso tuve suerte, porque mi embarazo y el parecido con los precoces parecía imponer algo de respeto en los guardias.

No sabía nada de Jero. El tiempo pasaba lento, tortuoso.

Me centré en sobrevivir, en conseguir todo aquello que pudiese. Era mi objetivo, me lo fijé a fuego para no morir abatida por la nostalgia.

Raquel contrajo una infección y la fiebre la consumía. Egoístamente yo temía que pudiera contagiarnos a mí, a Dylan, o al bebé que llevaba en mi interior.

Como si ella pudiese intuirlo, llevaba siempre un trapo que colocaba delante de su boca, al hablar, cuando no había guardias alrededor.

—Escucha, Ruth, no creo que consiga salir de esta, creo que te he enseñado lo más necesario para sobrevivir y quiero que sobrevivas.

Yo estaba sentada junto a ella, en su litera, aunque había dejado a Dylan durmiendo en la mía.

—No digas eso, Raquel.

—Digo lo que hay. No sé si soportaré un recuento más. Mis piernas cada día están más cansadas.

Sus piernas eran un par de palillos que sujetaban un cuerpo tan encorvado ya como sus garras.

—Además noto cómo los guardias sienten cada día más asco por mí. Buscarán la forma, son carroñeros.

Esa misma noche busqué a una de las mujeres. Se llamaba Elena y todas sabían que se acostaba con guardias a cambio de ciertos privilegios. A veces aparecían en plena noche y ella se levantaba y se iba del barracón durante una media hora.

—Necesito penicilina —le dije.

—¿Penicilina? Estás loca. Yo no puedo conseguir algo así, además ¿qué me darías a cambio?

—Ya sé que tú no puedes, pero quizá alguno de los guardias sí.

Elena se rió. Me miró directamente a la barriga abultada.

—Sabes lo único que los guardias buscan en nosotras, y en ese estado...

Me sentí súbitamente humillada, totalmente inútil. Me volví para regresar a mi litera, pero ella me engancho de un brazo.

—Es por la vieja ¿verdad? Por Raquel. Créeme que no vale la pena, y ella jamás aprobaría algo así.

Me solté con brusquedad.

—Es mi decisión, no la suya, no necesito la aprobación de nadie.

Elena se rió con socarronería.

—Veré lo que puedo hacer.

—Me urge.

Nunca podré saber si Elena se levantó esa misma noche y fue a hablar con Raquel. Solo sé que a la mañana siguiente, a la hora del recuento la vi salir del barracón con la falda hecha jirones, igual que toda la espalda de la camiseta beis.

Ocupó su sitio detrás de mí, como durante todo aquel tiempo, pero no pude volverme a mirarla porque un guardia me gritó apenas me vio girar la cabeza.

Entonces sí lloré. Mucho antes de que escuchara el leve sonido de su cuerpo al desplomarse sobre el suelo, mucho antes de que todo comenzase a girar a mi alrededor, de que viera a uno de los guardias avanzar con el arma preparada para rematar a una muerta, las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas.

No me tocó recoger su cuerpo.

Pasé el resto del día como si una burbuja hubiese envuelto todo mi ser. Algunas mujeres, cuando se acercaban a mí con cualquier excusa me susurraban un “lo siento”. Yo las oía, pero no quería creer que era a mí a quien hablaban.

Una de ellas fue Elena. Mientras dejaba un lote de patrones frente a mí, buscaba mi mirada.

—Lo siento, no he conseguido arreglarte “eso”.

Por la noche, cuando pude volver al barracón, después de alimentar y asear lo mejor que pude a Dylan, me acerqué a su litera y destapé los agujeros. Allí estaban los trozos de tela que faltaban de su falda y de su camiseta.

42.

En realidad, creo que no estuvimos más de tres meses en total en aquel campo. Después de la muerte de Raquel las cosas continuaron como si no hubiese sucedido nada. A fin de cuentas, en los campos de concentración era lo normal.

Ya corrían rumores de que las fuerzas Ursas y las Marecianas iban a declarar la Guerra a Astonia en cualquier momento. Esto animaba a muchos de los apresados en los campos y a otros les horrorizaba, pues ya empezaba a correrse el rumor de que Augusto Solares había comenzado a masacrar a todos los no precoces y se hablaba de los más terribles métodos, como usar cámaras gigantes que disfrazaban de duchas y que en realidad soltaban gas y de fusilamientos masivos al borde de fosas comunes donde luego empujaban a los muertos.

Yo solo pensaba en sobrevivir el día a día. En mantener a Dylan vivo, en llegar al final de mi embarazo, a pesar del temor que me generaba dar a luz en aquellas circunstancias.

No sé muy bien lo que esperaba, pero lo que no me esperaba fue lo que sucedió aquel día.

Mientras cosíamos en la nave de las máquinas, vi a uno de los soldados de las oficinas entrar con paso firme y dirigirse al soldado encargado en la sala. Llevaba un papel en la mano y se lo entregó al jefe, que después de mirarlo durante unos segundos levantó la cabeza y oteó con la vista sobre nosotras.

Su mirada se detuvo en la mía, y yo, inmediatamente, la desvíe hacia el traje que cosía, pues ellos nos prohibían mirarles directamente a los ojos.

Durante unos segundos seguí la dirección del sonido de sus botas contra el suelo. Mi cuerpo se encogió un poco de forma inconsciente y ni siquiera sé cómo conseguí ponerme en pie cuando escuché su voz.

—¡Levántate!

El ruido de las máquinas se detuvo. Sabía que todas las mujeres me estaban mirando. Se acabó, pensé. Esta noche Dylan estará esperando que vuelva y yo estaré muerta.

Hacía tan solo unos días atrás, había comenzado a llamarme mamá.

El jefe de sala me empujó con brusquedad para que comenzara a caminar. Yo miraba al suelo, a mis zapatos negros tan desvencijados como el resto de mi uniforme, como el resto de mi cuerpo.

Al pasar junto a Elena aún tuve fuerzas para susurrar.

—Mi bebé.

—¡Cállate! —gritó el guardia, pero me pareció ver un gesto de asentimiento por parte de Elena.

Al llegar junto al soldado de las oficinas, él miró el papel y dijo:

—Ruth Santana

Asentí.

—Sígueme.

Por primera vez, erguí mi espalda y salí tras él. Ya nada podía hacerme daño, ya estaba muerta.

El soldado caminaba deprisa y, aunque me costaba, yo trataba de seguirle sin alargar la distancia entre nosotros. Parecía muy joven y me pregunté si sentiría algo mientras conducía a otras personas hacia la muerte. ¿Me mataría el mismo? No creía, los soldados de oficina no solían ocuparse de esos asuntos. A él simplemente le habían enviado a buscarme, otros harían el trabajo sucio.

Llegamos a la puerta de las oficinas y el soldado hizo un saludo al de la puerta que nos dejó entrar.

El lugar era frío, oscuro y húmedo, pero infinitamente mejor que los

barracones. Entramos en una pequeña sala, la atravesamos para salir por otra puerta y seguimos un pasillo hasta llegar ante una puerta dorada. Jamás se me olvidará, en medio de toda aquella masacre había una puerta dorada, como de cuento. El soldado la empujó.

—Ruth.

Tenía a Isaac frente a mí y él sostenía a mi bebé, a Dylan.

Pensé que estaba delirando. Una puerta dorada, Isaac, Dylan.

Extendió los brazos para ofrecerme a mi hijo.

—Tenemos que irnos, de prisa, no podemos perder ni un segundo.

Yo movía la cabeza a ambos lados mientras negaba, confundida. ¿Qué significaba todo aquello?

—¿Qué?

—Rápido, tengo un coche esperándonos fuera. Vamos.

El soldado que me había llevado hasta allí seguía teniendo el papel entre sus manos e Isaac se lo quitó y lo puso frente a mí.

—Es un salvaconducto firmado por el General Arturo Solares, tienes que venir conmigo. Se ha cometido un error contigo.

Volví a negar de nuevo. No entendía nada. Yo ya estaba muerta. ¿Qué hacía Isaac allí? ¿De que salvaconducto hablaba? ¿De qué error?

Al ver mi estado de shock, Isaac avanzó hacia mí y me sujetó por un antebrazo haciéndome girar hacia la puerta. Dylan se agarró con fuerza a mi cuello.

—Jero está de acuerdo ¿entiendes?

Ví cómo nos miraba el soldado. Pero ¿qué podía hacer él en contra de una orden dictada por el General Arturo Solares? Solo obedecer.

Así que volvió a acompañarnos hasta la salida de las oficinas. Allí, Isaac abrió la puerta de atrás de un automóvil negro y nos ayudó a Dylan y a mí a subirnos. Él se sentó junto al conductor y, antes de que hubiese llegado a cerrar la puerta, partimos a toda velocidad atravesando la enorme puerta metálica del campo de concentración en el que yo pensaba que ya había perdido mi vida.

43.

¿Y el resto de la historia?

Me hubiera gustado poder contar que, en algún punto del camino, mientras viajábamos en el coche negro, este se había detenido y Jero había subido con nosotros, con Dylan y conmigo, en el asiento trasero. Pero no fue así.

Lo primero que hizo Isaac, apenas arrancamos, fue entregarme una bolsa de plástico con ropa de ciudadana.

—Sé que es incómodo, pero tienes que cambiarte mientras viajamos, no podemos perder ni un segundo de tiempo.

—¿A dónde vamos?

—El niño y tú os vais a Bristol. Tu madre vive allí, ya nos hemos puesto en contacto con ella. Viajaréis en tren hasta Hilande, allí os recogerá uno de mis contactos, y desde allí haréis el resto del viaje en barco hasta Bristol.

Me había dado demasiada información en muy poco espacio de tiempo. Lo

primero que pensé fue en “el niño y tú” ¿qué pasaba con Jero? Lo segundo fue “Tu madre vive allí” ¿y mi padre? ¿Por qué había usado el singular y no un “tus padres viven allí”?

—¿Qué le ha pasado a mi padre?

La voz de Isaac mostró afectación, pero fue claro.

—Sufrió un paro cardíaco hace un par de años.

—Dos años...

El pecho se me encogió e, instintivamente, apreté a Dylan contra mí con fuerza.

—Lo siento, pero ahora tienes que centrarte en lo más importante, tienes que coger estos papeles. Son tu identificación, vuelves a ser Ruth Solares. Guárdalo junto al salvoconducto.

Recogí los papeles. Volvía a ser Ruth Solares, la falsa precoz.

—¿Cómo te queda la ropa?

—Un poco grande, pero no importa.

—Servirá.

No lograba verle la cara al conductor y me incliné en el asiento, pero Isaac me empujó suavemente hacia atrás. ¿Era Jero? ¿Por qué no daba la cara?

—Has dicho que el niño y yo iremos a Bristol ¿Y Jero?

—Jero ya está esperando en la estación —dijo Isaac.

Pasamos por dos controles antes de llegar a la estación. En ninguno hubo problema en cuando enseñamos la autorización del General Arturo Solares.

Isaac hasta tuvo el descaro de preguntar en uno de ellos si podían suministrarnos algo de comer pues llevábamos horas viajando sin probar bocado.

Nos pasaron algo de fruta y café con leche. A pesar del sabor amargo, Dylan bebió aquel café con los ojos muy abiertos y fijos en mí. Verle apretar un gajo de manzana entre sus encías, para extraer todo su jugo, me hizo romper a llorar.

Isaac y el conductor respetaban mi dolor con su silencio. Creo que, por primera vez, comencé a ser consciente de todo el horror que estaba viviendo el país. Yo había permanecido encerrada en una casa, ajena a todo lo que sucedía con mi propia gente y ahora volvía a tener el nombre de una Precoz para poder salvar la vida. No era fácil cargar con ello, pero más difícil era pasar el día a día en uno de aquellos campos.

Llegamos a la estación ya bien entrada la noche. Caminar de nuevo por una calle asfaltada, ver las luces, la gente, el trajín de aquel lugar, fue una

experiencia liberadora y angustiante al mismo tiempo.

Isaac se había bajado del coche con nosotros y me llevaba, de nuevo, sujeta por un brazo. Yo miraba hacia todos los lados, en busca de Jero. Deseaba con todas mis fuerzas volver a ver su pelo negro encrespado, su figura flacucha, los huesos marcados de su clavícula.

Isaac le preguntó a uno de los revisores por el tren que partía a Hilande.

—Andén 4, pero deben darse prisa.

Me dejaba llevar por Isaac. Avanzábamos deprisa, esquivando personas y maletas. Veía su rostro agitado, acercándose a la desesperación por concluir aquello para lo que había venido a buscarnos.

Tropecé un par de veces, aquellos zapatos debían ser dos números más de mi talla, estuve a punto de caer. No veía a Jero. Yo solo quería retrasar el momento para que a él le diera tiempo a aparecer, pero el tren no iba a esperar.

Cada muchacho que veía pensaba que era él, pero al fin llegamos junto a la puerta del vagón que me correspondía y no había ni rastro de Jero.

—Sube —ordenó Isaac, mientras me tendía los billetes.

—Dijiste que Jero estaría aquí.

El rostro de Isaac se había vuelto duro, molesto.

—Sube —repitió.

—No va a venir ¿verdad?

Isaac miraba hacia los lados, impaciente, inseguro, deseando que Dylan y yo subiéramos a aquel tren.

—Mira, Ruth, Jero también tiene familia. Hemos localizado a alguno de sus familiares y bueno...

Yo negaba con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Subir a este tren es la única oportunidad de que, tal vez, algún día podáis volver a veros.

—¿Algún día?

El tren pitó advirtiendo de su marcha. Isaac pareció perder la paciencia por completo.

—Vamos, Ruth, se acostó contigo, te dejó embarazada y siente que tiene una deuda contigo, pero es muy joven —cogió mi mano y puso los billetes en ella —. No seas estúpida, sigue con tu vida, sigue viva, coge los billetes y sube a este maldito tren —apenas lo susurró, pero hizo tambalear mi alma—. Todo lo que ha hecho por ti no servirá de nada si no subes a este tren —y luego,

suavizando un poco la voz —. Tu madre te espera en Bristol, ¿imaginas lo que supondría para ella que no llegaras?

Recogí los billetes y subí las escalerillas ayudada por uno de los revisores.

Isaac se quedó en el andén, con las manos en los bolsillos, sin hacer ni un solo gesto de despedida. Esa fue la última vez que lo vi.

44.

Y sí, al final llegamos a Bristol y pude abrazar a mi madre.

Vivíamos en una pequeña casa a la afueras y subsistíamos de una pequeña pensión de viudedad que el país le concedió a mi madre que suplementábamos con los encargos que le llegaban como costurera y en los que yo comencé a ayudarla.

Olivia fue prematura, nació a los siete meses y medio. Tiene una preciosa piel morena, una mata de pelo encrespado negro y unos ojos profundos y oscuros como los de su padre.

La Guerra en Astonia estalló dos meses después de mi salida y continuó durante seis años hasta terminar con la victoria de las tropas Ursuas y la liberación de los supervivientes de los campos de concentración.

Mentiría si dijera que no esperaba noticias de Jero. Pensaba a menudo en él y también en las duras palabras de Isaac. Cada año que pasaba se lo iba sumando a él “ahora tendrá veinte, ahora veintiuno...” y me preguntaba cómo habría cambiado, aunque en mi cabeza su imagen fuera siempre la de un muchacho de diecinueve años.

Un día, siete años después de mi llegada a Bristol, cuando Jero ya tendría

veintiséis, Dylan entró corriendo a la cocina de la casa.

—Mamá, el cartero pregunta por una tal Ruth Solares. Dice que vive en esta dirección.

Ruth Solares. Hacía tiempo que yo había recuperado mi identidad, al poco de llegar a Bristol, y tanto mis hijos como yo llevábamos el apellido Santana que había pertenecido a mi padre.

Mi madre se quedó petrificada.

—Ruth...

—No pasa nada, mamá.

Salí a la puerta delantera para enfrentarme a la carta que el cartero quería entregar a una mujer que ya no existía.

—Es para mí, gracias.

—Lo siento, pensaba que se apellidaba Santana.

—Sí, sí, así es —dije sin dar más explicaciones.

Volví a entrar en la casa. Mi madre me miraba expectante. Giré el sobre para leer el remite: Isaac Madera.

—Es de un antiguo amigo, mamá. Necesito, necesito...

Mi madre hizo un gesto de comprensión.

—Yo terminaré de cocinar las patatas.

—Gracias, mamá.

Me retiré a mi cuarto y me senté sobre la cama. El sobre temblaba entre mis manos. Sabía que iba a leerla, aunque no estaba segura de querer hacerlo.

Rompí uno de los bordes del sobre y extraje las hojas escritas con una letra menuda y apretujada, muy distinta a la que me hubiese imaginado en un hombre como Isaac. Una servilleta de papel endeble cayó sobre la cama. Comencé a leer con avidez.

Estimada Ruth:

Tengo la esperanza de que esta carta termine llegando a tus manos. Imagino que tu apellido ya no sea Solares, pero desconozco el actual y tan solo conservo esta dirección desde hace siete largos años. Quizás ni tu madre continúe viviendo en este lugar, pero he de intentarlo. Siento que hace demasiado tiempo que te debo una explicación. También necesito limpiar el nombre de Jero.

Supongo que esto ya lo sabes: mentí en la estación. Mentí cuando quise hacerte creer que no habías sido más que una diversión para Jero.

Él me dijo: “Tienes que conseguir que suba a ese tren, sea como sea”.

Siento haber sido tan torpe a la hora de cumplir con su ruego.

Él jamás dejó de pensar en ti y en el hijo que tendríais, pero era demasiado realista como para ni siquiera imaginar que saldría vivo de aquel campo, así que centró todos sus esfuerzos en conseguir que tú lo consiguieras.

El plan fue suyo, quiero que esto quede claro. Yo me limité a seguir sus instrucciones.

Tú sabes que yo me codeaba con varios altos cargos de los Precoces, incluido tu marido.

Cuando me enteré de que Jero había sido detenido me dirigí al campo en el que se encontraba. El campo lo dirigía el General Arturo Solares, afortunadamente uno de los generales con los que más trato tenía. Le expliqué que Jero había sido mi mejor luchador y le pedí permiso para ver al muchacho. El General me concedió unos minutos para hablar con él. Tiempo suficiente para que Jero me pidiera el favor que habría de salvar tu vida, la de Dylan y la del hijo que esperabas.

Después de visitar a Jero, el General Arturo me invitó a quedarme a cenar con él y así lo hice.

Para nadie era desconocida mi afición a la bebida, y el General Arturo no se quedaba atrás. Así que cuando el ambiente se volvió más distendido, después de un par de botellas de buen vino, me pareció un buen momento para retomar el tema de Jero.

—Es una pena lo de este muchacho, Jero. Le aseguro que no he visto un boxeador igual en mi vida.

El General levantó la copa y me miró por encima del borde mientras bebía.

—Es un gitano enclenque, no veo tales cualidades en él.

Me reí con discreción.

—General, no perdió ni una sola de las peleas en las que combatió. Bueno solo en una. Tiene que recordarla, fue muy sonada porque apareció disfrazado de precoz ¿la recuerda?

El General posó la copa sobre la mesa y asintió despacio.

—Sí, claro que la recuerdo. Perdió luchando contra uno de los nuestros —dijo con orgullo—. Cualquiera de los nuestros podría ganar a ese gitano.

Moví mi dedo índice negando ante él.

—General, hace años que me conoce, sabe que llevo toda mi vida en el boxeo, primero peleando y luego entrenando. Le aseguro que no he visto en mi vida un luchador como él. Me hizo ganar un buen dinero, y todo gracias a su aspecto... ¿afeminado? Todos apostaban contra él, no creían que un muchacho tan joven y frágil pudiese ganar a boxeadores que le doblaban el peso.

El General se acariciaba el mentón.

—Tienes razón, Isaac, hace muchos años que te conozco y por eso sé que esta conversación no es casual. ¿Qué es lo que estás buscando? Si pretendes que deje a tu chico en libertad para seguir ganando dinero a su costa siento decirte que no es posible.

—No se preocupe, lo entiendo. No es a él a quien quiero sacar de un campo de concentración.

El General elevó una ceja.

—¿A quién, pues?

—Organice una pelea en el campo, mi muchacho ganará y le hará ganar mucho dinero. A cambio necesito dos salvaconductos para esta mujer y este niño.

El General recogió los nombres que yo mismo había escrito en un papel. Después me volvió a mirar.

—¿Y si pierde?

—No perderá.

—Escucha, Isaac, si pierde, yo mismo me encargaré de que pases al campo a hacerle compañía.

Alargué mi mano hacia él.

—Trato hecho, mi General.

A estas alturas, no sé si te lo estarás imaginando, pero después de hablar con él y llegar al trato, acudí a ver tu marido.

Necesitábamos tener todos los cabos atados. No importaba si Jero ganaba o perdía, teníamos que hacernos con esos salvaconductos.

Así que a tu marido le conté la parte inversa de la historia.

—Se dejará vencer, a cambio de esos salvaconductas lo hará. Usted ganará mucho dinero. De qué le sirve que Ruth esté en ese campo, ahora puede cobrarse la deuda, sacar algún tipo de provecho después de lo que le hizo.

Se organizó un combate improvisado en el campo de concentración que dirigía el General Arturo Solares. Jero lucharía contra uno de los boxeadores precoces más popular. No sé la cantidad exacta que apostó tu marido en contra de Jero, pero sé que era muy alta.

Cuando Jero apareció, vestido con el uniforme, sangre empapando su pecho (porque no le habían curado del disparo que le pegó Dylan y la herida se le abría continuamente y sangraba) y aún más flaco de lo que era habitualmente, todos comenzaron a reír.

El General Arturo Solares estaba a mi lado y cruzó una mirada conmigo, a lo

que yo hice un gesto de asentimiento. En realidad no sabía si Jero podría ganar aquel combate, viendo el estado lamentable en el que se encontraba.

Pero ganó. Maldita sea, ha sido el mejor boxeador que he conocido en toda mi vida.

Me hubiese gustado disponer de más tiempo para disfrutar de la cara que se le quedó a tu marido. Pero el tiempo apremiaba. Apenas cayó al suelo el contrincante, yo tendí mi mano hacia el General Arturo Solares y él me entregó los salvaconductos.

El resto de la historia ya la conoces. Un coche negro con un conductor de confianza me esperaba y un tren os recogía a ti y a Dylan rumbo a Hilande en busca de la libertad.

Pero aún queda una parte de historia. Me gustaría no tener que contártela, pero sé que querrías conocerla, tenerla por completo.

Dylan, obviamente, se sintió burlado de nuevo. No solo había perdido muchísimo dinero si no que aquel gitano le había engañado, otra vez.

Arrebató una de las porras metálicas a uno de los guardias y corriendo hacia Jero le golpeó en la cabeza derribándole al suelo. Después siguió golpeando, una y otra vez, hasta que el General Arturo Solares hizo una señal para que los guardias le apartaran de Jero.

Su cuerpo quedó destrozado en el suelo.

Yo tuve que abandonar el país, aunque dados todos los contactos que tenía no me resultó difícil. He vivido en Hilande y te escribo esta carta desde uno de sus hospitales. No me queda hígado, estoy agonizando en espera de la muerte, quizá cuando la recibas yo ya me haya reunido con Jero.

Prometo que haya donde estemos, organizaremos un combate en tu honor.

Siempre a tu servicio.

Isaac Madera

Posdata: La servilleta es un regalo para ti.

Había olvidado la servilleta que había caído sobre la cama al abrir el sobre. La fui desdoblado muy poco a poco, imaginando todos los trapicheos y sacrificios que debería haber tenido que hacer en aquel campo para conseguir aquel trocito de papel y un lápiz para poder volver a dibujar el mismo retrato que me había hecho aquel día en la habitación del bebé y que él había dicho que guardaría.

Epílogo

Isaac tenía razón. Cuando recibí su carta él ya había muerto. Se la había entregado a una enfermera para que la enviara y ella la olvidó durante semanas. Se disculpó conmigo cuando viajé a Hilande con la esperanza de poder agradecer en persona a Isaac lo que había hecho por mis hijos y por mí. Dos años después de la muerte de Isaac, una chica muy joven se puso en contacto telefónico conmigo. Me dijo que estaba escribiendo un libro sobre los años de la Guerra en Astonia, que le habían hablado de un boxeador gitano y varias anécdotas le habían llamado la atención al punto de plantearse escribir el libro solo sobre él.

Durante dos semanas trabajamos juntas. Yo dándole toda la información que tenía sobre Jero y ella enseñándome todo lo que había podido recopilar.

Había varias fotos, sobre todo de cuando era niño. Era como mirar a Olivia. No quise que aparecieran nuestras fotos en aquel libro, sin embargo sí le dejé hacer una copia del retrato de la servilleta.

Gracias al éxito del libro, la historia de Jero se hizo conocida a nivel mundial. Diez años después de la aparición del libro, la autora volvió a ponerse en contacto conmigo y viajé con la misma a Astonia para inaugurar un monumento de un ring construido en homenaje Jero.

No pude evitar sonreír. El cuerpo de Jero no apareció jamás, pero yo lo podía ver sobre aquel monumento, bailando de esquina a esquina. Y sin darme apenas cuenta, una palabra salió de mis labios, como una pequeña orden de amor:

— Plié...

NOTA

Esta historia ha tomado como inspiración para el personaje de Jero al boxeador romaní Johann Wilhelm Trollmann, apodado Rukeli, y parte de hechos reales acaecidos en su vida.

Está claro que la ambientación, aunque ficticia, está inspirada en La Segunda Guerra y los campos de concentración nazis en los que murieron millones de personas, en su mayoría judíos y romaníes.